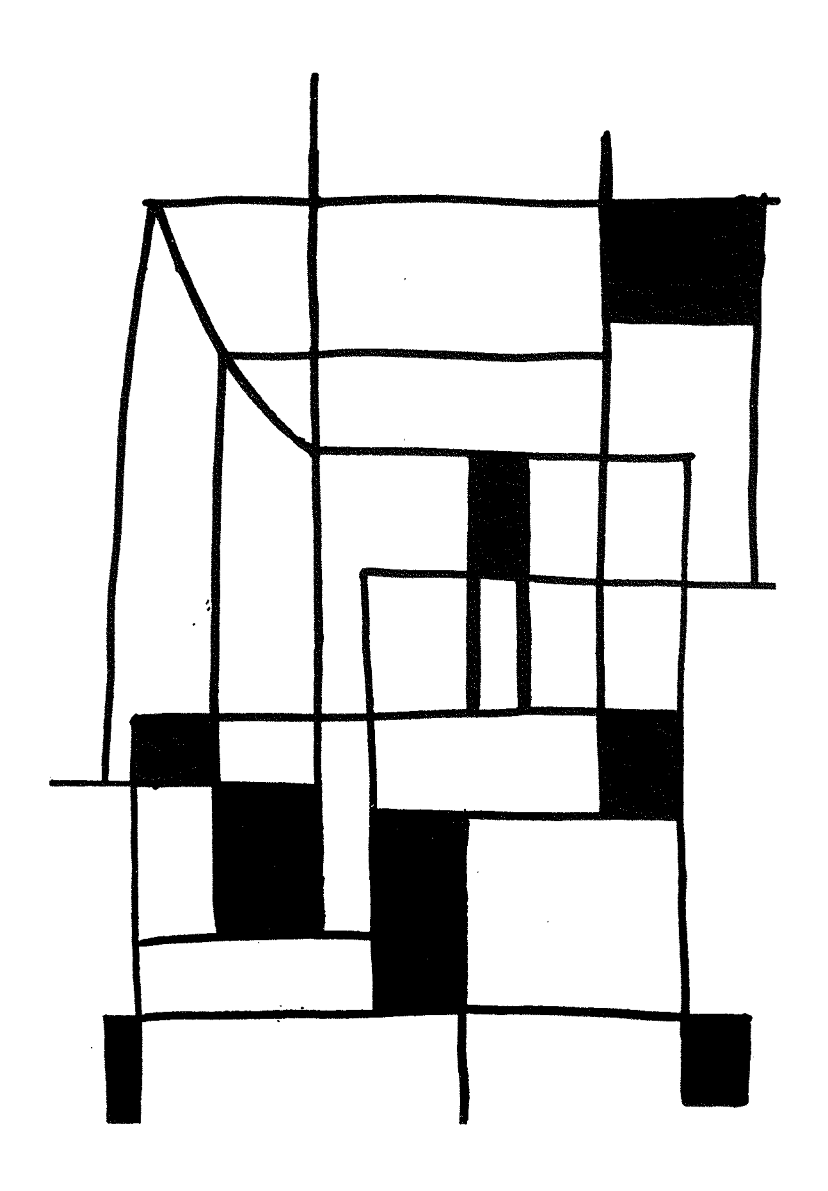
CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS

MADRID 66
JUNIO 1955

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *José María de Labra.*—En páginas de color, la primera parte de la crónica de la IV Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, celebrada en El Escorial, sobre el tema de "La coexistencia con el mundo comunista", original de *Enrique Casamayor.*



NUESTRO TIEMPO

COEXISTENCIA Y MUNDO LIBRE (*)

POR

GIUSEPPE VEDOVATO

Antes de penetrar a fondo en el tema, no creo inoportuno insistir en el examen de las interesantes observaciones que en el doble plano sociológico y jurídico se han formulado de la doctrina de la coexistencia. Ciertamente, un examen conducido más allá del mero terreno políticodiplomático, e incluso del doctrinario, puede a nuestro entender explicarnos más cumplidamente la verdadera naturaleza y el significado íntimo de esta expresión de uso corriente hoy día, y casi puede decirse de gran moda: la coexistencia pacífica.

EL PROBLEMA DE LOS BLOQUES

En una obra célebre, en muchos aspectos verdaderamente sugestiva, el sociólogo francés Emile Durkheim establece, como es sabido, una distinción entre dos fórmulas de solidaridad que coexisten, siguiendo proporciones variables, en toda sociedad humana: la solidaridad mecánica o por semejanzas y la solidaridad orgánica o por divisiones de trabajo. La primera es la expresión de una comunidad de ideas, de creencias, de gustos, de costumbres; la segunda se funda más bien en las diferencias, y es la expresión de la interdependencia. En las sociedades internas—como son por excelencia los Estados—encontramos, fuertemente operantes y renovándose ampliamente, las dos formas de solidaridad. En la sociedad internacional, la solidaridad por semejanzas es casi ignorada; cuanto más, aparece de manera muy esporádica y general-

(*) *El presente estudio es el desarrollo de un trabajo presentado como ponencia en la IV Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, celebrada en El Escorial del 31 de mayo al 4 de junio. Su autor, el profesor Vedovato, es catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Florencia y secretario de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Diputados italiana. Miembro de diversas organizaciones internacionales y copartícipe frecuente de los más destacados Congresos y Asambleas europeas y americanas, el profesor Vedovato inicia su colaboración en nuestras páginas con un tema de gran importancia en el crítico momento actual de las relaciones internacionales.*

mente superficial, mientras que desde algún tiempo a esta parte se registra ahí cierto grado de solidaridad orgánica. Este hecho es de capital importancia, y preñado de consecuencias. No sólo porque de ello pueda derivarse la necesidad de colaboración internacional y de desarrollo del derecho de gentes, sino porque, por esta solidaridad orgánica en el orden internacional, las condiciones de consolidación se presentan mucho más en precario que cuanto lo sean en el orden interno. Es superfluo poner de relieve cómo en un período de tensión como el nuestro en que las rivalidades se agudizan..., la desconfianza mutua aprisiona los espíritus; la sombra de la guerra está siempre en el horizonte; las doctrinas se repelen y las políticas se enfrentan; se ponen de relieve los riesgos que comporta una solidaridad orgánica de plano internacional, y se producen y reproducen movimientos de contracción nacional, que la paralizan o la hacen retroceder.

Los factores racionales, ideológicos, psicológicos y políticos, base de la solidaridad en una u otra forma, no han tenido tiempo ni posibilidad de cristalizarse en el orden internacional. Este fenómeno explica por qué, en un momento histórico dado, las sociedades internas que son por excelencia los Estados—no habiendo encontrado o creyendo no poder encontrar su propia seguridad y la realización de sus programas de política exterior en la rudimentaria y en algunos aspectos peligrosa solidaridad orgánica internacional—prefirieron depositar sus esperanzas en la perspectiva de una solidaridad por semejanzas, como la más idónea para asegurar la buscada seguridad o alcanzar presumiblemente la aplicación de sus programas de política exterior. Esta solidaridad no puede ser universal sino como simple tendencia o finalidad lejana. Este problema ha contribuído a alejar a los Estados, y también la escasa solidaridad, promovida y practicada de una forma u otra por la Sociedad de Naciones por causas no siempre imputables a dicha Organización; lo mismo que ocurre con la O. N. U., por causas más indirectas que directas.

LA RIVALIDAD EE. UU.-U. R. S. S.

Al final de la segunda guerra mundial, sólo dos grandes potencias, los EE. UU. y la U. R. S. S., se enfrentan como protagonistas de la escena internacional, concentrando en sus manos—hecho acaso sin precedente—casi todos los elementos materiales que constituyen la fuerza base para el nuevo equilibrio internacional. Las

dos potencias, cada una por sus propios medios, tienden al dominio mundial; las dos, cada una por propio cálculo, tienden a la solidaridad orgánica y por semejanzas, según la definición de Durkheim. De hecho, el objetivo actual no consiste ya en la obtención de simples rectificaciones de fronteras o de determinados territorios, sino claramente en la primacía absoluta. Se trata de conquistar el control de grupos enteros de Estados. La posibilidad de equívoco, especialmente después del episodio de Corea y de la guerra de Indochina, parece reducirse bastante, y se tiene la impresión de que, tanto en Occidente como en Oriente, no existen dudas de propósito: por parte de los EE. UU., con un sistema que podríamos definir de colectividad, dirigido a conseguir plenamente una coordinación de colaboraciones internacionales en propósitos y en acciones; por parte de la Unión Soviética, con un sistema que definiríamos como de singularidad, para alcanzar de hecho una subordinación jerárquica internacional. El análisis agudo de la política exterior rusa realizada en Occidente antes y, sobre todo, después de la segunda guerra mundial, permite la comprobación de que esa política se inspira siempre en el principio de oponerse a la conclusión de acuerdos colectivos, para colocarse, con tratados bilaterales, en condiciones de hacer prevalecer mejor la propia potencia y el punto de vista propio con respecto a la otra parte contratante, y de oponerse resueltamente a la creación de uniones de Estados en las fronteras y al mantenimiento en los Estados limítrofes de Gobiernos hostiles a esas uniones, aunque sean débiles.

A la consecución de este objetivo por vía bélica, en el sentido clásico, parecen oponerse varias razones:

a) El convencimiento por parte de ambas potencias de la incapacidad actual de aniquilar al adversario. La capacidad de acción de los EE. UU. y la U. R. S. S. es enorme, y ambas parecen capaces de herir terriblemente a su adversario. Pero mientras que no hay duda acerca de las posibilidades de ambos protagonistas de asestarse golpes durísimos, ninguna de las dos los considera mortales y prevé difícilmente la eliminación total de su antagonista.

b) La consideración de que las guerras mundiales—y tales han de ser, dada la importancia de los protagonistas—, en cuanto el potencial bélico está hoy constituído en igual medida por los elementos militares y las fuerzas civiles, sólo pueden concluirse con el aniquilamiento de la capacidad combativa de todo el Estado.

Este nuevo tipo de equilibrio internacional, a decir verdad un

"equilibrio de impotencias", como fué definido por un autor italiano, mientras sirva para garantizar la paz, permitiendo mirar con cierta serenidad, no obstante las apariencias desfavorables, los problemas internacionales, es la base de toda tentativa que las partes litigantes desarrollan para conseguir su modificación, recurriendo a acciones no bélicas.

ASPECTOS DE LA GUERRA POLÍTICA E IDEOLÓGICA

Los aspectos de la guerra política e ideológica son múltiples. Bastaría con estudiar uno de los episodios que en la segunda posguerra han determinado auténticas crisis internacionales. A la luz de la investigación crítica, estos episodios actúan como prismas gigantescos que, descomponiendo los hechos normales, destacan tendencias y perspectivas que parecían incoloras, evidenciando perfiles nuevos que se creían suficientemente calculados; destacan aún más previsiones eventualmente superadas, impulsos adormecidos y tácticas sorprendentemente recrecidas. Acaso todas las que confluyen en algunos componentes que operan como ideas-madre, y que pueden reseñarse, al menos las principales, de la forma siguiente:

Politización de toda manifestación vital, sea individual o colectiva. Como es sabido, toda actividad humana se organiza sobre tres diferentes planos: económico, espiritual, político. De las necesidades del hombre, la más perentoria de raíz es la económica y la de comunicación espiritual, que se expresa diversamente desde las sociedades primitivas. Por el contrario, la participación individual en la vida política no constituye una necesidad propiamente dicha. La acentuación del lado político en las manifestaciones vitales induce a los antagonismos propios de la política a alterar profundamente la vida económica, por las diversas formas de autarquía o de lucha de competencias que suscita; o la vida espiritual, por los modos distintos de dirección o de censura que provoca. Por tanto, en lugar de influir la economía sobre las decisiones políticas de los Gobiernos, la política se convierte en factor dominante de la economía, provocando integraciones que frecuentemente no encuentran justificación alguna como complementos económicos o en forma de especializaciones cooperantes. Y qué decir del dominio espiritual, donde la voluntad obradora del particularismo o del exclusivismo es como pretender crear una física nacional o una química racista.

Lo que ocurre es que, a causa de la guerra fría, la política se convierte en estrategia. Por ejemplo, al nacimiento de determinados hechos internacionales no se le suele conceder importancia, o bien se retarda al máximo su reconocimiento, aun sabiendo que éste no encierra valor constitutivo de subjetividad plena o limitada, e incluso manteniendo con ellos vida de relación. Se acepta la coexistencia misma de Gobiernos diferentes y aun antagónicos, y ello no impide relaciones, tratados ni incluso fórmulas de colaboración. El término de "coexistencia pacífica", que hoy se ha puesto tanto en moda, tiene su origen en el vocabulario propio del marxismo. A finales del año 1917, apenas dos semanas después de la conquista del Poder por los comunistas, Trotsky declaraba que "mi Gobierno desea una paz rápida fundada sobre principios de una coexistencia honorable y de la colaboración de los pueblos". En 1925, al analizar la situación internacional, afirmaba Stalin durante el XIV Congreso del partido comunista: "El factor esencial en nuestras relaciones internacionales es el de una especie de equilibrio provisional de fuerzas que se ha estabilizado entre nuestro país, en el que se edifica el socialismo, y los países del mundo capitalista."

Y agregaba: "Hoy existe la que podría llamarse una coexistencia pacífica entre los países soviéticos y los países capitalistas." No ha variado gran cosa la situación muchos años después. A consecuencia de la muerte de Stalin, la tesis de la coexistencia pacífica se reafirma por el Gobierno soviético en forma de una situación nueva, caracterizada por el advenimiento de las armas atómicas. "El Gobierno soviético—dice Malenkov el 26 de abril de 1954—continúa creyendo en la posibilidad de una coexistencia entre los sistemas capitalista y socialista, pero haciéndose la competencia mutuamente en el campo económico. Convencidos de ello, perseguimos una política de paz y de reforzamiento de la cooperación internacional."

No se trata en realidad de la tendencia a una mayor tolerancia, ya que en teoría el problema de la coexistencia continúa siendo agudo e insoluble. La dictadura permanece como dictadura y la democracia como democracia. Y la forma con la cual se gobierna un pueblo en el interior tiene una estrecha ligazón con su actitud frente a la sociedad internacional.

No es fácil de definir lo que ha de entenderse por dictadura y por democracia. Preguntado Confucio por uno de sus discípulos acerca de su primera acción de gobierno si fuese nombrado em-

perador de la China, respondió: "Fijaría el sentido de las palabras." Y si bien no es ésta la ocasión de fijar el sentido de ambas palabras, es indudable, empero, que en la guerra política las dictaduras se encuentran en posición ventajosa frente a las democracias. La demostración es fácil, sin necesidad de recurrir a ejemplos concretos.

En el mundo actual, ya no es suficiente, aunque lo haya sido en el pasado, el conocimiento de los factores constantes de la política exterior, aunque se llamen situación geográfica de un país o naturaleza de su suelo, importancia de su población o necesidades de la misma, pasado histórico o carácter de sus habitantes; o si queréis, precisando aún más hasta llegar a determinantes concretas, seguridad marítima de la Gran Bretaña, potencia militar de Rusia, neutralidad permanente de Suiza, etc. Un nuevo factor no menos importante que los constantes ejercita su influencia, aun siendo esencialmente móvil: la opinión pública, cuyo juego complica aún más los problemas de política internacional y dificulta la búsqueda de sus soluciones.

Cuando se habla de la opinión pública ha de pensarse en una realidad social que se presenta simultáneamente como hecho y como norma; un hecho cuya existencia no puede ponerse en duda, pero difícil de descubrir con exactitud; una norma que, sin embargo, no tiene el carácter de una regla positiva, con una sanción en caso de inoperancia. En los negocios públicos se discuten y formulan ciertos deseos, suscitando en el público reacciones positivas o negativas, y todo este proceso se desarrolla con independencia de la división territorial de la colectividad o de su base constitucional. De tales reacciones surgen propósitos y se desarrollan tendencias, a las cuales las fuerzas políticas activas de la colectividad tratan de imprimir un sentido determinado. No es fácil prever el resultado de este complejo de reacciones e influencias, porque la incertidumbre de la opinión pública reside precisamente en el hecho de que su capacidad no corresponde a la importancia del cometido que se le confía. Las concesiones de las masas no están basadas en la razón, sino que provienen de emociones y de nociones; son—como ha dicho justamente Ortega y Gasset—"impulsos desprovistos de lógica".

De todo esto se deriva una contradicción entre realidad y ficción, entre lo que las masas quieren y lo que acaban por hacer inconscientemente, causa de errores y desilusiones. El estadista está obligado a sopesar las fuerzas en su justo valor y a distinguir clara-

mente la realidad de la ficción. Pero lo trágico es que a veces no puede obrar en consecuencia, porque se lo impiden las ficciones con que la opinión pública ha sido envenenada. En tales casos, las ilusiones se convierten en realidades, y el estadista que quisiera seguir su criterio claro y meditado se encontrará eliminado por los políticos que se adaptan a la opinión vigente que ellos mismos han contribuído a forjar. Henry de Jouvenel expresó esta situación con reflexiones melancólicas: "Existen días en los cuales uno se pregunta si en política internacional las apariencias no tienen más importancia que la realidad. La opinión se interesa por encima del conocimiento. Una especie de verdad a bajo precio se crea, sin preocuparse de la verdad que ha costado años de estudios y meditación. Los estadistas, de cara al público del que dependen, tienen mayor interés en seguir sus impresiones pasajeras que a sus propias convicciones. El éxito inmediato les compensa de haber cedido a impaciencias; y si siguen esta táctica, pueden vivir felices. El porvenir se vengará, sin duda; pero sobre sus sucesores. Pero ellos habrán conocido durante su existencia la buena suerte de estar en moda."

En todo este juego de aspiraciones y tendencias, de reacciones e influencias, de realidad y ficción, las dictaduras tienen notable posibilidad de maniobra, ya que se dedican más fácilmente a la propaganda y, si es necesario, a imponer orientaciones; a imprimir o, si se prefiere, a acelerar ciertas opiniones; a marginar y, si se tercia, a destruir ciertas informaciones.

Por otra parte, la guerra fría lleva a la devaluación de fronteras y Gobiernos y, en su caso, a la de los órganos militares y diplomáticos. La gran novedad de Carlos Marx—ha dicho Etienne Fournol—no consiste en haber dado fin a la guerra o, mejor, la renuncia a la guerra en el sentido diplomático; por el contrario, Marx ha descubierto la necesidad y la prolongación de la guerra. Esta existe: si cabe, con mayor ardentía. Ha cambiado solamente de sentido. Marx ha transferido las fronteras de lo externo a lo interno: la frontera no sigue el límite de las naciones, que ha sido eliminado; sigue la división de clases. Los pueblos deben entenderse por sobre sus fronteras, sin intermediación de los respectivos Gobiernos, e incluso también contra el concurso del propio Gobierno.

La marginación de los Gobiernos se acompaña, como lógico corolario, de la desaparición de los actos instrumentales, a cuyo través se vinculan entre sí. Las democracias "estáticas" se basan en

el sentido jurídico, en cuanto buscan la permanencia y aspiran a la solidez. En los regímenes de la llamada democracia "dinámica", la legalidad se muestra como paralizante de la expansión progresiva de la fuerza. Basta poner atención a la concesión del derecho internacional expresada por el profesor Krylov, intérprete de la doctrina soviética, quien la ha definido así: "Un conjunto de normas que regulan las relaciones entre los Estados en un proceso de su emulación, de su lucha y de su cooperación, que expresan la voluntad de las clases dominantes en el Estado y que garantizan la coerción ejercida por los Estados, separada o colectivamente."

INICIATIVAS Y APERTURAS DISTENSIVAS

Ahora bien: nos parece que se deben valorar en este cuadro general—pasando ahora al terreno concreto—todas las "iniciativas" y las "aperturas distensivas" tomadas periódicamente por el Kremlin con respecto al Occidente. Sabemos ciertamente que tanto Stalin como sus sucesores no han cesado ni cesan de declarar solemnemente que la coexistencia del mundo socialista y del mundo capitalista es posible y, es más, bajo los mejores auspicios. Pero a este respecto, no hemos de olvidar el añadir a tal afirmación la simple y significativa palabra de "temporalmente". Palabra que, dado que los rusos están convencidos del advenimiento total del comunismo sobre toda la tierra, no puede en buena lógica haber dejado de pronunciarse mentalmente bien por Stalin, bien por cualquiera de sus sucesores actuales. Se trata, pues, solamente de tiempo y de estrategia.

Así las cosas, debemos considerar cualquier nota de apertura pacífica por parte de Moscú, no como una nota en el sentido clásico de la palabra—vale decir una comunicación meditada, que tiende a establecer una cierta posición, una determinada tesis, dirigida a un cierto fin—, sino sobre todo como una actitud de propaganda destinada a sembrar la confusión y el desorden en la opinión pública de buena fe; en una opinión pública que encuentra dificultades para admitir la lógica maquiavélica e inhumana de la acción comunista. Por tanto, cualquier respuesta a una nota rusa habría de considerar previamente este hecho. Ello impone evidentemente una revisión absoluta de las concesiones occidentales. "Nosotros—como dijo muy bien nuestro embajador Quaroni en una conferencia celebrada en la Asamblea diplomática y consular de París—continuamos sorprendiéndonos de la mala fe, de la ca-

rencia de escrúpulos de los rusos y de los comunistas. Sería hora de que no nos sorprendiéramos nunca más. El simple hecho de asombrarnos todavía significa que no hemos comprendido aún la clase de adversario al que hemos de enfrentarnos." Bastaría para ello citar un ejemplo que valiera por todos: la más colosal de las contradicciones pertenece a Carlos Marx, padre del comunismo, al afirmar en el siglo pasado que el advenimiento de la revolución socialista sería la consecuencia lógica del superindustrialismo y de la superconcentración de la propiedad industrial. Ahora bien: no obstante el estallido de la revolución precisamente en un país en que el capitalismo estaba en sus principios, la filosofía soviética se ha guardado muy bien de admitir tal error perogrullesco y ha procedido con la máxima desenvoltura, como es sabido, para adaptar e interpretar la doctrina marxista, por cuyo contenido se habla hoy de "revolución" no en el sentido en que Marx la entendía, sino en un sentido completamente nuevo y singular: como conquista pura y simple del Poder. Una vez alcanzado este objetivo (y ello es posible, cualquiera que sea el estado evolutivo de la sociedad, aunque se trate de una sociedad débil económica y, por tanto, militarmente), la planificación económica aplicable en teoría a cualquier tipo de Estado podrá sustituir ventajosamente—según se dice—a la iniciativa capitalista. Además, no me parece inoportuno recordar aquí—ya que no se insiste nunca bastante sobre ello—los términos de la ruptura ideológica entre Trotsky y Stalin producida, como se recordará, durante la guerra civil en China.

"Un Estado comunista no puede sobrevivir largamente en un mundo capitalista—sostenía Trotsky—: o nosotros conseguimos llevar a cabo, en el mínimo espacio de tiempo, la revolución en los países occidentales, al menos en Europa, o Rusia está perdida. En China perdemos inútilmente tiempo y dinero." Bien diferente era el punto de vista de Stalin, quien afirmaba, por el contrario, que "si un Estado comunista posee los recursos materiales y la extensión territorial de Rusia, puede sobrevivir largo tiempo, aun en medio de un mundo capitalista. Por otra parte, la revolución dirigida a Europa no es posible, ya que allí sobre todo la burguesía está diversamente organizada, cosa que no ocurría en Rusia, y además porque las masas proletarias europeas no lo están suficientemente. La explotación de los países coloniales o semicoloniales ha dado al capitalismo occidental tales provechos, que le han permitido elevar el nivel de vida de los trabajadores y darles un Estado y una mentalidad de pequeños burgueses. Despojando al

mundo occidental del disfrute de los países coloniales, reducimos el provecho del capitalismo, rebajamos el nivel de vida de las masas trabajadoras y creamos así la situación necesaria para un movimiento revolucionario. En términos más militares, no siendo posible el ataque directo contra Europa, es preciso adoptar una maniobra envolvente a través de Asia y Africa".

Hoy en día, aún se ha permanecido fielmente aferrado a ese dogma, al menos en lo sustancial. E incluso en la última posguerra el Kremlin pudo por primera vez no excluir la posibilidad de extender su propio dominio sobre toda Europa, presa de la desorganización, en pleno caos económico y financiero, y bajo la mayor desmoralización subsiguiente al gran conflicto. Su primer fracaso (debido sin duda, entre otras causas, a la necesidad de reorganizar los propios negocios internos, más que al temor de la bomba atómica) ha sido la intervención masiva del Plan Marshall. La ayuda norteamericana obligó a Rusia a volver nuevamente a su estrategia oriental, consiguiendo esta vez los estrepitosos resultados que conocemos. Esto no obstante, no significa que la política exterior del comunismo se haya olvidado de Europa. Al contrario. La historia más reciente está ahí para demostrarnos con hechos concretos que todos los esfuerzos de la diplomacia soviética, antes y después de Stalin, se han dirigido a un solo fin: retardar el rearme y la integración del mundo occidental.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA

Llegados a este punto, y con el fin de valorar en su justa medida la actual política exterior de la Unión Soviética, conviene situar nuestra indagación sobre el plano interno; cabe decir que es necesario proceder al estudio cuidadoso de algunos acontecimientos internos acaecidos en Rusia en los últimos años, para poder comprender con exactitud suficiente la fase actual de la política comunista y, por consiguiente, el peso real que se debe atribuir a los ofrecimientos de "coexistencia pacífica" propuestos por la Unión Soviética. A nuestro entender, habituados como estamos a considerar las distensiones casi exclusivamente bajo el perfil internacional, nos hemos olvidado inexplicablemente no sólo de sus orígenes efectivos, sino hasta del hecho de que esta medida no es otra cosa que la proyección interna de una determinada política, prevista especialmente de acuerdo con ciertas exigencias internas y dirigida en sus principales aspectos al interior y naturalmente destinada a

ser nuevamente estudiada prestando especialmente atención a sus repercusiones en el ámbito de la Unión Soviética, en relación con la situación del Gobierno del país. En el acto del fallecimiento de Stalin, sus sucesores se presentan con fortaleza inferior a la del difunto dictador. Releyendo atentamente los primeros comunicados expedidos por el Kremlin, se encuentra una nota casi angustiosa. La cosa aparece, por otro lado, muy comprensible si se presta atención al hecho de que, en cualquier régimen dictatorial, la muerte del dictador constituye el acontecimiento más grave que pueda ocurrir. En tal situación de emergencia, los herederos de Stalin no tienen la misma libertad de elección política que la que tenía el jefe desaparecido, el cual, para el perfecto control del Gobierno, estaba en plenas condiciones de practicar casi indiferentemente tanto la guerra fría como la distensión: sus sucesores tuvieron que optar por ésta—ya dejada entrever por el mismo Stalin en la última entrevista concedida a la prensa occidental—con el fin de ganar el tiempo preciso para asegurarse el timón del poder central.

La política de una distensión así prevista tiene aspectos múltiples. Entre los principales recordaremos los concernientes a la Policía, al régimen de justicia, a la agricultura, a la política económica y la del exterior.

La atenuación inmediata de algunas medidas policíacas previas, con la liberación bien aireada de un cierto número de prisioneros y la publicación de un amplio decreto de amnistía, constituyen la primera medida distensiva con respecto a la Policía y al orden judicial. En el campo de la agricultura se provee inmediatamente a disminuir la presión del Estado sobre los campesinos, mientras que la reducción general de los precios de muchos artículos de consumo constituye el punto de partida de la nueva política económica. Esta última—probablemente basada en el presupuesto de un razonable incremento (del 200 al 300 por 100) de la demanda de bienes de consumo—parece prever una cierta estabilización de la industria pesada y de la producción de armamentos más arriba de un nivel no muy distante del ya conseguido en el momento de la muerte de Stalin y la concentración de esfuerzos en la expansión de la industria ligera para incrementar la producción de bienes de consumo, y en el incremento de inversiones en favor de la agricultura. Por consecuencia, la construcción de obras públicas espectaculares ha sido diferida de un tiempo a esta parte. Por último, en política exterior se inaugura una fase que, resultando en realidad meramente verbal, actúa fuertemente sobre la imaginación de los occi-

dentales. En la formulación de la política de distensión, Malenkov representa indiscutiblemente un papel destacado. Si el nombramiento del nuevo presidente del Consejo de Ministros—nombramiento que parece ser consecuencia inmediata de la investidura decretada por el XIX Congreso del partido, desarrollado bajo la égida de Stalin, por el simple hecho de salvar a la vieja guardia—no puede ser muy bien aceptado por ésta, especialmente en algunos aspectos de dicha política y en las medidas en favor de los campesinos, desde el punto de vista psicológico dañan enérgicamente el rencor inveterado, casi inexistente en la generación política subsiguiente, de aquellos que, en el momento de la revolución de octubre de 1917 y durante los primeros años del Gobierno bolchevique, habían experimentado el mortal peligro de la caída del régimen precisamente a causa de los campesinos. De todas formas, existiendo como existe un espíritu de auténtica libertad de selección y pendiente la delicada búsqueda de un nuevo peligro en el seno del Kremlin, la experiencia sigue su desarrollo, aunque no falten reservas inmediatas incluso en los discursos y en los actos de quienes, como Kruschev, están llamados a representar un papel preeminente.

Si en el exterior de la Unión Soviética el balance inicial de la política de distensión—con excepción de los acontecimientos de Berlín del 17 de junio de 1953—es incluso brillante en el Occidente, en China y en los Estados satélites, lo cierto es que esa brillantez desaparece en el interior del país. Las mayores dificultades internas provienen indudablemente de los sectores agrícolas y del mercado de bienes de consumo. En efecto, si de una parte las medidas en favor de los campesinos, tan mal vistas por la vieja guardia, tienen consecuencias más negativas que positivas, se asiste por otra parte a una expansión de la demanda de bienes de consumo no ya de cerca del 2-300 por 100, sino del 6-7.000 por 100: de ahí un grave fallo en el funcionamiento del total mercado interno. En este punto, y estando pendiente aún en el del Kremlin la meticulosa búsqueda de un nuevo equilibrio de Gobierno, los dirigentes soviéticos se ven constreñidos a afrontar la delicada situación con medidas de emergencia de carácter transitorio; por ejemplo, la significativa venta de oro al exterior para la adquisición masiva de algunos artículos de consumo.

Los armisticios de Corea e Indochina, decididos durante este período, alivian ciertamente parte de la presión debida a las exigencias de la producción de armamentos. Pero todavía es insu-

ficiente: sería necesario levantar sobre un nuevo plano el sistema global de los cambios comerciales del Este con el Occidente. Las consecuentes demandas publicadas por Moscú en este sentido no consiguieron todavía los resultados esperados. Mientras, como un agravamiento de la situación, se perfilan en el horizonte ciertas exigencias que presionan desde Pekín pidiendo ayuda en la empresa de industrialización china. Se trata de demandas que, queriendo conjurar cualquier posible tentación de dirigirlas a las potencias occidentales, no pueden ser ignoradas; pero que, si se acogen, repercutirán fuertemente sobre las necesidades de la industria pesada.

De todas formas, el Gobierno soviético no está en condiciones de cambiar de ruta y debe continuar adelante de acuerdo con el plan trazado. En la intimidad del Kremlin, el nuevo equilibrio gubernamental está todavía por decidirse, perfilándose entre los dirigentes soviéticos la posibilidad de volver a aquella libertad de elección, que se les había truncado con el fallecimiento de Stalin.

Cuál haya sido concretamente el proceso a cuyo través ha surgido este nuevo equilibrio gubernamental, es por ahora argumento de mera especulación. Dejemos de lado las múltiples hipótesis y levantemos acta de dos acontecimientos tan concretos como incontrovertibles: la formación en el seno del Kremlin de un nuevo equilibrio gubernamental, con la destitución de Malenkov, y la promoción formal a la jerarquía suprema de Bulganin y Kruschev.

¿Cómo se ha llegado a este segundo resultado? Probablemente, en cuanto la situación interior del Kremlin permitió la aplicación de medidas orgánicas que resolvieran los problemas existentes o al menos agravados por la política de distensión, las alternativas posibles eran sustancialmente dos: reducción—no ya estabilización—de la industria pesada o compresión de la oferta y demanda de bienes de consumo. La primera alternativa tenía que mostrarse como imposible. La conversión de parte de la industria pesada habría implicado de hecho no sólo una reducción en la producción de armamento, considerada fuera de lugar con vistas al rearme de la Alemania occidental, sino que además habría impedido la ejecución de los compromisos de industrialización contraídos con China.

La segunda alternativa podría haber sido realizada mejor, sea atribuyendo a una sola persona la responsabilidad de la caída de la política económica y agrícola inaugurada al día siguiente de la muerte de Stalin (he ahí la autocrítica de Malenkov), sea seña-

lando la situación internacional como causa decisiva del cambio de marcha eventualmente impopular. De cuanto se ha explicado sè desprende que, a causa precisamente de la indisolubilidad entre la distensión internacional y la interna, siendo necesario practicar en la Unión Soviética a la muerte de Stalin una política de distensión, fué un caso de fuerza mayor el practicarla también en el plano internacional. Y así, al día siguiente de conseguido el nuevo equilibrio en el Kremlin, y debiéndose abandonar en el interior de la Unión Soviética la política propugnada por Malenkov, fué necesario volver a la guerra fría aun siendo favorable la distensión al Occidente.

Las principales conclusiones que hemos de deducir ante el próximo convenio de los Cuatro es que Rusia no podrá dejar de pedir como base para cualquier Tratado una modificación sustancial de las actuales relaciones comerciales entre el Este y Oeste, sin la que el Kremlin no podría reemprender esa política distensiva que, como ya se ha visto—*rebus sic stantibus*—, no está en situación de practicar en el interior del país.

Según nuestro particular criterio, la imprevista actitud soviética de restituir su interpendencia y libertad a Austria ha de interpretarse como una tentativa proclive a crear entre la U. R. S. S. y el Occidente una zona de seguridad, situando más allá de los Estados satélites el territorio de varios Estados neutralistas (Suecia, Suiza, Austria), más que como una manifestación de auténtica buena voluntad de cooperación. Prueba de ello es la contemporánea creación de la N. A. T. O. oriental, organización que permitirá situar bases militares soviéticas a lo largo de todo el telón de acero y, por tanto, a pocos kilómetros de la misma Viena.

En cuanto a la iniciativa soviética desarrollada en Belgrado durante los últimos días de mayo y primeros de junio, definida en los círculos occidentales como "gesto imprevisto" o "golpe sensacionalista", tiene objetivos fácilmente definibles: *a)* dividir prácticamente en dos troncos el dispositivo atlántico, que, al romper su soldadura con la neutralidad de Austria, ya no podrá contar con Yugoslavia para reparar los eslabones de su cadena defensiva; *b)* neutralizar militarmente a la Alianza balcánica. La decisión soviética tiene, pues, un significado concreto: es la superación definitiva de la política staliniana de 1948, que llevó a la expulsión de Tito del Kominform. En otros términos, es la derrota de la causa primera, que indujo a Tito—sea dicho con todas las reservas—a volverse hacia el mundo occidental. Y es de notar que, en

aquel año, en la trágica situación de aislamiento en que se encontraba, Yugoslavia aceptó la ayuda occidental, pero se negó categóricamente a condicionarla a la más insignificante concesión política. En su intento de no irritar a la U. R. S. S., Yugoslavia quiso dilatar la estipulación del Pacto balcánico, y, cuando tuvo que suscribirlo, se las ingenió para vaciarlo de todo contenido militar especialmente dirigido contra Moscú y sus satélites. Además, Tito se negó con la máxima energía a vincular el Pacto balcánico a la Organización atlántica, y, en puridad, tampoco puede hablarse del problema de una adhesión directa de Yugoslavia a la N. A. T. O. En fin, luego de un período dedicado a reafirmar con energía creciente su "equidistancia", Tito comienza a hablar de "coexistencia activa", y, junto con Nehru, se convierte en su paladín más entusiástico. "La coexistencia activa no es solamente una concesión que se ha de adoptar, sino que es además una meta por la que hay que luchar." Así se lee en un artículo de Rade Vekov publicado, el 1 de enero de 1955, en la *Revue de la Politique Mondiale,* que se edita en Belgrado. Y en la declaración conjunta de Tito y de Nehru, realizada en diciembre de 1954, a la terminación de la visita hecha a Nueva Delhi por el Jefe de Estado yugoslavo, se lee: "La política de no adhesión a los bloques, adoptada y proseguida por los Gobiernos yugoslavo e hindú, no es una política de neutralidad o de neutralismo, ni siquiera de pasividad, sino una política activa, positiva y creadora que tiende a la paz colectiva..."

Hoy parece prematuro, cuando no ilógico, pensar en una reintegración de Belgrado a la órbita kominformista. Pero no hay que olvidar que Yugoslavia era y es un país comunista, y que todavía se puede contar con una cierta confianza y por algún tiempo con la neutralidad de Belgrado, pero no con su "equidistancia" entre ambos bloques, porque hoy por hoy Belgrado se halla más cerca de Moscú que del Occidente, y esta verdad ha de traducirse concretamente así: Yugoslavia está perdida para la defensa del Occidente. Se abre una brecha en el Mediterráneo, en uno de los sectores más delicados de toda la barrera defensiva atlántica: Grecia y Turquía quedan desgajadas del grueso atlántico, e Italia llega a encontrarse en una posición más delicada y neurálgica que la que precedió a 1948.

Resumiendo, en otros términos, no basta en modo alguno con sostener—como hizo el propio Malenkov al día siguiente de la muerte de Stalin—la tesis de la necesidad de la coexistencia pacífica (coexistencia tanto más vital e indispensable en la edad ató-

mica). Se precisa mucho más para que una coexistencia realmente pacífica pueda establecerse entre ambos mundos, aunque al Occidente libre y democrático se le deriven los frutos tan deseados.

Según el contenido del altísimo *Mensaje* pronunciado por el Supremo Pontífice con ocasión de las pasadas Navidades, es necesario pasar de la coexistencia del temor y de la desconfianza a la coexistencia en la verdad, descartando al paso la coexistencia en el error. El importante documento pontificio merecería amplio y profundo estudio, que nos dispondría para adentrarnos convenientemente en los numerosos temas y argumentos allí tratados, y desarrollados todos no sólo con insuperable "celo pastoral y solicitud paterna", sino también, y sobre todo, con un empeño histórico, lógico y funcional excepcionalmente sentido.

Cuanto afirma el *Mensaje* sobre el tema constante del falso pacifismo nos parece de tal importancia que nos vemos en la necesidad de repetirlo textualmente: "Una propaganda pacifista—se nos recomienda—que provenga de quienes niegan toda fe en Dios es siempre muy dudosa e incapaz de atenuar o eliminar el angustioso sentido de temor, si no es que sea conducida con el fin y como expediente para provocar un efecto táctico de excitación y de confusión." "Hoy, sobre todo—se prosigue en el inspirado *Mensaje*—, cada uno de los dos grupos en que está dividida la familia humana tolera que el otro exista, porque no quiere perecer él mismo ... En cada uno de ellos es avasallador el temor a la potencia económica del otro y está viva la aprensión hacia los efectos de las modernísimas armas ... La presente coexistencia en el temor tiene así solamente dos perspectivas: o se levantará en coexistencia en el temor de Dios y después en una convivencia de paz verdadera ... o se contraerá más y más en una glacial parálisis de la vida internacional, cuyos graves peligros son ya previsibles a partir de este momento." Pero—como decíamos más arriba—para poder pasar del actual estado de "coexistencia en el temor" al estado de "coexistencia en la verdad" es indispensable cerrar la puerta a la "coexistencia en el error". Si no nos esforzamos en este sentido no haremos más que perpetuar el actual estado de disgusto en que el mundo se encuentra, a causa precisamente de aquellos sistemas y remedios equivocados, que pretenden utilizar la fuerza económica como la gran piedra de toque de la guerra y de la paz. "El antagonismo entre los dos bloques—avisa el Santo Padre—no puede ser superado con fuerzas puramente económicas."

Además, si existen, como es verdad, relaciones de causa y efecto

entre el mundo moral y el económico, ésas deben ser ordenadas de forma que se asigne a aquél la primacía: corresponde al mundo moral acompasar autorizadamente su espíritu a la economía social. Solamente en nombre del espíritu, por tanto, de un común denominador espiritual e ideal, podrá realizarse la coexistencia en la verdad y la fecunda colaboración entre los dos bloques en contraste.

Hemos llegado al término de nuestra exposición; aún antes de cerrarla quisiéramos insistir no sólo sobre la necesaria e indispensable cautela y prudencia, con las cuales el conocimiento doctrinario y la experiencia nos imponen la valoración de todas las "aperturas distensivas" y las ofertas previas de pacífica "coexistencia" dimanadas del mundo comunista.

No es preciso olvidar una vez más que nosotros mismos nos exaltamos por el camino de la paz, sin saber exactamente de qué cosa se trata. La paz—es necesario decirlo firmemente—es el disfrute de la justicia atenida a la libertad. La paz postula la libertad. No podemos llegar a la libertad a través de la paz; al contrario, es necesario ir a la paz a través de la libertad. De otra forma, no es libertad; no puede ser paz.

Giuseppe Vedovato.
Lungarno del Tempio, 40.
FLORENCIA (Italia).

GUY DE LARIGAUDIE, *SCOUT* Y EL AVENTURERO DE LA FE

POR

LILI ALVAREZ

Este es un capítulo del nuevo libro de Lili Alvarez En tierra extraña, *que pronto aparecerá. Es como su prólogo, y se titula el "Ejemplo". Viene a ser la referencia viva de las observaciones y meditaciones, o sea de la "teoría", que hace la autora sobre la vida espiritual en general y, más en concreto, sobre la vida espiritual seglar.*

El 11 de mayo de 1941, en el frente francés de la frontera luxemburguesa, un hombre joven—tenía treinta y dos años—escribió la siguiente carta a una monja carmelita:

Hermana:

Aquí estoy en la refriega. Puede ser que no vuelva.

Tenía hermosos sueños y hermosos proyectos; pero si no fuese por la inmensa pena que esto va a causar a mi pobre madre y a los míos, exultaría de alegría. Tenía tanta nostalgia del Cielo, y he aquí que pronto va a abrirse la puerta. El sacrificio de mi vida no es siquiera un sacrificio, tan grande es mi deseo del Cielo de la posesión de Dios.

Había soñado volverme un santo y ser un modelo para los lobeznos, scouts *y* routiers. *La ambición era acaso demasiado grande para mi talla, pero era mi sueño.*

Estoy en una formación a caballo, y soy feliz de que mi última aventura sea a caballo.

Le doy gracias, hermana, por haber rezado tanto por mí y por haber seguido tan bien, durante doce años, la marcha, a veces titubeante, de mi alma. Esa oración fiel, que subía de su Carmelo, ha sido mi sostén y mi salvaguardia. ¿Quiere usted, cuando tenga noticia de mi muerte, escribir a mi madre, para consolarla? Usted le dirá que no tiene que llorar, que piense que me he ido a una tierra lejana, muchísimo más bella que las islas de coral, donde

poseeré toda la Luz, toda la Belleza, todo el Amor de que tenía tanta sed.

He ahí, hermana, lo que quería decirle. Sólo queda ahora correr con alegría mi última aventura.

Unas pocas horas más tarde, una bala enemiga le atravesaba el corazón como una saeta divina. En el bolsillo de la guerrera de Guy de Larigaudie, la figura más pura y hermosa del escutismo francés, fué encontrada esta carta, que no había tenido ni tiempo de enviar.

* * *

En Guy de Larigaudie hallamos la personificación de una forma de espiritualidad nueva, muy moderna: una especie de franciscanismo deportivo a lo siglo XX. Nadador consumado, gran jinete, esquiador y *routier* ante el Eterno, esta deportividad de hombre de la Naturaleza le había servido para ir varias veces, en su corta pero densa existencia, hasta los confines del planeta y alcanzar las islas más remotas, así como para adentrarse en las selvas más salvajes. Por el gozo de su expansión física, trovador de sombrero de fieltro de alas anchas y de calzón corto a lo Baden-Powell, llevaba a todas las latitudes su amor a Dios y sus rezos a la Virgen. Doblaba, en cierto modo, su alegría de vivir con su gozo celeste, y la fruición de las bellezas del mundo le hacía rebotar a las del Creador. Era el caballero de la Aventura y de la Fe.

Trataremos de descubrir el secreto de esta rica personalidad mediante dos cortes, el uno en longitud y el otro en profundidad, en la fruta viva de su existencia: el relato de sus expediciones y el análisis de sus escritos.

LAS AVENTURAS

Este hijo de un castillo del Périgord comenzó sus grandes viajes tomando parte en el Jarboree Internacional de 1934, que ese año tuvo lugar en Australia. El y veinte compañeros suyos de los *scouts* de Francia se embarcaron para Melbourne. Ni que decir tiene el alborozo con que, en las escalas de su largo periplo, descubren las maravillas del Asia.

En cuanto llegan al continente del canguro salen para el Norte en busca de las planicies, donde pastan los grandes rebaños y empieza la vida campera estilo *cow-boy*. De ahí visitan las minas de

oro, y, por fin, a pie y solitarios, se internan en el fantástico bosque australiano que llaman *bush,* albergue de los animales más extraños y de los hombres más salvajes que se conocen. Por la noche acampan al raso. Navidad los coge frente al fuego de campamento. Nochebuena de los antípodas, noche tibia de verano: *Un viento muy suave mece la cima de los árboles, juega en las hojas de los gomeros. Un perfume violento de eucalipto flota en el aire cálido. En el cielo más claro, la Cruz del Sur invita a la oración.* Después vinieron los días de fiesta del Jambore en Frankston, con sus campamentos gigantes y sus aclamaciones. Todo se termina, y ya es el retorno, más despacioso esta vez, por el Pacífico. De barco en barco surcan esos legendarios mares del Sur, con sus islas sorpresas, cuentas perfumadas de un exuberante y exótico rosario, que circunda la inmensidad marina del globo. Conocen la Nueva Caledonia, las Nuevas Hébridas, Tahití y, por el estrecho de Panamá, las Antillas. A veces se paran bastantes días, excursionean a caballo, se bañan en el agua eternamente cálida—¡en alguna ocasión hay que escapar de los tiburones!—y, adornados de flores, toman parte en las fiestas de aquellas poblaciones dulces y lánguidas. Por fin, ahitos de impresiones y de gozo juvenil, arriban a la madre patria.

Guy de Larigaudie vuelve a la mansión señorial de su infancia —Les Gérauds—como el marinero al puerto. Pero se está poco, justo el tiempo de recogerse en el ambiente familiar y poner en orden las notas de su vuelta al mundo. Y ya está proyectando otro viaje. Norteamérica le atrae. Esta vez saldrá solo y sobre el famoso *Normandie,* el barco campeón, supremo alarde de velocidad y de lujo, que detenta la "Cinta azul".

A bordo baila y se divierte intensamente, y también tiene sus visitas solitarias a la capilla, hasta que le sobrecoge la vista de la metrópoli del Nuevo Mundo: *Me hundo en mí mismo, aplastado por algo más fuerte que yo. La belleza de Nueva York es bravía, inhumana. Uno no puede dejarla de admirar, pero ella domina y machaca todo.* En seguida sale, porque más que las ciudades busca el campo de América. Viaja en autocar. En Kansas encuentra el Oeste, el país del Far-West, de los indios y de los *cow-boys* clásicos. En Nuevo Méjico tiene la suerte de caer en plenas fiestas indias, *con los jefes en traje de parada, plumas de águila y tomahawk,* y los *cow-boys con pañuelos de seda, sembrero de fieltro y espuelas de plata.* Se estremece ante el gran Cañón del Colorado: *Sentado sobre la punta de una roca suspendida sobre el vacío me lleno los*

ojos de luces y de colores. Una atmósfera de potencia salvaje y de misterio sube de la tierra sobrecalentada. Delante de esta decoración fantástica, el cuerpo parece aniquilado, demasiado endeble. Pero el alma está a sus anchas, y el prodigioso empuje de las rocas amarillentas se vuelve una oración. Atraviesa las montañas Rocosas y después el horrible desierto del Mohave, donde perecieron antaño tantos buscadores de oro. Llega, finalmente, a Los Angeles, y es recibido por las estrellas de cine y por la Universidad de California: baila con las primeras y diserta en la segunda. *Dos cosas—decía—son necesarias para viajar bien: un* smoking *y un saco de dormir.* Era de esos seres felices que saben unir la vida salvaje a la existencia lujosa y alegre de sociedad. A la muerte de Jean Harlow le dedicará unas líneas singulares y cristianas.

No se detiene y sigue a caballo, solo con un guía, por la famosa carretera de los bosques Colorados: *Paro la montura; acabamos de llegar al pie de una* sequoia, *una especie de abeto viejo de cuatro mil años. Tiene ciento diez metros de altura y veinticinco de circunferencia. Somos, a su lado, dos juguetes de plomo, olvidados sobre el suelo.* Rodeado de estos gigantes pasa una noche memorable, en la que bendice a Dios por haberle guardado puro para recibir, así, en toda su transparencia e intensidad, estos aconteceres supremos de belleza.

Está frente al Pacífico otra vez, y otra vez siente la llamada de las islas paradisíacas. Pensado y hecho: se embarca para Tahití.

De este viaje, mucho más personal y lleno de aventuras que el anterior, traerá un libro encantador: *Resonancias del Sur,* en que la vivacidad de su talento descriptivo iguala a los maestros del género. Tiene la suerte de estar invitado por el gobernador en su visita a los archipiélagos más australes de la Oceanía Francesa; en la comitiva de éste recorrerá las Tubai para regresar por las Gambier y las Tuamotu. En todas encuentra el mismo sortilegio: *Hace falta amar el esplendor azul de las lagunas; el agua tibia, donde se deslizan los más bellos peces del mundo; los fondos, donde se entrecruzan, en un enredo de ramos multicolores, las fluorescencial del coral. Hace falta amar la poesía de las noches cálidas, en el ritmo de los* ukeleles *y las guitarras; el perfume de las flores de* tiaré, *que lo persiguen a uno sin cesar; la dulzura de las tahitianas, con su porte real y sus palabras acariciantes. Hace falta amar la piragua, el agua, el caballo, las canciones. Pero hay que saber irse antes de estar cogido y de caer uno mismo.*

Descubre el peligro del embrujo sensual de aquellas islas, pero

también el milagro misional de la evangelización, y si toma parte en la arriesgada pesca de la perla—de la cual, por cierto, ha dejado una descripción de embelesadora poesía—, también visita la islita de coral de los leprosos y departe amigablemente con ellos. Será una de sus grandes impresiones. De regreso a Tahití se escapa otra vez hacia Rurutu—esos nombres sonoros (en francés la *u* se pronuncia *û)* deleitan—, 300 millas al Sur. Ahí pasará sus días más felices, viviendo totalmente la vida de los indígenas.

¡Vuelta a San Francisco y a la civilización! Quiere regresar por la ruta Norte, por el Canadá; pero tiene que esperar un mes porque el *St. Laurente* está aún bloqueado por los hielos. No tiene fondos para esta demora. ¿Qué hacer? En lugar de poner un cable a su familia, con ese generoso sentido deportista del hombre que juega con su existencia en todas las situaciones, se hace lavaplatos en el mejor restaurante francés del barrio chino: *Todos esos platos—decía, no sin gracia—, puestos los unos sobre los otros, hubiesen hecho, al cabo de un mes, una pila alta como la torre Eiffel.* Este gentilhombre perigordino se había probado a sí mismo que era un hombre libre, dueño y señor de sí mismo, capaz de valerse solo.

Otra vez en autocar coge la ruta de Vancuver y de los bosques catedralicios e interminables de *sequoias,* a los que sucede la pradera famosa, ilimitada llanura sin fin, país de Búffalo Bill. Chicago, las cataratas del Niágara y, por fin, el Canadá: ¡la vieja Francia! Allí halla el alma católica de su patria conservada después de dos siglos de dominio sajón. Quebec, y, finalmente, embarca en Montreal.

Ha terminado otra aventura.

Llega a su casa en mayo del 36. Su escala durará un año escaso. La lectura de la expedición Citroen a través del Sáhara le enciende la imaginación, e inventa... ¡el *raid* París-Saigón en un Ford de segunda mano! Salen él y su compañero Roger Drapier, en julio del 37, bajo el amparo de la Virgencita de la Carretera, que llevan en el tablero. El que no está al volante lleva el Rosario. A partir de Constantinopla empieza Asia y la dificultad. Envueltos en una manta conocen la dulzura de las noches orientales. ¡Palestina! *Todas las mujeres llevan el velo de la Virgen, todos los hombres se parecen a San José. Es la atmósfera, la luz, el aire mismo que uno respira con amor,* dirá. Tierra Santa es para su alma disponible y abierta a la llamada divina un toque especial que no

cesará de recordar. *Me he bañado en el lago de Tiberíades y he cogido en mis faros la raposa de las parábolas.* El recuerdo, por si no fuese bastante, de la aventura nazarena de Carlos de Foucauld, aquel supremo aventurero de lo Eterno, caló tan hondo en él que sintió veleidades de no proseguir el viaje, para hacerse imitador suyo..., son impresiones que van ahondando e iluminando su destino espiritual. Luego viene el desierto de Siria, Bagdad, Teherán, las altas mesetas del Afganistán, y por el Kyber-Pass entran en la India.

La pluma es demasiado lenta para coger al vuelo la multitud de escenas entrevistas en el fondo de ese vaso gigantesco, en donde bullen en una atmósfera de estufa, en la fiebre y la superstición, trescientos millones de seres humanos. En Dehli son recibidos por el propio virrey, que es a la par el jefe *scout* de las Indias. Más allá de Calcuta se enfrentan con la parte dificultosa y heroica del *raid,* con su hazaña inédita: franquear el delta enorme del Ganges, cuyas aguas infestadas van al mar a través de la maleza más salvaje. Avanzan de 30 a 40 kilómetros diarios a fuerza de *Avemarías* y de esfuerzos sobrehumanos. Tardan casi dos meses antes de cantar victoria. Pero ahora empieza la terrible cadena birmana: es la lucha contra la montaña, los precipicios y la manigua gigantesca, albergue del tigre y del elefante. Se abren paso con el hacha. Esta lucha feroz dura seis días. Hasta que descienden y se encuentran con la carretera de Rangoon. *Jeannette* es el primer automóvil que ha unido Calcuta a Rangoon. *Hemos dejado caer, al azar de nuestra ruta, en Europa, en Siria, en Afganistán, en las Indias, la dulzura de las oraciones a María. Esta decena por el éxito del* raid; *esta otra por nuestras dos familias, cuya inquietud tiene que ser grande; esta otra por todos aquellos que nos han ayudado; esta otra por esos desconocidos que tan simpáticamente nos han recibido en la última escala; esta aún para que la paz de Cristo descienda sobre estas tierras paganas que atravesamos.* Después de un descanso bien ganado prosiguen y descienden el Mékong sobre una gran piragua. Llegan a Laos, atraviesan el Tonkín y llegan a Hanoi, que les tiene preparado un gran recibiento. En Hué, la capital de Anam, son recibidos por el emperador Bao Dai. Antes de la entrada triunfal en Saigón se paran en la leprosería de Quin-Hoa, donde Guy de Larigaudie llevará noticias de su familia a una prima suya, monja franciscana, superiora allí. Le embarga la heroicidad sobrenatural de aquella existencia; compara las aventuras, la suya y la de ella, y siente más premioso que nunca el llamamiento

a una vida más excelsa y difícil. Quin-Hoa quedará en sus pensamientos y le perseguirá el alma.

Han completado los doce mil kilómetros de la travesía en siete meses.

Después de las ovaciones, nuestros héroes harán todavía, invitados, un crucero a Sumatra, Java y la isla de Bali. Pero ya es el viaje de regreso...

Guy medita mucho aquel invierno de 1937-38 en la casa solariega, mientras escribe *La route aux aventures*, el relato de la expedición. En el sosiego del *viejo país* y de la vida familiar, su aspiración a Dios aumenta: será cada vez más un *consagrado a Dios en el mundo.* Sin embargo, aún piensa en una hazaña última para contarla a sus lobeznos: la vuelta al globo en avión. Pero ésta será de larga preparación. El verano de 1938 lo pasa en los Sables d'Olonne; allí comenzará a escribir en medio de sus paseos solitarios, tanto a pie como a nado, ese librito de meditaciones, joya de espiritualidad moderna, titulado *L'Etoile au grand large.* Será su testamento espiritual a la juventud de nuestros días.

Para el verano del 39 piensa emprender el vuelo, y *boucler la boucle* al planeta; en lugar de ello, estalla la guerra.

EL ESPÍRITU

El historial externo de nuestro *scout* tiene por objeto el hacernos entender mejor su vida íntima. Por ser el suyo un pensamiento vivo, enraizado en el bregar y estremecerse terrenos, y no un simple juego abstracto de la mente, es por lo que el contexto vital de su existencia movida y audaz nos es necesario para percibir la hondura y resonancia últimas de sus reflexiones y meditaciones.

Sólo así captaremos su espíritu.

Aún más que en el anterior, dejaré en este capítulo hablar por sí mismo, cuantas veces pueda, a este ser de excepción, que supo vivir y expresarse, ambas cosas, maravillosamente. Lo haré con tanto menos reparo cuanto que ninguno de sus escritos ha sido traducido a nuestra lengua. Aun a costa de parecer uno de esos escritores o articulistas que más que la pluma de ganso parecen manejar las hermosas tijeras de los sastres, mi ambición para esta parte es modesta: tan sólo quisiera fuese algo así como una *antología comentada.*

Como en San Francisco, la nota distintiva de Guy de Larigaudie es la alegría.

Joie de vivre que desborda y busca en las máximas emociones y bellezas que puede brindarle la creación, en la plenitud de la existencia terrena, la elevación de su alma a Dios. Pero podía ser un entusiasta, un místico del gozo del universo, porque antes es un duro asceta, que sabe de la lucha consigo mismo por conservarse puro. Su euforia no es pagana ni panteísta, porque tiene previamente una aguda conciencia del mal:

Sentir en el fondo de uno todo el lodo, los fangos y el hervor de los instintos humanos y quedarse por encima, sin hundirse en ello, como cuando uno anda sobre pantanos secos, dejándose levantar por una especie de aligeración de todo el ser para que el pie no penetre. Quedarse en el amor de Dios, como en la pureza de la mañana, sobre la extensión brillante del pantano, sin que el cuerpo se derrumbe en el cieno.

O también cuando dice: *Estamos hechos para el sol, no para la charca oscura, donde juegan sus reflejos.* Este generoso e intrépido sabe también de la valentía de la huída—ya lo hemos visto cuando hablaba de los encantos de la Polinesia—, a veces hasta *llorando de desesperación y de rabia.* No encogerá su existencia, no la enñoñecerá por miedo a ser tentado, como tantos que confunden el fanal con la pureza. Lo que evitará a toda costa es el pecado (1).

---

(1) No hemos meditado bastante ni hecho nuestras aquellas solemnes palabras al Padre: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal." Larigaudie aceptaba gozoso el peligro a que éstas le exponían y la exigencia de responsabilidad propia, de dureza contra uno mismo que entrañan. Es más cómodo quedarse al resguardo de murallas y fosos que luchar en el cuerpo a cuerpo directo de la existencia. Todo el afán de muchos cristianos jóvenes de hoy parece consistir en levantar barreras y separaciones, no en hacerse combatientes aguerridos y valerosos. Así se origina esa mentalidad pusilánime de creerse buen cristiano, cristiano ejemplar, porque uno se *esconde* tras las defensas y los parapetos. "Siempre existe el peligro en cualquier acción del hombre, y el valor del hombre estriba en aceptar riesgos que han de ser el medio de adquirir un bien superior", ha dicho un gran médico cristiano. (Doctor René Biot: *Ofensivas biológicas contra la persona,* página 100.) Para alcanzar las cumbres, el alpinista tiene a la fuerza que bordear precipicios. Si nuestro héroe hubiera puesto su cuidado únicamente en evitar tentaciones, no habría siquiera salido de su terruño y no se hubiese creado ese espléndido esquema vital humano religioso con el que intensificó y vivificó su existencia, haciéndose así fuerte contra los mismos riesgos que tenía que arrostrar.

El "bien superior" es el que crea en nosotros esa integridad personal que nos hace resistentes a todos los embates, así como la ausencia de esa integridad deja al ser vitalmente desvalido ante la tentación. Tanta precaución es una confesión tremenda de desligadura interna.

Por ello, la tarea más importante de los educadores, y la más difícil, es la positiva de abrir horizontes a la juventud, de ofrecerle un anhelo grande y

El sistema de Guy de Larigaudie contra los malos pensamientos es radical: *Un buen modo de hacerse amo de ellos es tomar su manta y dormir sencillamente al pie de la cama, sobre el suelo. Nuestro hermano el asno, calmado, se queda todo corrido, y, dominados, los malos pensamientos se alejan.* Alegre y fácil disponibilidad deportiva. ¿Cuántos hay de los jovencitos virtuosos que tengan esta libertad y señorío consigo mismo? Su sentido ascético llegaba hasta esos pequeños detalles que por su apariencia humilde y fácil se dejan continuamente pasar: sabía el valor de no echar sal en un potaje soso o el no desplazar un objeto que estorba, *ese acto ínfimo de amor, que siempre es posible aún en la peor derrota aparente del alma, es como una llamada a la gracia, y, por él, la voluntad se encuentra nuevamente fortalecida.* Su conciencia del mal era tal que ha tenido esta frase preciosa, digna de un maestro de la vida espiritual: *Hay que hacer de toda culpa un salto* (rebondissement) *hacia un mayor amor.*

Por esta sabiduría del desorden malo, que late por debajo de nuestras energías más bellas, él purifica, hace limpio y transparente su *élan vital,* que se expande y dilata en la creación. Por esta sabiduría honda, su alegría es cristiana.

Y también, y sobre todo, porque a la otra punta, es decir, por encima y más allá de este placer mundano—no por debajo esta vez—, no se contenta con él: siente su limitación. Son innumerables los pasajes en que Guy de Larigaudie reitera y hasta machaca la afirmación de que *el mundo en que vivimos no está hecho a nuestra medida.*

... ...

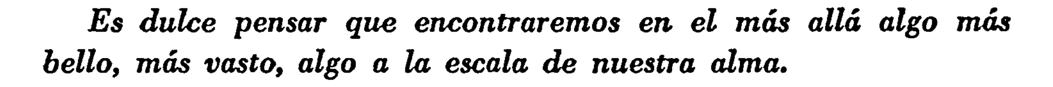
En la última torreta del palo mayor sobre un velero, cuando ya ninguna tierra está a la vista, uno posee para uno mismo el círculo del horizonte. Uno quisiera poder empujar más lejos esa línea, hacer estallar ese límite, que, a pesar de todo, nos aprisiona porque estamos hechos para lejanías más dilatadas que las extensiones esmirriadas de los horizontes terrestres.

... ...

---

su quehacer, de despejarle *caminos* por donde tenga acceso a metas preciosas; y, así, galvanizarle y tonificarle con el entusiasmo y la ilusión, propios de su edad. Tarea mucho más eficaz que contentarse con tener a la gente joven hipnotizada por el temor al sexto mandamiento, como algún animaluco del campo preso en la luz de los faros..., porque es cuando es más fácil que le pille el coche.

En todo caso, es hacer que le cueste un doble esfuerzo el evitarlo.



Es dulce pensar que encontraremos en el más allá algo más bello, más vasto, algo a la escala de nuestra alma.

... ...

Nuestro deseo de felicidad es demasiado desmesurado para que pueda ser jamás satisfecho fuera del más allá. Hasta corporalmente somos aquí bajo unos insatisfechos. Ningún caballo puede galopar con el mundo como pista; ningún tablero de surf, *ninguna ola, puede llevarnos de un borde a otro de océanos más espaciosos que los que conocemos; ningún trampolín de esquí puede lanzarnos en los espacios interplanetarios; ninguna inmensidad puede contener la sed de infinito de nuestra mirada. Estamos frenados por todas partes cuando estamos hechos para lo ilimitado.*

... ...

Corre la aventura intrépidamente y con la alegría en el corazón; pero cuando, llegada la hora, te haga falta pasar a la única aventura que es el don total a Dios, acepta. Sólo Dios cuenta. Solos, su Luz y su Amor pueden contentar y saciar nuestro pobre corazón de hombre, demasiado grande para el mundo que lo circunda.

... ...

Aunque la haya sentido alguna vez, yo no he mascado en mí la amargura de saber frágiles todas las bellezas y las alegrías del mundo, puesto que no he visto jamás en ellas otra cosa que el reflejo imperfecto de las bellezas y de las alegrías de un más allá, del cual no he dudado jamás.

Precisamente porque su amor a la vida está saturado de conciencia sobrenatural, puede ser acogedor y puro con las cosas, puede ver todo lo bueno que tienen sin mancharse:

Hace falta amar todo: una orquídea bruscamente abierta sobre la jungla, un caballo hermoso, un gesto de niño, un dicho gracioso, una sonrisa de mujer. Hace falta admirar toda belleza a su paso, descubrirla, aunque sea en el lodo, y elevarla hacia Dios. Pero no atarse a ella. Ella no es sino un centelleo.

Este gran afirmador está tan naturalmente implantado en el eje de la vida, que todos sus juicios sobre la existencia conocen ese perfecto equilibrio en que se unen la comprensión y la prudencia, y le hacen tan equidistante del temor erróneo, del aspaviento falso, como de la confianza temeraria, de la indiferenciación acristiana.

A guía de ejemplo nos dirá, siendo él un magnífico bailarín, que *el baile es la gran alegría del juego libre de todos los múscu-*

los llevados por el ritmo de la orquesta, con todo lo que añade de gracia y de encanto una presencia femenina. Con sanas y claras parejas, es juego de rey. Pero si se resume en la mera posibilidad de estrecharse con tal de girar, entonces se vuelve malo y fuente de pecado.

En el capítulo titulado *Les jeunes filles* encontramos las frases siguientes:

Una educación falseada nos ha enseñado con excesiva frecuencia a no ver en la mujer sino una ocasión de pecado, en lugar de descubrir en ella un manantial de riquezas.

... ...

Sin duda, la camaradería entre chicos y chicas es cosa infinitamente delicada, que es menester llevar con prudencia y regular para sí, cada uno a su propia medida.

... ...

Las verdaderas jóvenes... tienen una virtud de pureza cuya irradiación nos es saludable a nosotros, que debemos batallar sin cesar para mantener en nosotros esa misma pureza.

Y tiene esta magnífica exclamación, que todas las muchachas con tendencia marcada a la piedad debieran siempre tener presente:

¡Dios mío, haced que nuestras hermanas las jóvenes sean armoniosas de cuerpo, sonrientes y vestidas con gusto!

La razón de esta libertad y de este dominio proviene de su enfoque positivo de la religión, de su amor a Dios operante:

... ...

De Tahití a Hollywood, sobre las playas de coral y sobre el puente de los transatlánticos, he tenido en mis brazos, al ritmo del baile, las mujeres más bellas del mundo. No he querido coger ninguna de esas flores ofrecidas o apasionantes de conquistar. Sin embargo, juzgaba sin valor para mi cuenta propia todas las razones humanas de huir. Es por el solo amor de Dios por lo que, pisoteándome el cuerpo, he jugado a la indiferencia.

... ...

Ellas no podían comprender, las bellas extranjeras, que, aún sobre las músicas de baile más insinuantes, mi corazón, por dentro de mí, cadenciaba una oración, y que esa oración era más fuerte que su gracia o que su atractivo.

... ...

La castidad es una apuesta imposible y ridícula si sólo tiene por armadura preceptos negativos. Es posible y bella y enrique-

ciente si se apoya en una base positiva: el amor de Dios, vivo, total, único capaz de contentar la inmensa necesidad de amor que llena nuestro corazón de hombre.

... ...

¿Una religión negativa: tú no harás ni esto ni aquello? No, por cierto. Pero un amor de Dios tan profundo, tan intenso, que le sube a uno al borde de los labios a lo largo de los días. Eso es positivo y permite tenerse en pie contra viento y marea.

La cosa es clara: en boca de Guy de Larigaudie, el amor de Dios no es algo distante, seco, de pura fe y tenso cumplimiento del deber, sino que se traduce en *presencia* de Dios, amorosa y actuante en su alma. Es decir, la calidez sobrenatural de la Vida Divina penetrando y dilatando las fibras íntimas de su ser. Esta vivificación mística, esta unión vivida con Dios, es el centro y meta de su religiosidad, su espléndido porqué. Así la enalteció, así la profundizó.

No se contentó con ser un hombre de fe, ni un hombre que *cumple*, sino que era un hombre que *ama*, un hombre de Amor. Y en la incandescencia y llamear de ese Amor encuentra el fin de su existencia. Había comprendido la religión como Vida.

Me he acostumbrado tanto a la presencia de Dios en mí que tengo siempre en el fondo del corazón una oración que sube a flor de labios. Esa oración, apenas consciente, no cesa siquiera en el medio sueño que acompasa la marcha de un tren o el ronroneo de una hélice, ni siquiera en la exaltación del cuerpo o del alma, ni siquiera en la agitación de la ciudad o la tensión de espíritu de una ocupación absorbente. Ella es en el fondo de mí mismo un agua infinitamente calma y transparente, que no pueden alcanzar ni las sombras ni los remolinos de la superficie.

Hizo tan suya su preciosa máxima: *Hacer de nuestra vida una conversación con Dios,* que *flexibilizado y dominado, el cuerpo perdido de amor de Dios obedece, hasta en una media inconsciencia, a los reflejos del alma.*

... ...

Hace falta tener el corazón todo lleno de Dios, como un novio tiene el corazón todo lleno de la mujer que ama.

... ...

No hay verdaderamente más que una cosa que cuenta en el mundo: el amor del Buen Dios, un amor inmenso, irrazonable, un amor de chiquillo en adoración delante de su madre, un amor total que nos coge por entero en cada instante de nuestra vida. Ese amor

infantil, ese maravilloso amor borrará más tarde todas nuestras fealdades y permanecerá solo triunfante.

Porque estaba totalmente vuelto hacia Dios, preso por Él, veía todas las cosas *desde* Él, desde el ángulo y la posibilidad divinos; por eso la suya era una espiritualidad eminentemente afirmativa y levantada. Estaba colocado del "lado" vital, presidido por el signo *plus.* Su hermosa oración de la mañana lo demuestra:

Mi Dios, yo os ofrezco esta jornada.

... ...

Todas mis oraciones, todos mis pensamientos, todas mis palabras, todos mis pasos, todos mis gestos.

... ...

Todas mis alegrías y todas mis tristezas.

... ...

Todo lo que yo pueda hacer de bien en este día, ¡oh mi Dios!, yo lo deposito a vuestros pies para vuestra gloria y la salvación de las almas.

Es un día bonito, airoso, el que así ofrece a su Criador. Son las obras buenas y bellas las que pone a sus pies. No la negatividad grisácea de un día aplastado, diluído, apagado por la vulgaridad, cargado acaso de pecadillos mezquinos y del peso desolador de nuestra impotencia y atonía vitales.

Pero más aún en su sentido de la muerte podemos comprobar esta visión o penetración exaltante y encumbrante de la realidad: únicamente desde una altura existencial, experimentada y sin par, puede uno divisar así la grandeza felicitaria del morir, atravesar su secreto con tal violencia:

Mi vida no ha sido sino una larga búsqueda de Dios. Por todas partes, a toda hora, en todo lugar del mundo, he buscado su rastro o su presencia. La muerte no será para mí más que un maravilloso laisser-courre (2).

... ...

Si el grano de trigo no muere..., la más inmunda estercoladura produce las flores más delicadas. Toda planta nace de una descomposición primera. No hay ninguna razón para que escapemos a esa regla universal, y es magnífico pensar que no estamos sobre la tierra más que en el estudio del sufrimiento y la podredumbre.

... ...

---

(2) Momento de la caza cuando se sueltan, o se destraíllan, los perros.

Sólo la muerte nos hará nacer y nos colocará en el único mundo que sea nuestro.

Cuenta que en Tahití una vez, al zambullirse desde cierta altura, creyó que se estrellaba contra las rocas: *Pensaba en mí mismo, con una fuerza que apagaba otro sentimiento:*

Dios mío, no valgo caro; pero, a pesar de todo, os he amado bien.

... ...

Fué todo. No hubo en mí la sombra de una inquietud. Solamente una inmensa alegría.

... ...

Pero llegué muy prosaicamente al agua, de la cual volví a salir un poco aturdido y prodigiosamente decepcionado.

Otra vez, al atravesar el Ganges, volcó el *sampán* mientras dormía, y tuve *la misma visión global de toda mi vida, el mismo deslumbramiento como de una puerta súbitamente abierta sobre la luz, la misma sensación de abandono y de paz, de alborozo y de alegría total de alma y de cuerpo... Según toda probabilidad,* Jeannette *estaba perdida y el viaje fracasado.*

Pero ¡qué importaba eso, puesto que guardaba la amistad de Dios! Desde aquel día, ya no temo la muerte repentina.

... ...

Cierto: preferiría morir sabiéndolo plenamente. Querría poder tomar toda mi vida en el hueco de mis manos y tener el tiempo de elevarla hacia Dios y de dársela como mi humilde ofrenda de hombre.

... ...

Pero estará igualmente bien si, en lugar de abrirse lentamente sobre la Luz, la puerta cede de un brusco empujón.

Su amor de Dios era tal que morir era para él una dicha soberana. Una vez más vemos cómo el sentido de Dios y el de la muerte van aparejados. Y que si ésta nos es una incógnita tan angustiosa, es porque hemos vivido a Dios demasiado pobremente en nosotros. Su victoria en nuestra alma es como un abrirse radiante, oceánico, que borra la divisoria oscura de la vida y la muerte en una única fulguración de Amor y de Sentido. Si Dios nos es, en cierto modo, tiniebla y muerte, la muerte, cuando Él nos ilumina y vivifica, se nos alumbra idénticamente, se nos vuelve transparente, y se trueca en Vida incomprensible. Dios, su *gloria,* ha absorbido el vacío, la nada, la descomposición...

Y si de la elevación al Creador descendemos a la relación con

las criaturas, si pasamos del primero al segundo mandamiento, debemos encontrar también esta misma positividad en el trato con los semejantes, en el aspecto de la persona.

San Francismo de Sales pudo decir: *Un santo triste es un triste santo.* Porque lo mismo que en los frontispicios de los teatros, existen dos *caras* en el modo de ser caritativo: una gris, sin gracia, incomunicativa, y otra expansiva, transmisora, que se abre y abre las almas. Es la que consigue lo contrario de la *tristeza:* la alegría.

Ni que decir tiene que Guy de Larigaudie fué el hombre riente de la caridad. O de la caridad riente.

Hizo un *elogio* encantador de la sonrisa. Espiguemos:

Hay un buen medio de crearse un alma amigable: la sonrisa.

... ...

Saber sonreír, ¡qué fuerza! Fuerza de apaciguamiento, fuerza de dulzura, de calma, fuerza de irradiación.

... ...

Es a veces penoso dar con la palabra justa, la actitud verdadera, el gesto apropiado. ¡Pero sonreír! ¡Es tan fácil... y arregla tantas cosas!

La sonrisa es un reflejo de alegría. Es su fuente. Y ahí donde reina la alegría—quiero decir la verdadera alegría, la alegría en profundidad y en pureza de alma—, ahí también florece esa *âme amicale,* que fué tan propia de él. Añadía: *Seamos portadores de sonrisa, y por ahí sembradores de alegría.*

Croidys, su biógrafo, nos dirá que, *para Larigaudie, la religión debe ser alegre, amable, el florecimiento de un alma que lleva a Dios en ella. Con él, nada de ojos gachos ni de aires encogidos..., sino la grande y gozosa libertad de los hijos de Dios. Es la religión de San Francisco de Sales, íntimamente unida a todos los actos de la vida: a la sociedad, a las costumbres del tiempo, al esfuerzo, cualquiera que sea, bajo un aspecto joven y alegre.* No es de extrañar entonces que *su persona es, por sí misma, un apostolado; su cristianismo, tan plenamente practicado, atrae...; su presencia... ejerce una influencia moral y religiosa bienhechora. Ese es su destino. Es el peregrino del Amor de Dios. Pasa y hace el bien alrededor de él. Tal es el secreto de su Aventura.*

Era el espléndido poseedor de ese sentido solar de la religión que representa el abrirse, el dilatarse, el pleno y auténtico florecer, con perfumes y tintes inesperados de la personalidad, y que los hombres que no conocen la vida honda de religión no pueden ni

soñar, y los que la conocen, difícilmente entrevén, porque no alcanzan su milagrosa integridad.

Era un ser logrado.

Y si descendemos otro escalón más y nos fijamos en su experiencia con las criaturas en general, mudas y no mudas; con la realidad simple y directa de la vida, le vemos desentrañar también todos los rasgos afirmativos que ella pueda tener.

Nos dirá, por ejemplo:

Una bestia perseguida y acosada hace un esfuerzo mayor que el nuestro sobre la cadena birmana. Pero sólo el hombre puede dar un sentido a su esfuerzo. El chiquillo de trece años, que se levanta un cuarto de hora antes para hacer su gimnasia delante de la ventana abierta, produce un esfuerzo de un valor mayor que la carga de un rebaño de búfalos.

... ...

Creamos eternidad en cada uno de nuestros actos. Ahí está nuestro poder maravilloso de hombre. A cada segundo edificamos nuestro reino.

... ...

Debemos añadir nuestra piedra al edificio del esfuerzo humano.

O esta otra lección de realismo precioso: *Hay que pegarse a la vida como uno se pega al caballo. Hay que seguir flexiblemente sus menores movimientos, sin ponerse jamás tieso contra ella.*

Y si fué un ser libre y aventurero, muy vivo y abierto al presente, no por ello dejó de ser un gran tradicional, amante de todo lo que representaba la vida de los siglos pasados, que formaron su estirpe y su terruño. Su modernidad no cedió a la chabacanización. (Rasgo idéntico al de ese otro santo deportista italiano, Pier Giorgio Frassati, muerto también en la flor de la juventud, que visitaba los suburbios de Turín con cuello duro de señorito. Sin duda existen también *familias* de santos.) Su *Chant du vieux pays* lo prueba, ramillete de pequeñas *canciones* a los recuerdos entrañables:

Llevo en mí todas las resonancias de ese viejo país, que amo hoy con un afecto más profundo y con un amor más razonado por haber paseado su imagen y su recuerdo por todas las tierras del mundo.

Pero es en su contacto con la Naturaleza donde alcanza su captación más profunda y reveladora. Tiene como un sentido especial para percibir esa misteriosa ligazón entre creación y Creador: la

limpidez sobrenatural de su alma le hace, como el Santo de Asís, inmediata y espontáneamente sensible al eco de lo Divino que se esconde en la Naturaleza. En los pasajes de su pluma que hemos ya transcrito hemos podido comprobar esta nota suya, franciscana pura: *El bosque me rodea, tan bello que se vuelve una oración;* o hablando de *esas horas pesadas,* en que estamos atenazados por la tentación, tiene una equiparación sorprendente entre *estar sentado en el fondo de una iglesia sin poder siquiera rezar, o fuera bajo las estrellas para sentir, a pesar de todo, cerca de uno algo grande...* La intimidad misteriosa del Sagrario, con su lamparilla vacilante, o la profundidad majestuosa de la bóveda nocturna, tienen idéntico efecto de contraste y de llamada más allá de él mismo, de su pegajosa derrota interior.

Pero, sobre todo, ha tenido la inteligencia de discernir, sin duda, porque lo palpaba en sí mismo, cómo en esta era de la trepidación y del ruido la Naturaleza nos devuelve el ritmo primero de la vida, ese en el cual Dios se hace asequible al alma, y cómo su belleza y su silencio son los grandes acercadores de la Divina Presencia. Ha sabido ver cómo la expansión deportiva y gozosa en la Creación, al devolvernos una existencia y un entorno bellos, originalmente bellos, nos es una verdadera y sutilísima *catarsis* vital. que sin darnos cuenta nos coloca en un universo interior y una sensibilidad distintos. Y consecuencia suya: el hambre y la necesidad intimísimas que tenemos en nuestro mundo mecanizado y deshumanizado de las urbes de esta liberación física.

Por esta aprensión consciente y pensada, Guy de Larigaudie es uno de los descubridores más delicados de lo que yo llamaría, para evitar el horroroso prefijo *neo,* el franciscanismo moderno: el que sabe y parte de la existencia falsa, artificiosa, machacante y desvirtuadora de nuestro siglo, en lugar de la plenamente armoniosa, enraizada y natural del Medievo.

Al ritmo lento de antaño, el de las estaciones y de las plantas; el hombre no estaba ni atropellado ni triturado; tenía, por la fuerza de las cosas, el tiempo de mirarse vivir. Más y más va perdiendo hoy día ese derecho de mirada sobre sí mismo.

... ...

Nos es menester reaprender la vagancia. No por cierto aquella en la que uno pasea un corazón vacío y un alma sin pensamiento. Pero sí la vagancia fecunda, que es como un retiro en uno mismo.

... ...

Tenemos que habituarnos al coeur à coeur *con Dios en la soledad y el silencio de su creación.*

Sus ojos sensibles ven cómo en esta dilatación externa e interna a un tiempo el ser encuentra sus mejores capacidades de vida:

Es bueno rumiar los pensamientos, prestando oídos a esa larga canción de la tierra. Es propicia a los recuerdos, a los sueños del porvenir, a la conversación familiar con Dios. Es fecunda porque es más fácil esculpirse una vida más bella cuando uno puede soñarla así antes de vivirla.

* * *

En resumidas cuentas, esta positividad, este sentido suyo de la vida preciosamente afirmativo, hizo que su religiosidad, tan original como apasionadamente vivida—sin rutinas ni posturas recibidas—, evitase esos dos escollos en que tiene propensión a dividirse la manifestación religiosa: no dió en ese catolicismo *cerebral,* fácilmente propio de la gente culta, que a pesar de su frialdad real, por el mero hecho de divagar abstractamente sobre temas culturales relacionados con la religión y ser honrados paterfamilias, que van los domingos a misa, se figuran haber hecho profesión de católicos representativos y a machamartillo. Ni tampoco dió en ese otro catolicismo de signo opuesto y pareja o contrincante suyo *dialéctico:* el *beato,* conformista y rutinario, de cortos alcances mental y humano, pero de actual piedad.

La plenitud de su vida remontó por encima de esos dos *parcialismos:* supo triunfar de ellos.

* * *

Guy de Larigaudie fué uno de estos extraños hombres de Dios con vocación de seglar. De ello no cabe la menor duda. A los dieciocho años de edad entró en el Seminario de Issy; pero después de tres cursos hubo de salirse con su atlética salud destrozada; o sea, tenía una conciencia y un conocimiento experimental y directo de la excelsitud, que significa la consagración sacerdotal, y, sin embargo, en todos sus anhelos de mayor entrega núnca pensó de nuevo en el sacerdocio. Por el contrario, en las largas horas de espera en el frente, su decisión había madurado: dejaría ya todas sus andanzas y vuelos alrededor del planeta e iría a la lepro-

sería de Quin-Hoa, que tanto le había impresionado, a dedicarse a aliviar a sus hermanos dolientes en plan de *consagrado a Dios laico.* ¡Esto sí se puede decir que es el *summum* de la vocación seglar!

Sabía, presentía, que algo distinto de lo que hasta entonces había vivido le esperaba, algo grande, radiante. No sabía que era la muerte, su amada.

* * *

Concluiremos, pues, con el resumen profético que de su existencia nos dejó al final de *L'Etoile au grand large.* Nos muestra lo que ocurre al seglar cuando lleva bastante lejos *el hermoso juego de su vida.*

Me he paseado a través del mundo como en un jardín cerrado de muros. He llevado la aventura de un borde a otro de cinco continentes, y he realizado, los unos tras de los otros, todos los sueños de mi infancia. El parque de la vieja mansión perigordina donde hice mis primeros pasos se ha ensanchado hasta los límites de la tierra, y he jugado sobre el mapa mundi el hermoso juego de mi vida. Sin embargo, los muros del jardín no han hecho sino retroceder, y sigo siempre enjaulado.

Pero un día vendrá en que podré cantar mi canto de amor y de alegría.

Todas las barreras se romperán.

Y poseeré el Infinito.

Lilí Alvarez.
Alberto Bosch, 3.
MADRID.

NUEVOS CAMINOS DE LA ECONOMIA IBEROAMERICANA

POR

LEANDRO RUBIO GARCIA

En la actualidad, las naciones hispanoamericanas se abren a todas las esperanzas. El porvenir de un Continente entero, mantenido tanto tiempo en estado de promesa, se ha puesto en movimiento hacia fines claramente determinados. La evolución, sin embargo, sólo se está iniciando. Ahora bien: se puede disponer de recursos incalculables y de posibilidades ilimitadas sin avanzar a la vez con la misma velocidad en todos los puntos. De ahí los contrastes cada vez más numerosos. Los grados de civilización y de cultura ofrecen tales desigualdades de un lugar a otro que haría falta un siglo para nivelarlas.

Pero Hispanoamérica necesita fondos para financiar su desenvolvimiento. Buena muestra de tales propensiones son las recientes Conferencias de Nueva Orleáns, en febrero-marzo del presente año, y de Río, en noviembre-diciembre de 1954.

Por lo pronto, vemos que el 4 de marzo terminaba la Conferencia interamericana de inversiones. Celebrada, con carácter privado, en la ciudad de Nueva Orleáns, con asistencia de unos ochocientos delegados, era organizada con la finalidad de dar a los hombres de negocios de todo el Hemisferio la facilidad de reunirse y de discutir proposiciones específicas y oportunidades. Y, a la conclusión de las sesiones, se anunciaba que un grupo de banqueros había llegado al acuerdo de formar un fondo inicial de diez a quince millones de dólares, para promover los proyectos de las naciones hispanoamericanas. En todo caso, Milton Cabral, director de la Federación general de la industria brasileña, ha declarado que esta Conferencia marcaba el principio de un nuevo movimiento hacia la explotación racional de los inmensos recursos de Hispanoamérica.

Paralelamente, el sentido de la reunión económica de Río era del máximo valor: no sólo para los países americanos no anglosajones. La estructura y el número de la delegación estadounidense indican la importancia concedida por el Gobierno de Wáshington a las relaciones del Hemisferio. Aparte del significado por sí misma, evidenciado por la asistencia de representantes de organizaciones

internacionales, como Eugene R. Black, el presidente del International Bank for Reconstruction and Development; o por la circunstancia de que naciones de fuera del Hemisferio solicitaran permiso para el envío de observadores.

Y el lector comprenderá fielmente los rumbos de tal Asamblea teniendo en cuenta que, después de la exposición de la actitud de cada país sobre los asuntos a tratar, expresada a través de los representantes caracterizados de las distintas delegaciones, la Conferencia se dividió en cuatro Comisiones principales. Tales Comisiones eran: 1.ª La de Comercio internacional, formada por tres Subcomités encargados de discutir las cuestiones de precios y mercados; políticas comerciales; y transporte. 2.ª La de Desenvolvimiento económico, con los Subcomités técnico y financiero. 3.ª La de Cooperación Económica. 4.ª La de Coordinación. Las Comisiones tenían el cometido de preparar, sobre las bases de las proposiciones sometidas por las delegaciones, las resoluciones para el debate final.

Desde luego, no se alcanzó conclusión alguna acerca de cualquiera de las mayores resoluciones ante la Conferencia, de modo principal, en torno a las cuestiones conectadas a una mayor inversión de capitales estadounidenses en la América Hispana... Empero, se gestaron resoluciones recomendadas para ulterior estudio o consulta más estrecha entre los miembros con relación al transporte interamericano, al desarrollo del comercio regional, integración económica, cooperación entre los bancos centrales, con el fin de contrarrestar los efectos de las dificultades de las balanzas de pagos. Asimismo, la Conferencia *pasó* varias resoluciones recomendando medidas de *self-help* en el campo del desenvolvimiento económico: una, encaminada a aumentar las inversiones extranjeras en la América Hispana, abogando por la adopción de políticas internas dirigidas a hacer a las economías nacionales más atractivas al capital foráneo; otra, recomendando a los Gobiernos la preparación de programas de desarrollo económico, informando a los varios países exportadores de capital de las oportunidades específicas para una inversión provechosa.

Tal vez los resultados de la Conferencia hayan sido desilusionadores para alguno. Mas no cabe duda de que ella ha dado pie a los países hispanoamericanos para exponer abiertamente sus *agravios* y sus aspiraciones ante los delegados yanquis. Lo verdadero es que ciertas tesis hispanoamericanas han sido ampliamente difundidas. Una de ellas es que los Estados Unidos han dado a Iberoamérica una ayuda económica oficial mucho menor que a Europa y Asia.

Otro punto destacable es que la importancia de la América no anglosajona, como fuente de numerosas materias primas esenciales, justificaría un mejor trato. No se olvida así el efecto sobre las economías hispanoamericanas de las fluctuaciones de precios de los *primary products*. Máxime cuando muchas de tales estructuras económicas se fundamentan sobre un solo producto—café, bananas, azúcar—, con las consecuencias tristes de que si las alteraciones de precios son insignificantes en las naciones consumidoras, ellas tienen las repercusiones más profundas entre los países productores.

En un reciente estudio del Secretariado de la CEPAL, sobre la situación económica de Iberoamérica en 1953, al examinar las variaciones de los precios de los principales productos primarios integrantes de las exportaciones hispanoamericanas entre 1947 y 1953, bien se ve cómo la baja ha sido, por término medio, de 4,2 por 100 de un año al otro. De manera que, con exclusión del café y del petróleo, en 1953 apareció un descenso de tal carácter que en ese año los precios de los productos de la América Ibera cayeron al nivel más bajo registrado en el curso de los seis años últimos.

Seguramente el lector tendrá conocimiento del informe emitido el 5 de octubre por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina, referente al tema de las inversiones extranjeras en Iberoamérica. El *report* declaraba que una de las necesidades fundamentales de la economía hispanoamericana es *la inversión pública en los servicios básicos*, especialmente en energía y transportes. En esta ruta, registremos que en las sesiones inaugurales de la Conferencia de Río, Carlos Villaveces, jefe de la Delegación colombiana y, después, presidente de la Comisión de Comercio internacional, dedicó una parte de su discurso inicial a la cuestión del comercio; considerando que la expansión económica de la América Ibera dependía, en una considerable extensión, del mantenimiento de *fair prices* para sus productos de exportación; y resaltando que las caídas súbitas en los precios causaban serios quebrantos económicos. Parejamente, estudió las estimaciones de la CEPAL, sobre la proporción de la población iberoamericana ocupada en la agricultura (el sesenta por ciento) y acerca del porcentaje de las exportaciones de materias primas de Iberoamérica (el sesenta y cinco por ciento).

Mas, en un perfil de las cuestiones económicas hispanoamericanas, advirtamos que, según un informe de la CEPAL, es muy limitada la practicabilidad de medidas para suavizar las fluctuaciones en los precios de las materias primas de Iberoamérica, en razón de

que las exportaciones de tales productos de los que dependen los países americanos no anglosajones son de interés de muchas otras naciones fuera de la América Hispana, bien como productores, bien como consumidores, haciendo que los acuerdos de precios mínimos habrían de tener poca aplicación. Sin embargo, se ha consignado que la Conferencia de Río era una ocasión para discutir el problema y que la regulación de los precios podía ser una parte integral de la colaboración interna dentro de la política de desarrollo *latinoamericano.* La circunstancia cierta es que los técnicos de las Naciones Unidas presentan cifras en las que se exhibe cómo los países iberoamericanos han podido adquirir en 1953 sólo el sesenta por ciento de lo que podían comprar en 1870, ochenta años antes, con la misma cantidad de materias primas. Y he aquí la tesis hispanoamericana: no puede aceptarse como signo justo que las materias primas se hallen sometidas a variaciones del diez al veinte por ciento en los períodos anuales, ante la evidencia de que las manufacturas experimentan alternativas del tipo del cuatro por ciento en los mismos lapsos. Un factor importante que conviene notar es que, según los economistas de la CEPAL, las exportaciones de la América Hispana, en lugar de inclinarse hacia la variedad, tienden a concentrarse sobre un pequeño número de productos primarios. Así vemos que el petróleo, el café, el azúcar y el trigo han representado el 57 por 100 de todas las exportaciones frente al 45 por 100, en 1947.

Por otro lado, se ha hecho destacar la tendencia de la industrialización iberoamericana a permanecer en departamentos estancos, abogándose por la extensión del trato preferencial por los países de esta zona a los productos manufacturados de cada uno. En esta dirección, a juicio del informe mentado, las industrias antieconómicas, a causa de la estrechez de sus pequeños mercados, obtendrían los beneficios de las estructuras económicas de producción en gran escala. Y uno de los principales impedimentos al desarrollo del comercio recíproco, extensivo dentro de un grupo de países, reside en el círculo vicioso inherente a la ausencia de un sistema de pagos multilateral. A fin de cuentas, si las industrias nacientes han de ser protegidas, no hay razón para que el grado de protección requiera alentar una reducción del volumen total del comercio, sino una constante sustitución de importaciones precisas, creadas por nuevas necesidades, por los artículos de la industria local.

Una cosa es real: el informe de la CEPAL, titulado "Cooperación internacional en una política de desenvolvimiento latinoame-

ricano", opina que sin la asistencia extranjera la expansión económica de Iberoamérica está condenada a ser extremadamente lenta o aun inexistente. Y un punto mencionado por el documento de la CEPAL, citado anteriormente, es el declive en las inversiones internacionales: en el pasado, la parte de fondos internacionales en inversión pública ha sido del veinte por ciento, mientras que, en los años recientes, ésta descendió hasta el tres por ciento. Para alcanzar el anterior nivel, se sugiere que el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desenvolvimiento y el Export-Import Bank aumenten en cinco veces el presente volumen de sus préstamos en Hispanoamérica.

De modo parecido, el doctor Raul Prebisch, secretario ejecutivo de la CEPAL, y Jorge Prat, delegado chileno, se refirieron libremente al informe antedicho para denunciar la insuficiencia de las inversiones de capital yanqui en la América Hispana. Prebisch sostuvo que el promedio anual de incremento de renta por cabeza en Iberoamérica ha sido de 3,3 por 100 en el período de 1945-52, el mantenimiento del cual implica inversiones anuales, en bruto, de un 20 por 100 de la renta total de todo el conjunto de naciones iberoamericanas. Como resultado del deterioro de las condiciones del comercio, este coeficiente ha caído al 14 por 100, suponiendo ello un incremento de menos de un uno por ciento anual en la renta real *per capita*. De ahí que este personaje se mostrase favorable a una inversión mínima por parte de los Estados Unidos de un millar de millones de dólares al año; es decir, poco menos del doble de las inversiones de la hora actual.

Recuérdese que la delegación paraguaya, en la Conferencia de Río, sometió un anteproyecto para una *unión aduanera*. El delegado argentino defendió la eliminación de restricciones comerciales y la extensión de la cláusula de la nación más favorecida, declarando, a la vez, que el comercio argentinochileno se había duplicado desde la firma del Tratado de Santiago, en 1953.

En suma, evitaremos pormenores prolijos. Téngase presente que de las sesenta y dos resoluciones estudiadas en la Conferencia de Río, una proponía la creación de una Organización financiera interamericana enderezada a la concesión de préstamos a *medium term*, para el desarrollo iberoamericano. Tal propuesta no obtuvo el respaldo yanqui y fué remitida para estudio ulterior por una Comisión especial de representantes iberoamericanos. Idéntico camino —especial estudio por grupos—tomaron otras proposiciones relativas al establecimiento de "arreglos" fijadores de precios para un

número de productos; y otros proyectos con el fin de promover la cooperación interamericana en la esfera del transporte y en el terreno del turismo. ¡Buena forma de desasirse de las cuestiones enojosas!

En todo caso, no soslayemos que esta reunión terminaba sin alcanzar decisión alguna definitiva en torno a los temas de esencial significación. Así lo juzgaba la revista quincenal del Banco de Londres y de Sudamérica, en su número 476 del 25 de diciembre. Percíbase cómo ya el *Diario da Mahna,* en una serie de artículos, expresaba poco optimismo sobre los objetivos a alcanzar por la Conferencia. El editor financiero de este periódico señalaba que, respecto a las facetas comerciales, podía esperarse poca identidad de interés. Por ejemplo, la Argentina intentaría asegurar resoluciones favorables a la venta de sus excedentes y al mantenimiento de altos precios en los mercados mundiales; Méjico y Venezuela se quejarían probablemente de los incrementos de las "tarifas" estadounidenses sobre algunas de sus exportaciones; mientras Chile mostraría su interés hacia acuerdos de compra a largo plazo de sus productos básicos. Y, como escribía el citado editor, sobre ninguno de estos puntos habría mucha posibilidad de apoyo por parte de la delegación norteamericana...

* * *

Continúan teniendo fuerza las palabras que pronunciara el 7 de junio de 1948 el secretario general adjunto de las Naciones Unidas, encargado de los asuntos económicos—David Owen—, en la sesión inaugural de la CEPAL: "Hay la gran riqueza de las minas, de los yacimientos de petróleo, de las plantaciones y de las grandes propiedades rurales. Hay, igualmente, pobreza, ampliamente esparcida, una falta de seguridad económica y aun una subalimentación." En el Brasil—una de las naciones más ricas del mundo potencialmente—más de la mitad de la población está permanentemente subalimentada. Parejamente, el consumo de leche en Chile se revela tan bajo como en los países asiáticos más pobres. (Idénticamente la situación de los trabajadores agrícolas en los Estados de la Costa del Pacífico es muy semejante a la de los siervos de la Rusia del siglo XIX, según Tibor Mende.) Y en esta coyuntura se ha escrito, en *Témoignage Chrétien,* que "la América *Latina* (sic) entra en escena". Tibor Mende, conocido comentarista de los asuntos mundiales, ha hecho referencia a una "dramática búsqueda en los planos

social, económico y cultural, basamento de la Iberoamérica contemporánea".

A fin de cuentas, conviene percibir el relieve económico de Hispanoamérica en el complejo de materias primas. Es suficiente con recoger algunos detalles: Venezuela produce el quince por ciento de la producción mundial de petróleo; Bolivia, aporta el veintinueve por ciento de todo el estaño del universo; una cuarta parte del cobre del mundo procede de Chile; más de un tercio de la plata mundial es obtenida en Méjico, que cuenta, también, con el dieciocho por ciento del plomo; el once por ciento de la carne de todo el globo tiene su origen en Argentina y Brasil; más de una cuarta parte del azúcar del universo entero se cosecha en Cuba; los cuatro quintos del café bebido en todo el mundo se consiguen en Iberoamérica (de forma que él constituye el cincuenta y ocho por ciento de las exportaciones de Colombia; el cuarenta y cinco por ciento de las del Brasil; el setenta por ciento de las de Guatemala; y el noventa por ciento de las de El Salvador); Argentina, Brasil y Méjico recogen entre ellas un séptimo del maíz mundial, si bien es exportado poco, relativamente.

En fin, Iberoamérica produce los dos quintos del cacao mundial, el nueve por ciento del trigo, el nueve por ciento del tabaco, el siete por ciento del algodón, el siete por ciento de la madera y el ocho por ciento de la lana (1).

Ahora bien: América ha conseguido poco de tan gran riqueza. Los enormes recursos naturales y las vastas posibilidades de Hispanoamérica la hacen digna de convertirse en el *Continente de la esperanza.* Pero ello no impide que el momento presente haya sido calificado de angustioso (Criterio de H. V. de Pena, del Uruguay, expuesto en la reunión del Comité plenario de la CEPAL, en Santiago de Chile, en febrero de 1954).

Cunden los signos externos; dificultades presentadas por el terreno; falta de carbón, casi inexistente; bajo nivel del desenvolvimiento de la energía hidroeléctrica; carencia de facilidades de transporte (en 1947, toda Iberoamérica comprendía 88.000 millas de ferrocarriles—menos del cuarenta por ciento de las millas en acción en los Estados Unidos, con menor extensión que una de las naciones iberoamericanas, el Brasil—; asimismo, las carreteras hispanoamericanas están aproximadamente en el mismo estado de des-

---

(1) Para estas cifras, consúltense las páginas 13-16 del folleto *Our Southern Neighbors (Nuestros vecinos meridionales)*, publicado por la Sección de actividades educativas del diario *New York Times*, en 1951.

arrollo que hace una centuria; por el contrario, el sistema de comunicaciones aéreas era, en 1951, tres veces el de los Estados Unidos).

Y si existen muchas zonas fértiles, tales áreas son pequeñas en comparación con el conjunto. Por ejemplo, la vasta región dominada por el Río Amazonas comprende casi toda la zona sudamericana, excepto Argentina, Chile y Uruguay. Pero la cuenca amazónica, potencialmente rica, se presenta como una frontera casi sin mutación, con inaccesibles altiplanicies, con selvas sin fin, con lluvias torrenciales...

* * *

Cuando el viajero apresurado contempla las grandes urbes sudamericanas, su lujo y sus *boîtes de nuit*, concluye por creer que una industrialización ha generado un crecimiento general de la prosperidad continental. Pero hay que darse cuenta de que Iberoamérica es un Continente agrícola De cinco a siete habitantes por cada diez—y en algunas zonas, nueve sobre diez—viven de la tierra. Y uno de los factores esenciales de Hispanoamérica es el matiz no productivo de la agricultura en su conjunto. Usanse métodos primitivos. (Hemos señalado antes que el sesenta por ciento de la población se halla empleado en las labores agrarias; pero en algunos países se da un porcentaje más alto, como en Méjico, en donde la proporción asciende al sesenta y cinco por ciento. Con la particularidad de que tal conglomerado sólo produce el quince por ciento de la renta nacional.)

Aparte de que la producción agrícola se ve limitada por falta de conocimientos técnicos, la falta de medios de transporte y de maquinaria agrícola. Aunque a las cuestiones de mera productividad cabe añadir otros perfiles agrarios: así en Chile el ochenta por ciento de toda la tierra es poseído por un cinco por ciento de los terratenientes, mientras que un sesenta y cinco por ciento del elemento hacendado posee el cinco por ciento de la tierra... Por ello, es preciso resaltar el significado del proletariado rural, integrante de la mayor parte de la población de la mayoría de las Repúblicas iberoamericanas. El es inculto. Su modo de vida, atrofiante; hasta el punto de que el inmigrante que se incorpora al núcleo rural degenera rápidamente, aun disponiendo de una instrucción embrionaria. Con la salvedad de que la mano de obra campesina de América del Sur aparece insuficiente, numérica y cualitativamente —tan numerosa como sea—a causa de la inmensa extensión de la tierra explotable.

Destácase la insuficiencia de los bienes de producción—el desarrollo industrial—, debida al problema de divisas, la inconvertibilidad de muchas monedas y la penuria de dólares. El ahorro es pequeño e incapaz de formar los capitales necesarios: surge el problema del *capital exterior*. Y, por otra parte, según la CEPAL, la difícil situación de los medios de comunicación traba el desenvolvimiento económico de la región. Sin olvidar la penuria de mano de obra especializada, la cuestión de la inflación, "el mal más serio que sufren en la hora actual las economías de la América Hispana".

Obsérvese que, a tono con un estudio llevado a cabo por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, de los países iberoamericanos, sólo uno, Argentina, con 218 dólares anuales por cabeza, se insertaba en el grupo de naciones de alta renta; otro país, Chile, con 174 dólares de ingresos anuales *per capita*, se enrolaba en el grupo medio; y el resto, en sector de baja renta, fluctuando entre Cuba (con 98 dólares) y Paraguay (con 39). Hagamos la salvedad de que los extremos superior e inferior son Estados Unidos (554 dólares) e Indonesia (22 dólares), respectivamente (2).

No menos interés revisten los asuntos de la sanidad. Véase cómo Brasil muestra una expectativa vital de unos cuarenta años (frente a Estados Unidos, con sesenta y cinco años). Notemos la incidencia de la tuberculosis por cien mil habitantes: Chile, 264; Brasil, 250; Venezuela, 233; Argentina, 103; Uruguay, 101; Cuba, 76; Méjico, 56, frente a Dinamarca, 34; Estados Unidos, 47; datos de 1939.

Asimismo, cabe aludir a las facetas educativas. Pues mientras Argentina exhibe una relación de maestros superior a la de Estados Unidos y Canadá, con 5,24 por millar de habitantes, en el año 1945, otras naciones llegan a los niveles más inferiores, como Haití (0,63 por mil, en 1943), Venezuela (0,94 por mil, en 1946) y Ecuador (1,03 por mil, en 1942)... A finales de 1950 la revista *Latinoamérica* indicaba que, para una población total de ciento cincuenta y cuatro millones de habitantes en los Estados de Iberoamérica, había, por lo menos, setenta millones de analfabetos. Se ha resaltado la penuria de las instituciones escolares, muy grave en América del Sur. No hay posibilidad de desconocer que en las ciudades de todas las Repúblicas hispanoamericanas el nivel intelectual es muy elevado, más elevado, en ocasiones, que el de muchas naciones de

(2) *Conste que los detalles aportados son del año 1939; evidentemente se presentan con un valor comparativo.* Vid las páginas 113-14 del estudio *Point Four (Punto Cuarto)*, editado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, en enero de 1950.

Europa. Pero los porcentajes avasalladores de analfabetismo integral, existente en los medios rurales, nos ofrecen otro testimonio, bien desdichado, del mundo iberoamericano. Baste ver que el tanto por ciento llega al noventa en Venezuela; al ochenta, en Paraguay y en Bolivia; el setenta y cinco existe en el Ecuador, Perú, Guatemala y Colombia; para el Brasil se da la cifra setenta, y para Méjico y Chile, las proporciones aportadas son de setenta y cincuenta, respectivamente (3).

Y con ligeras excepciones lo siguiente es un hecho inconcuso: las clases medias integran una minoría extremadamente pequeña; con frecuencia, no han aparecido aún en la escena social. Al lado de ellas, los obreros industriales, los urbanos, apenas resultan más numerosos (4). Todos juntos forman una débil minoría respecto a las masas rurales.

Urge despertar la conciencia norteamericana a los problemas del día en Hispanoamérica. Un síntoma claro se desprendía cuando una publicación editada por el *New York Times* advertía, en 1951, cómo para mucha gente "que vive al norte de la frontera mejicana, la América Latina es meramente un lugar donde se obtienen nuestro café y nuestro cacao, el lugar donde hacer una vacación tropical, la tierra del tango y de la rumba, donde tienen lugar, de tiempo en tiempo, levantamientos políticos no muy importantes. Esto es una seria equivocación. *Latinoamérica* tiene una parte vital que representar en la escena mundial. Y su destino está estrechamente ligado con el nuestro".

Una certeza manifiesta es el temor de Wáshington ante la expansión comunista. Pero en la América Hispana el anticomunismo estadounidense sin más, ¿es susceptible de constituir un expediente válido y duradero? Como muestra singular, merece consignarse que la Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores del Hemisferio

---

(3) Sobre estas evidencias, vid Georges Lafond. *L'Episcopat americain au secours du prolétariat rural de l'Amérique latine, Le Courrier Iberoaméricain,* números 16-17 (1953), pág. 3.

(4) En este punto, véase George Whyte, *Industry in Latin-America,* 1945, página 12. Suministra los siguientes datos:

PERSONAS EMPLEADAS EN LA INDUSTRIA MANUFACTURERA

Argentina	917.130 (en 1941)
Chile	116.493 (en 1940) (*)
Colombia	52.473 (en 1942)
Perú	30.000 (en 1936)
Uruguay	105.313 (en 1937)
Venezuela	46.855 (en 1936)
Estados Unidos	9.059.000 (en 1939)
Canadá	762.000 (en 1940)

(*) Con exclusión del personal de las instalaciones metalúrgicas.

Occidental, del año 1951, era convocada, como aseguraba el Presidente Truman, a causa de la expansión agresiva del imperialismo soviético dirigida contra el mundo entero. Una tonalidad semejante se revelaba en la reunión de la capital venezolana en el curso del primer trimestre del año 1954. Tal vez sean de aplicación a los asuntos económicos hispanoamericanos el concepto de Liaquat Ali Khan, el Premier del Paquistán asesinado: *Poverty is pestilence...*

Hemos de alargar la mirada hacia otras perspectivas. Una evidencia: las relaciones comerciales entre algunos Estados hispanoamericanos y los países del área comunista, con inclusión de la U. R. S. S. Otro hecho relevante: la existencia de un fermento social tremendo en toda la América Hispana, extremo confirmado en el Informe de Milton Eisenhower, en el año 1954. Otra faceta se muestra en la interdependencia económica de ciertas zonas de Hispanoamérica. Un caso patente es el centroamericanismo (no siempre pletórico de eficacia y armonía). Aquí cabe aludir a la política de Argentina: Tratado de Unión Económica entre Argentina y Chile (firmado el 8 de julio de 1953); Tratado de Unión Económica entre Argentina y Paraguay (el 14 de agosto de 1953); Acuerdo de Argentina con Ecuador, en diciembre de 1953; Acuerdo con Bolivia, de 9 de septiembre de 1954.

Dos *misiones* que rindieron visitas a los países americanos no anglosajones—la de Milton Eisenhower (5), la del senador Capehart—han comprendido los problemas de Iberoamérica. Sin embargo, las soluciones que proponen son coincidentes: la estabilización de las economías. Pero ello retarda la llegada de la ayuda necesitada por Iberoamérica. Pues, como señalaba el doctor Prebisch, no puede pedirse la estabilización económica de la América *Latina* que detenga la inflación como premisa indispensable para la concesión de asistencia. Sin lo segundo, no puede conseguirse lo primero. Tal vez sea verdad que la solución para la América Hispana reside en la diversificación de la producción industrial, la industrialización de sus recursos naturales y el perfeccionamiento de la producción agrícola por métodos científicos modernos... (Declaraciones de Alberto B. Cortés, ministro chileno de Economía, durante la primera sesión de la CEPAL, en Santiago, en 1948.)

* * *

(5) El lector recordará que en el número 52 (abril 1954) de estos CUADERNOS nos referíamos, en la sección "¿Adónde va Hispanoamérica", al Informe de Milton S. Eisenhover. (Vid *La América Hispana y los Estados Unidos.)* Ello nos exime de entrar en su contenido. También Rafael Fernández Quintanilla ha comentado este asunto en el número 16-17 (diciembre 1953, marzo 1954) de los *Cuadernos de Política Internacional,* aparecido en junio de 1954.

Ahora bien: mencionemos que la delegación estadounidense en la Conferencia Económica Interamericana, si bien no ofreció apoyo al mayor número de las propuestas enderezadas a incrementar las inversiones yanquis en Hispanoamérica, reafirmó su entusiasmo por lo que Eisenhower ha llamado la *política del good partner*... Verdaderamente, Estados Unidos constituye el principal proveedor de Iberoamérica, si bien entre 1952 y 1953 las importaciones procedentes de los Estados Unidos hayan bajado en valor en un 20 por 100 y un poco menos en volumen; en razón de la baja de los precios de los productos manufacturados, sobre los que versan la mayor parte de tales compras. Aunque las adquisiciones hechas a Europa, durante los nueve primeros meses de 1953, acusan una baja del 15 por 100. (Incidentalmente, apréciese que el Reino Unido, ocupando en 1951 el primer lugar entre las naciones suministradoras de la América Hispana, pasaba al segundo puesto, después de la Alemania Occidental.) También han bajado las exportaciones del Canadá a Hispanoamérica, de treinta a treinta y cinco por ciento. Aunque el Japón haya mejorado, tanto en cifras absolutas como en porcentajes, su posición de exportador de géneros a la América Ibera.

Esencialmente, los estadounidenses se han referido—la Conferencia de Río es un testimonio—a los cambios recientes en su política de préstamos (de modo especial, a la ampliación de los objetivos del Export-Import Bank) y al establecimiento de una International Finance Corporation como subsidiaria del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desenvolvimiento, que se interesará primordialmente de la financiación de las empresas industriales privadas. De forma idéntica, se han citado las otras organizaciones ideadas para promover las exportaciones y las inversiones estadounidenses: el Investment Guaranty Programme de la F. O. A.; y un amplio plan del Chase National Bank, de Nueva York, para manejar créditos a plazo medio en el comercio exterior. Ciertamente, afirman los medios norteamericanos, tales proyectos van dirigidos a asistir a los países subdesarrollados en todo el mundo, pero es razonable suponer que las Repúblicas iberoamericanas se beneficiarán en grado sumo de esas operaciones.

Pues bien: conviene recordar que en 1914 el valor total de las inversiones extranjeras en Iberoamérica se evaluaba en 8,5 *milliards* de dólares, de ellos, 3,7 *milliards* por parte británica; 1,7, por parte estadounidense; 1,2, por el lado francés; 900 millones por parte alemana. Un *milliard* provenía de Bélgica, Países Bajos, Portugal y

Suiza. En este total, un tercio se hallaba colocado en la Argentina; un cuarto, en el Brasil; otro cuarto, en Méjico; y el resto, en Cuba, Chile, Uruguay y Perú.

La primera guerra mundial trajo sus consecuencias. Entre 1914 y 1919 el valor de las inversiones estadounidenses en Iberoamérica pasó de 1.700 millones de dólares a 2.400. En 1930, ascendía a 5,2 *milliards* de dólares; de ellos, más de 3,6 *milliards* invertidos directamente en empresas controladas, en su mayoría, del modo siguiente: en la agricultura (el azúcar en Cuba), en los minerales (petróleos colombianos y venezolanos) y en las empresas de los servicios públicos de las naciones más avanzadas de la región. Las inversiones en la industria se limitaron a la Argentina, Brasil y Uruguay, y consagradas a la transformación de los productos agrícolas para la exportación.

Ahora bien: la crisis de 1930 tuvo sus derivaciones. Las inversiones directas que habían descendido de 3,6 *milliards,* en 1930, a 2,8, en 1940, alcanzaron un total de 4,7 *milliards* en 1950, para llegar a 6 *milliards* en 1953. Una evidencia resaltaba: tal movimiento de capitales se ha orientado específicamente hacia la producción petrolífera, las manufacturas y la industria minera. Las naciones beneficiarias han sido, por orden de importancia: Venezuela, Brasil, Chile, Panamá, Méjico, Cuba, Perú y Colombia. Y, contrariamente a lo ocurrido en los años de la segunda década de la actual centuria, los fondos invertidos en los trabajos públicos han sido reducidos.

* * *

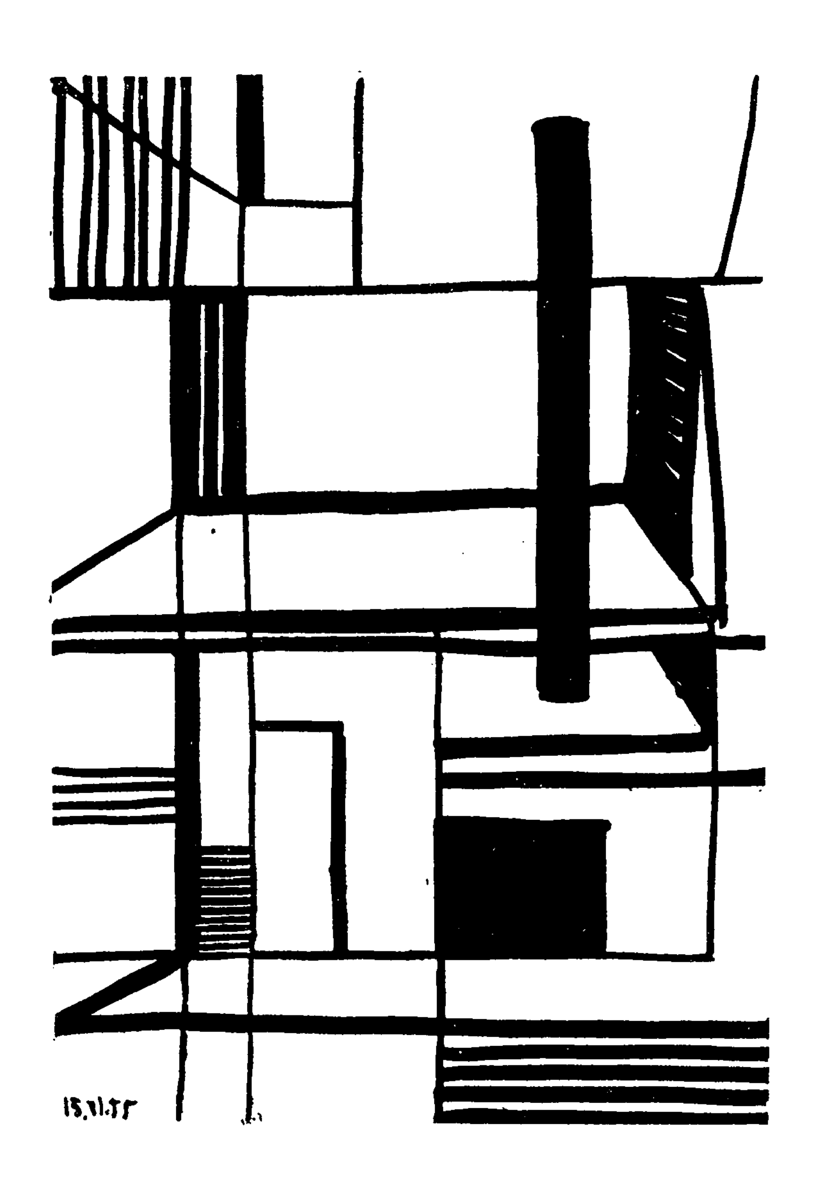
El padre norteamericano Magner ha destacado tres aspectos de la existencia sudamericana: 1.° La injusticia social, originada por un desarrollo económico rápido y anárquico. 2.° La apostasía de los intelectuales. 3.° La eficacia de la ofensiva protestante. Y el padre Magner ha percibido la responsabilidad de los católicos hispanoamericanos, al advertir claramente que "si un día América del Sur se pierde para la Iglesia, los católicos se lo tendrán que reprochar a sí mismos".

En verdad, sea lo que sea, el hecho nítido es que la República norteamericana se enfrenta hoy con los problemas totales de una estrategia global. Su protagonismo se evidencia pletórico de incertidumbres. Reconozcamos cómo muchas de las aprensiones de los Estados Unidos, acerca de las inversiones en Hispanoamérica, van contenidas en algunos de los informes o declaraciones de las *visitas*

yanquis a sus vecinos del Sur. Quizá ello exprese, a veces, verdades notorias (cuando se refieren al nacionalismo, por ejemplo; distinto del sentido nacional). Mas constituye una realidad indubitada e indubitable, *al menos para las mentes despejadas,* que aisladas invocaciones verbales a una política del buen vecino o del buen socio no representan adecuada respuesta a las necesidades—mejor, a las exigencias—del ambiente económico-social de Hispanoamérica.

En todo caso, la interrogación que queda flotando es si Iberoamérica resultará, a la postre, postergada prácticamente por parte de los Estados Unidos, en el discurrir de la *guerra fría,* ante urgencias insoslayables en Europa o en el Lejano Oriente...

Leandro Rubio García.
Casa Jiménez, 7.
ZARAGOZA.



ARTE Y PENSAMIENTO

LA ARQUITECTURA ACTUAL EN SU FUNCION URBANISTICA

POR

ALBERTO SARTORIS

Para penetrar de golpe en el núcleo esencial del problema de la arquitectura actual en su función urbanística, es preciso observar ante todo que, pese a una técnica consumada (como la que poseemos hoy en día), nunca es fácil edificar según principios racionales. En un medio heteróclito donde la lucha que mantienen las dos fuerzas hoy en liza (el modernismo romántico y el modernismo funcional) es cada vez más ardorosa..., una cascada de producciones nebulosas, casi casi absurdas, de lugares comunes y de argumentos caducos, dificulta el nacimiento de una joven arquitectura renovadora. Desde su nacimiento a la vida bajo ese falso alumbramiento, la unidad de su estilo sufre con ello y se constituye en una mera ficción. Las reglas mal entendidas y mal asimiladas empecen la cristalización arquitectónica que da origen a formas de una concepción a la vez trasparente y sólida.

Conforme a las diversas direcciones de las corrientes constructivas estéticas, e incluso alguna vez en una misma corriente, deben coexistir cuatro actitudes, cuatro tendencias o, aún más, cuatro posturas espirituales fundamentalmente distintas, pero necesarias a la arquitectura nueva, para que ésta pueda desarrollar su misión urbanística: el espíritu de tradición local, el espíritu de tradición nacional, el espíritu de *spazialità* y el espíritu de universalidad.

Esta tensión creadora, nacida de varias situaciones espirituales compatibles con los diferentes ritmos de los dogmas arquitectónicos, la descubrimos en primer lugar en la cuenca del Mediterráneo y en sus obras típicas de todos los tiempos. Hoy en día, continuamos explotando el filón revelador en los inmensos territorios sujetos al orden y al clima de la arquitectura nueva. Vista la influencia que ha adquirido y que continúa adquiriendo en Europa sobre los ámbitos de procedencias disimilares atraídos por este método de composición claramente determinado por los cuatro factores esenciales de que hemos hablado, importa insistir categóricamente en ello para comprender con exactitud que un horizonte idéntico se extiende sobre varios mundos. La condición de la arquitectura me-

diterránea acompasa sus mejores privilegios a la conciencia constructiva del universo. El orden y el clima nórdicos, como el orden y el clima norteamericanos, se han lucrado abundantemente de estas ventajas, convirtiéndose en realidades.

En toda la órbita universal, la arquitectura moderna se esfuerza por precisar resultados válidos. Libre por lo general de hipótesis inciertas, su lenguaje innovador representa el medio más apropiado para trasmitir las ideas, para realizar las fantasías de su imaginación, para graduar las fases del progreso técnico. No obstante, sería temerario emplazar sobre la cubierta de la creación pura a toda la arquitectura contemporánea, porque así se suele incurrir en la imitación quizás con mayor frecuencia. El sello distintivo de la selección es el patrimonio de esas obras en las cuales el fin supremo ha sido el deseo ardiente de aportar un testimonio inédito en un sentido plástico, constructivo y urbanístico.

Y nos encontramos con que, después de todo, es en Europa donde estas grandes experiencias han sido sancionadas por los ejemplos más sobresalientes. Y es precisamente en la exteriorización arquitectónica de la relación unitaria, tradición-metafísica-revelación personal-audacia, donde la Europa meridional se ha hecho la depositaria que restituye la nobleza y la elevación eternas del lenguaje plástico mediterráneo, frecuentemente inasequibles a la mentalidad nórdica y a la norteamericana.

En nuestros días, en la ordenación latina de la nueva arquitectura, descubrimos esa serenidad clásica, esos elementos constantes de un dispositivo monumental unido tanto a la grandeza ideal como a la proporción humana, que hacen aparentar a una obra de dimensiones reducidas, más equilibrada y mayor que la engañosa exorbitancia de ciertos rascacielos vacíos de significado, que no son sino un lastimoso y colosal acumulo de plantas y no un organismo vivo de estructuras articuladas, de formas movientes, de funciones y de necesidades sabiamente interpretadas, orquestadas y trasfiguradas.

Concedamos a este respecto que la arquitectura debe poder ir mucho más lejos de lo alcanzado hasta la fecha, por vía de la invención creadora. Por de pronto, una gran obra no está terminada hasta que haya creado una auténtica arquitectura monumental de los tiempos modernos. Amarrados todavía al plano circunscrito de una construcción rígida y helada, estamos en el deber de abandonar una posición en la que nunca se ha detenido la arquitectura europea de las bellas épocas, en las que ha logrado representar y fijar en un

todo indivisible los mensajes más señeros de la innovación, así como los impulsos del alma y del espíritu humanos buscando su perpetuación a través de las obras edificadas.

Hoy en día, el mundo hormiguea aún de violentos contrastes, sin encontrar todavía el empleo mejor de sus virtudes. Ensaya la organización de sus ciudades; pero disemina un poco por todas partes las viviendas imbricadas las unas en las otras. Este mundo hace campaña para dar unidad a las habitaciones; pero las separa por el ademán insolente de las afinidades y de los matices de una jerarquía social y racial trasnochadas. Levanta el asombro deslumbrador de sus resplandecientes rascacielos nocturnos; pero mantiene la pintoresca insalubridad de casuchas inhospitalarias. Quiere liberar al hombre gracias a la arquitectura nueva; pero lo condena a vivir hacinado en gigantescas prisiones. Crea avenidas inmensas, espléndidos parques y zonas residenciales profusamente aireadas; pero deja tiznar sus arrabales y sus campiñas con la proliferación de las chimeneas de sus fábricas. Establece los principios de una arquitectura natural según la cual se desarrollarán centrífugamente las ciudades tentaculares; pero continúa poblando de desmesura a sus ciudades, que no cesan de crecer con un desorden demencial. Este mundo, en fin, que registra la beneficencia de sus nobles instituciones, pero que conserva celosamente las viviendas más miserables. El número aplastante de estas inverosímiles contradicciones se mantiene como una provocación lanzada contra las admirables realizaciones de la técnica, de la ciencia, del arte, de la imaginación y del genio. Incluso la riqueza no ha llegado todavía a evitar la terrible esclavitud de las aglomeraciones monstruosas.

En toda tendencia arquitectónica existen acontecimientos que proceden por vía regular y otros que son imprevistos. En la arquitectura y en el urbanismo nuevos, como asimismo en los anteriores, el constructor perspicaz nunca separa su obra de la historia del arte y la historia de las ideas, ajustándola al análisis de esos acontecimientos. Posiblemente, el valor de esta visión de conjunto se muestra mejor tal y como es cuando se trata de un período tan atormentado y contradictorio como el actual en que vivimos. Se aprecia en efecto que, en la época presente, los planos y dibujos de monumentos o de edificios no realizados tienen más categoría e importancia que los rechazados en otros tiempos. Y esta comprobación, otra más que demuestra la vitalidad conceptual del modernismo, rectifica ya ciertas ideas cargadas a las pérdidas y ganancias del funcionalismo.

Si consideramos la teoría mediterránea del arte, la teoría de la continuidad de un fenómeno moderno que ha existido siempre, hemos de admitir que la arquitectura nueva no debe integrar las funciones de una comunidad mundial planificada, sino responder a las exigencias particulares de diversos grupos humanos y salvaguardar el prestigio individual del hombre.

Toda gran civilización y, por tanto, toda gran arquitectura se han caracterizado por la adaptación aquiescente de diversos círculos sociales independientes a formas interiores y exteriores de la vivienda y de la ciudad, consideradas como entidades autónomas. Civilización y arquitectura no han temido el cambio de estas formas cuantas veces ha sido necesario; no han rehusado la adquisición de ese poder que le confiere una audacia universal; no han renunciado a descubrir en el lirismo creador (lirismo considerable no sólo por las dimensiones de una obra fluvial que cubre el mundo con sus invenciones, sino también por la nobleza de las ideas que expresa) la grandeza mágica de lo espiritual.

Hasta aquí, y con carácter casi general, la arquitectura ha evolucionado principalmente en el sentido de un pragmatismo inmediato donde todo ha sido función del materialismo y de lo cotidiano. Por una curiosa aberración, al pretender organizar ciudades homogéneas y edificios unitarios, la construcción no ha salido sino raramente de los caminos trillados por los precursores. Con excesiva frecuencia ha levantado casas muertas destinadas empero a criaturas vivas. Aunque ha orientado sus esfuerzos hacia la innovación, ha calibrado la arquitectura y el urbanismo modernos con la medida de instrumentos conservadores. Al convertirse en producción en serie, ha omitido con frecuencia la determinación de los nuevos módulos de la belleza. Esta construcción no ha tenido en cuenta el peligro que corren las nociones que deben continuar intangibles, como los derechos de la estética, que la construcción al uso ha rebajado hasta convertirlos en ornato deleznable siguiendo la moda de los tiempos. Y no ha apreciado siempre que cada elemento de una arquitectura y cada parte de una estructura aparente deben ser creados por un plan preciso, en un objetivo definido (asociando en ello las exigencias materiales y espirituales), y no establecidos simplemente según el mero aspecto dado por una lente de aumento.

La creación de la arquitectura nueva no se ha producido sin lucha, y no sin pasar por dificultades a veces insuperables. De este modo, esta arquitectura se lanza a modificar poco a poco la fisonomía tradicional de su mundo. Para conservar el equilibrio bajo las

presiones convergentes del fanatismo pasadista, la nueva arquitectura ha de recurrir a todos los recursos del arte y de la ciencia, que son, por fortuna, poderosos e infinitos.

Tomado el urbanismo en su sentido humano y extendido al espacio que modela las ciudades y los pueblos, nada tiene en común ni participa con la *planología* sistemática, conformista y automutilada: ese gran abastecedor de pompas fúnebres que va recto al anonimato y a la anulación de la arquitectura. De seguir el peligroso camino que se traza, se llegará un día a la prefabricación del espacio, del paisaje, de la *civitas,* del sentimiento y del campo entero de la arquitectura y del urbanismo.

La arquitectura actual, en su misión urbanística, ha de participar en la maravillosa empresa del futuro; debe entorpecer una cierta intromisión nórdica y embriagadora, provocando simultáneamente la resurrección de las constantes eternas de la antigua cultura latina, esa cultura que al ser rejuvenecida brillará como en sus mejores tiempos.

La manera de ordenar el espacio y la forma, de implantar los volúmenes en la atmósfera, de considerar las proporciones entre las masas, el paisaje y el sol no constituyen simplemente un problema de construcción y de técnica. Forman, sobre todo, un hecho moral y un acaecer de cultura que interpretan los diferentes aspectos del sentimiento y del conocimiento humanos. Ninguna técnica, ninguna invención material, ningún procedimiento, por muy modernos que sean, jamás podrán constituir un determinismo primario superior a la percepción y al valor del espíritu humano.

Existe una forma latina de trasformar las necesarias influencias vitales de origen extranjero en su propia tierra, como existe también una forma latina de descartar las rápidas incidencias de la moda que no impone una necesidad real. Un técnico sin fantasía sólo consumará una obra deleznable si se limita a trasplantar, luego de un análisis superficial, los resultados adquiridos en otro lugar que responden a temas particulares. Las píldoras concentradas, científicas, no tienen poder alguno sobre la nueva arquitectura. Lo que importa emprender es la elaboración de un método flexible y convincente que dé con el contacto de las poderosas leyes de la claridad y de la cultura latinas. El impulso creador que se derive nos permitirá mantenernos fieles a nosotros mismos; nos hará sincera, auténtica y naturalmente modernos; nos conducirá a la reconquista de nuestra propia personalidad, a la talla auténtica de nuestras posibilidades y de nuestros sentimientos, y nos obligará a ad-

mitir—colectivamente hablando—que nosotros mismos no somos el porvenir, sino un presente palpable no hipotecado por el futuro.

Lo que en arquitectura y en urbanismo cuenta en primer lugar no es el estilo propiamente dicho, sino la calidad de la obra, su testimonio del presente y su compromiso para el futuro. No se construye impunemente un edificio que terminará por ser imagen de un fracaso.

Es indudable que la nueva arquitectura ha determinado el retorno a una sana tradición imaginativa hacia el descubrimiento de lo desconocido. Lo más diáfano de estas teorías proviene del Mediterráneo, allí donde la ordenación natural de la arquitectura y del urbanismo ha estado concebida siempre como una unidad donde las proporciones y los ritmos se repiten en todos los detalles y donde el interior forma un todo indivisible con el exterior, lo mismo en el equilibrio de la construcción que respecto del paisaje.

Siendo la esencia del arte moderno, como también la del arte clásico, hablar al alma humana exaltando la imaginación, los arquitectos innovadores han aplicado la fantasía a la organización y a la articulación del plan de la casa, para hacerla más habitable, para hacer de ella—en medio de la ciudad—un pequeño mundo aparte. Walter Gropius ha dicho que "la arquitectura debe crear un ámbito natural en el que ha de vivir el hombre." Y ésta es la ruta que parecen haber seguido los auténticos creadores.

La fórmula funcional de la actual arquitectura en su misión urbanística consiste en levantar los bloques de viviendas concebidos como parques, en determinar el justo volumen de las ciudades, el equilibrio de los barrios y las bases de ese acorde viviente que es la *unidad de inmediación;* y consiste también en crear los núcleos satélites fragmentados en unidades autónomas. De esta forma, el urbanismo se convierte en el enemigo público número uno de las ciudades monstruosas y tentaculares, porque se preocupa del aspecto humano del problema y del ámbito del hombre.

Esta concepción humana de la arquitectura conduce a un urbanismo que suprime las barreras artificiales que separan a los hombres en ciudadanos y en habitantes suburbiales y campesinos. Tal es la idea nuestra, y la de Sert y Wright y Le Corbusier y de muchos otros urbanistas eminentes.

Esta formación de la arquitectura, que se ha continuado en el funcionalismo, tiende a la conservación de dos valores esenciales de la vida: el del individuo y, de otra parte, la integración activa del ser humano en la naturaleza, que tiende a construir edificios típi-

camente desconcentrados donde las alas que lo componen abrazan literalmente el paisaje en torno con la libertad más grande. Esta simbiosis-arquitectura constituye uno de los hechos más descollantes del arte de la construcción racional.

La arquitectura y el urbanismo nuevos siguen en la actualidad dos corrientes diversificadas, pero no contradictorias, ya que ambas incorporan en igual medida los elementos de la naturaleza a la construcción: el funcionalismo humanista y clásico de Europa, que tiende a formas abstractas de la plástica moderna, a la grandiosidad geométrica, y el individualismo de Wright, antidoctrinario y antimetropolitano, que intenta convertir el mundo en una vasta provincia feliz donde todo estaría construído a la escala humana, pero a la escala del hombre concebido como parte integrante del cosmos.

Tanto por su forma de levantar los planos y de emplazar un edificio en el terreno como por la manera de escoger, de utilizar los materiales y de unir entre ellos los vanos de las diversas fachadas, los arquitectos de ambas corrientes se muestran con frecuencia como racionalistas perfectos. Las viviendas que construyen gozan de un carácter libérrimo que no excluye la intimidad de la vida interior. Sus concepciones espaciales, donde las habitaciones se subdividen en función de las necesidades de la existencia, están empero en estrecha vinculación las unas con las otras formando un *continuum* con la ciudad y el paisaje.

Según el espíritu de nuestro tiempo, para que la arquitectura cumpla su misión urbanística es preciso que la casa se asemeje a la evolución de la forma natural. Sin imitarla, el edificio ha de estar hecho de materiales que hablen de ella, en una cierta medida, al estado natural.

Julio Villamajó ha dado una definición de la habitación nueva, que nos gusta citar. Ha dicho que "una casa debería ser siempre personal como los habitantes que contiene, y conformarse a la vida con idéntica justeza".

A este respecto, no podemos ocultar el peligro que amenaza a nuestras ciudades, porque son muchos los ediles que recelan también que los antimodernistas se dejan arrastrar por la falta corriente de la casa prefabricada, donde las promesas nos reservan tan sólo una *arquitectura en conserva* que nos convertirá a la vez en esclavos y en nómadas.

Es incontestable que la casa construída para tal o cual hombre, para éste o el otro grupo de seres vivientes, constituye y constituirá

siempre el eco discernible y sin confusión de las características esenciales de cada individuo y de cada colectividad, tan diversas, tan sutilmente diversas como lo son las que pertenecen a la naturaleza humana.

Por fortuna, allí donde el monumentalismo haya sufrido una grave depresión, es más improbable que este mal se repita que en otros paralelos; porque la medida de las cosas se conserva más fácilmente humana y menos sujeta a la dictadura del urbanismo prefabricado.

En países como los de la cuenca del Mediterráneo, en los cuales la arquitectura se ha apoyado siempre en el régimen de la invención, no es posible establecer los límites o un freno de no importa qué naturaleza a la ansiedad de crear, de magnificar lo inédito. No es posible ya la formulación oficial de juicios y normas o el ejercicio de un control, el que sea, sobre la obra de los innovadores. Por ello, es posible afirmar que la antigua Europa está muy lejos de retrotraerse al término de su principio, porque Europa reemprende hoy, a pesar de su pobreza, la dirección del movimiento arquitectónico mundial. Síntomas jubilosos dan netamente la impresión de que España e Italia poseen arquitectos capaces de colocar a su país a la vanguardia de la creación arquitectónica pura.

Eugène Guernier ha dicho muy en justicia que la naturaleza de Europa es hasta tal punto dócil y hecha para el hombre, que por doquier el hombre ha forzado a la naturaleza—allí donde ésta se resistía—a acomodarse a la dimensión humana. Creador de su espacio, el hombre europeo no sufre los efectos naturales. Todo está hecho a su medida. En otros continentes, los terrenos dispares, una naturaleza y una escala sobrehumanas se constituyen en otros tantos factores enemigos que concurren a suavizar o a atenuar los impulsos, a multiplicar los sujetos y a dispersar los efectos.

A ejemplo del lenguaje, la arquitectura vive de evoluciones y de cambios. La arquitectura nueva, en su misión urbanística de trasposición y de creación, ha conocido sus fases de trasfiguración. En términos elocuentes, esta arquitectura ha extendido por todas partes, sobre las tierras fecundas, el poder maravilloso de su espíritu de pesquisa, y el favor conseguido por ella, pese a todas las obstrucciones, le permite continuar por todo el mundo el apostolado innovador del pensamiento europeo.

En arquitectura, si se tiene la inspiración de juicios meditados o se respetan los aspectos absolutos que caracterizan a los diversos continentes, todo género de urbanismo es admisible, hecha excep-

ción del género de pacotilla y el género equívoco. Estos sistemas han producido obras mal calculadas, no razonadas, construídas empíricamente. Y han revelado su negación de la fantasía y de la medida, su carencia de unidad, el divorcio sin fin que les ha afligido.

Al adoptar los nuevos principios, la auténtica arquitectura actual ha respetado además los principios tradicionales del pasado. Ha comprendido que no existe más que una sola manera de proseguir la tradición: la que potencia a la invención.

Si los antiguos crearon un arte moderno en su época, no se les rinde homenaje hoy, y desde luego, nada tiene de meritorio, sólo por el hecho de copiarles servilmente las formas.

Antes de dar nuestra opinión sobre el orden y el clima de la arquitectura y del urbanismo funcional, es preciso señalar que se trata de una obra desarrollada en diversas direcciones y sobre un espacio muy extendido. Una inmensa trayectoria descrita por diferentes movimientos estéticos y constructivos nacionales proyecta sus formas nuevas sobre varios continentes.

El espíritu innovador que gobierna la arquitectura sujeta al orden y al clima funcionales es, como hemos visto, de origen europeo, y particularmente mediterráneo; pero es preciso hacerle justicia inmediatamente por haber llegado a trasportar, sobre el plano de la personalidad, la interpretación de temas que no le son tan propios. Limitándose a resolver arduos problemas y por la franca repercusión de sus vías características sobre una materia compleja, ha sabido encontrar sus libertades; y aceptada esta dificultad, se ha esforzado, pertinazmente y de forma continuada, en evitar el señuelo de los partidos caducos, y en anular los obstáculos de la limitación por medio de una técnica experta y de un arte clarificado.

Su ámbito creador se amplía constantemente con una rapidez extraordinaria. Nada legitima mejor esta expansión prodigiosa que el interés creciente que despierta hoy en día la arquitectura surgida de esta vasta operación de reforma. Precisar que el arte, la ciencia y las teorías importadas de Europa son la base de este desarrollo no es disminuir por anticipado las cualidades de esta arquitectura, pero sí reconocer que ésta posee el sentido penetrante de la edificación y que, si no realiza con frecuencia los verdaderos prototipos clásicos, sí sabe cuando menos explotar hasta el ínfimo detalle y hasta la menor posibilidad los designios deliberados de la invención mediterránea. Los ejemplos que nos ofrece esta arquitectura revelan que ha cedido con frecuencia a la atracción de modelos tan

variados como sustanciales y que su observación ha estado presidida por las más auténticas virtudes plásticas de las disciplinas europeas.

Aunque la nueva arquitectura norteamericana y la de sus zonas de influencia, por ejemplo, no se acercan siempre a la adhesión total, ellas mismas son, sin embargo, el testimonio de una madurez técnica excepcional que se afirmaría aún mejor si las manifestaciones de la estética no dejasen percibir, en más de un aspecto, una cierta falta de cultura. Para un especialista avisado, las aproximaciones plásticas, la superabundancia de motivos de un lenguaje quizá poco conforme con el espíritu de las leyes creadoras y las roturas intencionales de un orden arquitectónico que se quisiera más equilibrado y modulado..., son verdaderamente embarazosas. Es más, ninguna reducción de potencial en su actual evolución impide creer en el brillante porvenir de estructuras significativas, en las que el gusto por la grandiosidad y el sentido innato de la construcción proclaman el valor indudable de primeros ensayos que deben dar la medida precisamente de cuanto recibieron de los precursores europeos.

Múltiples son las reflexiones que se derivan del análisis del balance efectivo de la nueva arquitectura subsidiaria del orden y del clima americanos. En el Norte, en los Estados Unidos, parece más especialmente vocada a problemas limitados a edificios industriales y a residencias campestres, mientras que en Méjico se manifiesta virilmente en todos los terrenos. En el Sur, la arquitectura brasileña ha alcanzado una sorprendente vitalidad, sobrepasando cuantitativamente a todos los países del mundo. En la América Central y en otras esferas como Cuba, Venezuela y Colombia, se ensaya valientemente el ejercicio de una acción de permutación racional. El conjunto de estas obras no parece ser capaz de pasar en bloque a la posteridad, porque todavía son poco numerosas aquellas que presentan los signos evidentes y definitivos de una completa originalidad, y a consecuencia de formas permanentes de su belleza están predestinadas a crear una doctrina capaz de rivalizar con las obras europeas de alta imaginación.

A despecho incluso del hecho de enviar especialistas europeos a América para estudiar las cuestiones concernientes a la arquitectura y al urbanismo modernos (por ejemplo, en Harlem, Nueva York, la ciudad negra dentro de la ciudad blanca, la asombrosa densidad de población por metro cuadrado es la más elevada del mundo), es preciso reconocer que los Estados Unidos no ofrecen solamente ese espectáculo desolador de la visión cinematográfica de los rasca-

cielos de Manhattan, que son por sí mismos ciudades cuya cumbre puede alcanzarse en pocos segundos. La realidad es bastante diferente.

Los Estados Unidos poseen hoy en día impresionantes edificios, compuestos cada uno por millares de ventanas y dotados por decenas de ascensores, alejados del sol y condenados a la sombra maléfica de las calles encajonadas donde el hombre parece vivir emparedado. Posee, asimismo, puentes colgantes y túneles y ferrocarriles subterráneos que conducen sin transición a las alturas vertiginosas, en las que no obstante la luz natural parece excluída. Y también casas prefabricadas (bibelots insípidos que uno puede adquirir a crédito) que son expendidas en cajas, montadas y desmontadas "a domicilio", pero carentes en absoluto de personalidad. Pero si ese culto a la ilógica y al negocio produce perplejidad, sin embargo estas gigantescas construcciones nacionales de arte y de considerables realizaciones públicas y privadas establecen sin lugar a duda un cierto equilibrio espiritual.

Pese a estas conquistas, en los Estados Unidos la arquitectura contemporánea está lejos de tener plena conciencia de sus posibilidades, porque el crecimiento de potencial productivo que sugiere no implica necesariamente la aceleración de la trasformación funcional del arte de construir; aumentando el número de viviendas por inmueble para abaratar su costo; reduciendo las formas usuales para hacer más realizable su construcción; preconizando la eliminación de los métodos restrictivos de la artesanía a beneficio de la rapidez de la obra..., no se consigue por fuerza el objetivo principal de la nueva arquitectura, que es justamente el de la armonía estructural en todos sus aspectos y en todos los campos de las artes plásticas.

Por otra parte, y aunque se trate de los promotores del rendimiento masivo y standard, los arquitectos de Norteamérica estudian actualmente, bajo los efectos de los males causados por la concentración, los medios más apropiados para descubrir las ventajas de la descentralización. Con todo, continúan tejiendo las redes de los grandes hormigueros humanos y de las construcciones dispersas. En materia de edificios metropolitanos, se atienen todavía a un supergigantismo *démodé*, y en el campo de las viviendas individuales, a las habitaciones provisionales.

En la actualidad, el rascacielos es uno de los signos diferenciales de la civilización norteamericana. Pero la mayor parte de los rascacielos envejecieron y envejecerán pronto. Porque no son de forma

alguna monumentos considerables por su dimensión y magnificencia, sino edificios con frecuencia desproporcionados que no tienen de modernos más que sus orgullosas pretensiones. No son jamás obras fabulosas, legendarias, sino colosos bufos levantados por gnomos. En ellos todo es estático, inmutable y sin sorpresas. Como las ciudades a que dan sombra, no son suceptibles de las transformaciones necesarias y racionales que aporta el tiempo.

Es razonable proclamar que "un viejo rascacielos es más viejo que la basílica de San Pedro, porque San Pedro, a imitación de Roma, ha sido hecha y rehecha". Sin duda alguna, su rápida decrepitud proviene del hecho que los rascacielos norteamericanos no representan, de momento, sino una grandiosidad técnica de valores transitorios y no una grandeza ética de valores duraderos, como los monumentos. Al afirmar que "un viejo rascacielos ha pasado de moda tan rápidamente como un automóvil, constituyendo una *antiquité* paradójicamente en servicio activo", se ha puesto ciertamente el dedo en la llaga.

Por otra parte, como se ha señalado con justeza, "los rascacielos norteamericanos no han sido construídos a la escala de ideas gigantes, a la talla de la idea de Dios, de la idea de eternidad, de la idea de una voluntad humana coordinadora". En su forma actual, todavía no pueden rivalizar con las pirámides de Egipto, con los *teocallis* mejicanos o los grandes santuarios romanos, las inmensas iglesias góticas, la soberbia nave sin pilastras interiores y sin arbotantes externos de la catedral de Gerona o esa maravilla de arquitectura funcional que es el Monasterio escurialense.

Grandes edificios concebidos como cobertizos, los rascacielos americanos no pertenecen todavía a la amplitud creadora y a la categoría de las invenciones de Leonardo da Vinci, de Alessandro Antonelli, de Antonio Gaudí y Cornet o de Antonio Sant'Elia, el inventor del urbanismo moderno. Los *skyscrapers* no son todavía las catedrales de nuestro tiempo.

Todo lo dicho no es posible silenciarlo en la teoría del rascacielos de ultramar. Sin embargo, todavía nos encontramos lejos de encontrar la solución, porque los estilos del modernismo americano no se adaptan fácilmente a lo colosal, ni la distribución interior de sus habitaciones a la formación del proyecto. De igual modo que las estaciones del ferrocarril metropolitano en estilo chino o japonés no reflejan apenas el porvenir de la construcción, los cuadros de botones automáticos en los diversos locales de los edificios, la cámara frigorífica, la combinación de luces, los aparatos de radio

y de televisión, las máquinas que lo hacen todo, los instrumentos de calefacción, de ventilación o de recogida de desperdicios..., todo esto no constituye una verdadera conquista de la arquitectura nueva. Porque no representa sino una excelente contribución al progreso técnico, a la comodidad y al atractivo placentero del hombre.

Pese a las ventajas que encuentra la especulación financiera y su perfecta isonorización obtenida por el empleo de tabiques muy delgados hechos de corcho, de caucho o de materias plásticas, el rascacielos norteamericano no constituye un modelo convincente en su expresión actual. Con el precio de los pisos, que aumenta a medida que éstos son más elevados; unos gastos de sostenimiento que amenazan con acercarse a la eternidad; los innúmeros impuestos administrativos según un sistema caduco, viejo ya de treinta años; con su infinidad de vanos reducidos que no dejan ver otra cosa que una infinidad de otras aberturas todas iguales; su multitud de piezas anónimas, distribuídas según un plan caótico sin exigencias culturales y morales que las animen; sus kilómetros de corredores comunicados por la ansiedad de los ascensores..., el rascacielos resume la inconsecuencia.

Si, donde es necesario encontrar los principios originarios y las funciones reales de su destino, en las obras maestras de Alessandro Antonelli (1798-1888), los *skyscrapers* representan hoy día los más grandes inmuebles del mundo y la concepción más vasta en materia de construcción planificada, concentrada y standard..., todavía carecen de esa alta significación humana que sólo confieren las obras que magnifican el progreso técnico al servicio de la arquitectura nueva.

El rascacielos moderno sólo se puede concebir como formando parte integrante de un plan regulador de urbanismo preestablecido, de un plan pergeñado según el orden humano y no según el azar de las conveniencias o de la historia natural.

El rascacielos moderno, entre otros ejemplos, sólo revela su necesidad arquitectónica y racional en el ordenamiento y planificación conjuntos de construcciones como la *Cité radieuse* de Le Corbusier (1929-1935), de lo que constituye un magnífico ejemplo la "unité d'habitation" de Marsella (1940-1945) que es, en suma, un rascacielos horizontal; la *City-block*, del arquitecto argentino Wladimiro Acosta (1931) o el sistema de urbanismo progresivo que el germanoamericano Ludwig Hilberseimer ha establecido para el desarrollo de la ciudad de Chicago (Illinois), subdiviéndola en comunidades separadas por barreras de luz.

Por otra parte, desde el punto de vista plástico, las más honestas

e inteligentes interpretaciones del acero, del hormigón armado y del vidrio en la arquitectura de los edificios verticales están contenidas en el proyecto del rascacielos del *Daily Tribune*, de Chicago, dibujado en 1922 por Walter Gropius y Adolf Meyer; los planos del *skyscraper* de la Caja de Ahorros de Emigrantes en Nueva York y el rascacielos de la Banca de Filadelfia (1930-1932, el primer edificio enteramente aclimatado), así como las obras más salientes de George Howe y William Lescaze. A estos edificios hay que agregar otros como el Ministerio de Educación y de Salud Pública de Río de Janeiro (construído por Le Corbusier, Lucio Costa y Oscar Niemayer Soares Filho); la casa de apartamentos de Copacabana (Río de Janeiro), de Marcelo, Mauricio y Milton Roberto (1947); el edificio de la Compañía Brasileña de Investigaciones "Esplanada", en Río de Janeiro (el edificio de estructura de hormigón armado más alto del mundo), construído en 1947-1950 por Lucjan Korngold; el palacio de las Naciones Unidas de Nueva York, magistralmente trazado por Le Corbusier en 1947; la Lever House de Manhattan (Nueva York, 1951-1952), inmueble de oficinas de veinticuatro plantas, levantado por Skidmore, Owings y Merrill, y los dos rascacielos gemelos de veinticinco plantas, casas de apartamentos edificadas en Chicago por Ludwig Mies van der Rohe, en 1952-1953.

Rico en medios, pero pobre de intenciones, el rascacielos norteamericano no tiene hoy otro mérito que el de la altura. Siendo su plan inexistente, cabe deducir de este hecho las consecuencias de su déficit. A la gran arquitectura—la nueva como la antigua—se la juzga por sus valores monumentales. América ha levantado rascacielos griegos, romanos y góticos. Y ha tocado ridículamente al *skyscraper*, este rey de la arquitectura nueva, con una corona sin gloria, con la corona del padre Ubu.

Es preciso verificar que un constante afán de modernidad ha presidido la creación de todas las grandes obras del pasado, que ha pulsado todos los resortes de esta gran aventura donde el fervor y la vida han henchido las venas de todos los continentes. Para mantenernos en la tradición, no podemos amarrarnos a anacronismos tendentes a resucitar el tiempo pasado por fuera de su espíritu, sino apuntando al futuro.

Existió una época en la que el mismo Estado se mostró innovador, perspicaz y con audacia. Como prueba de ello, sólo quiero presentar el plan regulador establecido por las Leyes de Indias, que es común a todo el urbanismo hispanoamericano. Subrayemos la aportación considerable de las instrucciones contenidas en estas le-

yes, donde se encuentran excelentes reglas y disposiciones plenas de buen sentido, de claridad y de espíritu sagaz, que aún siguen siendo válidas en nuestro tiempo.

Expresiones diferentes representando una misma idea central han significado la gran hora española y las etapas sucesivas de la arquitectura y del urbanismo introducidas por los españoles en el continente americano y en todo el imperio colonial. Una dirección impuesta de precisión y de flexibilidad que el artífice indígena ha aportado a su vez en una obra creada de la forma extraordinariamente personal, viviente, apropiada al ambiente local y al clima, se ha convertido en una concepción original. Por lo demás, manteniéndose sumisa a la práctica y a las necesidades del lugar y conformándose rápidamente a satisfacer las apremiantes exigencias esenciales, esta arquitectura y este urbanismo han surgido espontáneamente de una aportación rigurosa y de un ardor creativo, en el cual inteligencia y lucidez toman partes iguales.

Las Leyes de Indias, forjadas en España, dictaron todas las disposiciones relativas al establecimiento de nuevos centros urbanos en los territorios de la conquista. Estas leyes reglamentaban el plano de las ciudades, fijaban la longitud de las calles, las dimensiones de las manzanas; y preconizaban los trazados claros y abiertos, regulares, unitarios y simplemente deducidos del paralelismo y de la perpendicularidad; se preocupaban de necesidades administrativas, higiénicas, comerciales y agrícolas.

Una de las disposiciones de las Leyes de Indias ordena que, con respecto a su elaboración, el plano de una ciudad sea dividido en plazas, calles y parcelas trazadas "al cordón y a la regla". El proyecto ha de prever un espacio suficiente para que la ciudad pueda extenderse y dilatarse según los mismos principios, esta misma forma lineal, para seguir racionalmente el ritmo de aumento de la población. Este fué uno de los primeros modelos de urbanismo funcional.

Respecto de la arquitectura, las casas debían interpretar la estética del Renacimiento, al que entonces se le llamaba "estilo nuevo". "Que sean de una forma, es decir, semejantes, estas construcciones, unitarias", especificaban las Leyes de Indias.

De todas las legislaciones relativas al urbanismo, la contenida en las Leyes de Indias es, sin duda, una de las más puras de línea, una de las más ricas en detalles, una de las más inteligentes en sus efectos y, por tanto, la más sencilla en la práctica. Este inagotable tema de estudio para los arquitectos de ayer, de hoy y de mañana ha permitido la normalización del trazado de las ciudades hispano-

americanas y filipinas, fundándose en general sus variantes en la "cuadrícula".

Hace cosa de cuatro años, en el momento de establecer el balance de nuestros conocimientos de la arquitectura hispánica y de resumir el resultado de nuestros estudios, después de la impresión que nos hizo sufrir el descubrimiento de la importancia excepcional del urbanismo hispánico..., los trabajos de Fernando Chueca Goitia, Leopoldo Torres Balbás y Julio González y González han confirmado lo que habíamos presentido en el curso de nuestros viajes de estudio por América. Conducidas por manos magistrales, estas investigaciones nos ofrecen la viviente exposición del gigantesco panorama de los proyectos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en Sevilla, en el Archivo de Indias. Los ensayistas amanerados y los narradores anémicos o truculentos han escrito la historia de la arquitectura y del urbanismo con el estilo del histrión. Voluntariamente o por insuficiencia, no han abordado el problema desde su base. Para sostener el aparato de su orquestación bullanguera y para justificar contubernios comprometedores, de una generosa empresa de cultura han hecho un objeto de propaganda. Para imponer el Norte, han omitido o abandonado el Sur. En efecto, la mayor parte de los tratados anglosajones eluden el nombre de España al hablar del urbanismo en Hispanoamérica, o se habla de ella brevemente y de forma inexacta.

Pero, ante la inmensidad de una obra cumplida para dar al mundo una fisonomía y un carácter modernos, nadie tiene derecho a olvidar que del siglo XVI al XIX España nos ha brindado materiales primerísimos para escribir la historia del urbanismo. Nunca pueblo alguno ha creado un número de obras de arte tan imponente; nunca otro pueblo ha dibujado una masa tan enorme de proyectos reguladores, y nunca pueblo alguno ha construído tantas ciudades durante su período de gobierno.

Si se considera que en su mayoría fueron fundaciones nuevas, que la mayor parte de ellas surgieron en lugares despoblados, que el análisis de la constitución de esas ciudades revela una amplitud y un volumen extraordinarios, que ninguna creación urbana colonial le puede ser, por consiguiente, comparable..., el homenaje que debemos rendir a España será siempre demasiado modesto e insuficiente.

Alberto Sartoris.
Grand Rue, 43.
LUTRY [Vand] Suiza.

CUATRO ROMANCES IBERICOS

DE

ADRIANO DEL VALLE

CANTILENA DEL EBRO

(LA RIOJA)

En el silvestre tiempo,
cuando la luna es roja
y giran celestiales
cangilones de norias
volcando las estrellas
sobre el nocturno aroma,
perdido entre las viñas
entróse en la Rioja
el Ebro, deslumbrado
por las vislumbres rosas
que a las altas montañas
el véspero corona.
Las brisas otoñales
no mueven ya las hojas
en el ramaje áureo
que fuera verde fronda.
Y así, la higuera seca,
en cueros, pudorosa,
se enoja cuando el Ebro
sus puros huesos copia,
después que el cierzo áspero
le desnudó las hojas.
Y el Ebro, aguas abajo,
su pastoril zampoña
sopla de chopo en chopo,
de puente en puente sopla...
Ya en manos de pastores,
ya en boca de pastoras,
vihuelas y rabeles,
refranes, besos, coplas.

El Ebro nunca dice
con su cerrada boca
que esa canción es suya,
y en callarlo se goza,
porque en boca cerrada
sabe que no entran moscas.
Cada chopo es un huso
del agua tejedora,
madeja fugitiva
que no guarda memoria
de si nació en Miranda
o si nació en Reinosa,
si era un hilo de plata
lo que es madeja ahora,
como el pan cuando olvida
la espiga y la amapola.
Y el Ebro, lentamente,
porque la luz es poca
cuando las nubes plantan
sus campamentos nómadas,
de pronto, entre las viñas
se va haciendo persona,
entre el lagar y el mosto,
la cántara y la bota,
al trasegar el vino
manos vendimiadoras.
Cerca de Haro, el Ebro
le da la mano al Oja,
cuando sus aguas sorben
las que al Tirón no sobran.
Le entrega el Najerilla
su orilla anacreóntica,
memorias de Villegas
en su corriente adónica.
Ni Lidias ni Drusilas,
sino lozanas mozas
oscureciendo el agua,
enjabonando ropas.
¡Logroño, entre sus torres,
rigiendo la Rioja
por la divina gracia
de una excelsa Patrona!

¡Virgen de Valvanera,
Señora entre Señoras,
si en sus divinas manos
el cetro huele a rosas,
son rosas celestiales
las que en su cetro aroman!
¡Patrocinando cepas,
viñas y viñadoras,
sarmientos, rodrigones,
las hoces de las podas,
la pisa en la vendimia
cuando el mosto rebosa,
patrocinando afanes,
preside la Rioja!
El Ebro, sus meandros
remansa en Calahorra;
chopos en mermelada
y adelfas en compota,
almibarados sauces
en vegetales ondas,
azucaradas ramas
de cidras dulzarronas,
limones, barbos, truchas,
salmones y toronjas,
fresones, fresas, puerros,
apios y zanahorias,
espárragos, pimientos,
naranjas y cebollas,
alcaparras, cohombros,
rábanos y alcachofas...
Todos son los vasallos
de rosas centifolias.
Si monarquías de huertos
la inundación derroca,
sus frutos vegetales
son reyes sin corona.
De puente en puente, el Ebro
más ancho desemboca;
en cada ciudad riegá
la flor a sus Patronas
y en cristalino éxtasis
reza jaculatorias;

riega azucenas, lirios,
la sed sacia a la alondra,
volante flor del aire
del más trinado aroma.
Frontones, campanarios,
campanas y pelotas
sus ecos en los muros,
y en los montes, rebotan.
Vencejos, golondrinas,
cigüeñas y palomas,
tantas fluviales truchas
como sus alas rozan,
tanta lombriz ligera,
tantas anguilas tontas,
tanta rama en los picos,
tantas hojas, son pocas
en torres y espadañas
por toda la Rioja.
Calandrias, ruiseñores,
abejas, mariposas,
los bien libados pétalos,
las bien trinadas trovas,
zureos y balidos,
silbos, relinchos, flotan
nadando entre dos aguas,
volando entre dos rosas.
Se doran los maizales,
se granan las mazorcas,
las piedras no doradas
con el resol se doran;
las nubes sobre el Ebro
son aves que se esponjan,
agua que la llovizna
devuelve gota a gota.
Y el Ebro, alcabalero,
derrámase entre frondas,
y exige un buen tributo
de frutos y de aromas,
de huertos y jardines,
de brécoles y rosas,
y al olmo y a los pinos
claro barcaje cobra

cuando sus sombras lleva
de una orilla a la otra.
Torres con sus relojes,
relojes con sus horas,
mercados con sus tratos,
pastores con sus hondas.
Si una orilla de juncos,
otra de zarzamoras;
si allí los mirlos silban,
aquí las ranas croan;
si largo el estiaje,
no habrá trigo en la tolva
y a falta de pan, dicen
que son buenas las tortas.
Santo Domingo y San
Millán de la Cogolla,
Casalarreina, Ollauri,
Haro, Alfaro, Daroca,
Briones, Cenicero,
Ledesma y Ortigosa,
Manjarrés y Nestares,
Nájera y Calahorra,
Arnedo y Trevijano,
Berceo y Villarroya,
Clavijo y Navarrete,
Villoslada, Zarzosa,
los pueblos de Cameros,
Grañón, Santa Coloma...
Y así, aguas abajo,
diezmos, primicias cobra
el Ebro, a las bodegas,
en cántaras y botas
y, ya medio beodo,
arrastra su cogorza,
mostrándole a los pájaros
su bien provista alforja.
Así, a topa carnero,
con cien pueblos se topa,
diez leguas tierra adentro
regando a la redonda
con derivados cauces,
pozos, albercas, norias;

que a las ajenas vegas
riegan sus aguas propias.
¡Cuán despaciosamente
va el Ebro por la Rioja!
¡Cuánto erial sediento
le aguarda hasta Tortosa!
¡Adiós, los verdes valles
que lozanías rebosan!
¡Adiós, claros arroyos!
¡Adiós, las fuentes todas,
las torres, las ciudades,
las breñas de Reinosa!
Y el Ebro se despide
de un bosque, hoja por hoja,
y su caudal de lágrimas
derrama en Zaragoza...

LISBOA A BABOR

En la perdida urdimbre de los pueblos del aire,
del viento la flor áurea del espejismo invoco.
Iba el salobre hálito matinal a las torres,
a las altas montañas, lejanísimas, vivas,
y empujaba las velas, azotaba las nubes
con la sal de las olas encrespadas del Tajo.
Oh ciudad, yo te invoco doblemente en las aguas,
cimentando reflejos en las ondas y el jaspe,
temblorosa entre iguales elementos sensibles
con tu piel traspasada de perfiles y aromas.
Invisible solsticio que perdura un instante,
misterioso refugio donde anida la lluvia
con sus frágiles picos de cristales sedientos,
absorbidos, gozados en la anchura del mundo.
Yo te invoco, oh Lisboa, casi en flébiles vidrios
reflejada, en tu umbría, en tu luz, en tu fuga,
temblorosa en el árbol, con firmeza en la piedra,
transparente en la fresca y alta vara de nardo
del jardín que solazan lagartijas y orquídeas.
Inasibles vergeles de cristal fulgurante,
horizontes que alcanzan longitud de palomas,
la evaporada cumbre de las nubes huidizas

con los soplos que emulan animadas montañas.
Siete son tus colinas, oh ciudad. Tus adarves
te coronan la erguida opulencia luciente
donde el alto ciprés es cobijo del trino.
Sin columnas caídas, sino enhiestas, cerúleas,
anidaste las altas alondras de las albas·
y el delirante arpegio que silba en el nocturno
el ruiseñor celoso gimiendo entre la fronda
su pasión conturbada por la hembra inconstante.
Herrumbrosa esmeralda que destella en el bronce
vivos brillos solares sobre el cetro de un rey
que cabalga entre súbditos palomares agrarios
y promulga el aroma del clavel desvalido,
la pragmática leve que difunde la hormiga
y al cangrejo prohibe que se adentre en el monte.
Alto fiel de balanza inclinado al Nordeste,
mariposas y abejas sopesadas volando,
a babor y a estribor, por las sales y el yodo.
Mundo anfibio. La cumbre resbalada en el río
que refleja en los ojos de los bueyes sus peces
y el dorado maíz salpicado de espumas.
Mundo anfibio y urbano con silvestres sabores
y el olor de la acacia mancillado en petróleo
con aromas disímiles en su azul miscelánea.
Alta ya la mañana. Los relojes de sol
con las húmedas nubes de plumajes volantes
interponen la fábula de las jarcias y el bosque
en la infancia en que el mástil era un pino aldeano
y olvidó las orugas de su antigua asamblea.
Oh ciudad de los náuticos horizontes, sitiada
por la lumbre frenética del rumor de tu río,
derramada en peldaños y en el mármol yacente
cuando evocas la eterna permanencia del pétalo
y la esgrima del agua que las fuentes ensayan
ejercitan abejas asaltando corolas.
Juventud de mil años. Senectud del minuto,
oh vejez del instante, oh Lisboa, oh meridio,
luz vertida en la urna que es la brisa en el tiempo,
si te invoco, oh Lisboa, es que invoco tus Gracias,
la añorada techumbre vegetal que defienden
las almenas moriscas que tu sueño vigilan.
En ti invoco la torre de Belén como un célico

monumento al periplo de las naves de Ulises,
y tus barrios, cariátides entre el buzo y la estrella,
y el color filatélico que la luz colecciona
en el álbum nocturno que estampilla la luna
descubriendo cerámicas y piafantes caballos,
barretinas labriegas junto a ecuestres casacas,
y entornados harenes, con los cactus jenízaros
del fragante emirato, sensual, del magnolio.
A barlovento añoro los náufragos jardines,
las Hespérides líquidas que sacaron a flote,
con sus ánforas griegas, en tu orilla, las dragas.
Reverencio en tu fe la liturgia, las huellas
del varón de los cielos, San Antonio, oh Lisboa,
que en tu enclave fundara la ciudad del milagro
y el gonfalón de Dios flameó desde el púlpito
a su feligresía de pájaros y peces...

LOS DESCUBRIMIENTOS

Las galeras del rey
abren bocas de fuego.
Ya zarparon del Tajo
cinco naves de oro
que el lusiada tripula
cuando Dios, sobre el orbe,
puso el viento en las velas
y su Cruz en las almas.
Sólo el mar Tenebroso
que ignoraban los hombres
supo ver el prodigio
de la fe en lo absoluto.
Cabo de las Tormentas
que Adamastor defiende...
Y el lusiada descubre
de la fábula el rumbo.
Endriagos, sirenas,
habitaban las proas
que ahora son hornacinas
con cristianos apóstoles.
La palabra de Cristo
derramada en las aguas,

nuevo Gólgota erige
en las vergas. Los leños,
redimiendo a las Indias,
eran naves de Roma.
La batalla y la sed,
el venablo y el áspid...
En la tumba del héroe
epitafio es la selva,
pudridero es el río
y urna póstuma el árbol.
Portugués era el rezo,
portuguesa la sangre
del injerto, en la rama
que aromaba a canela.
Oro, piedras preciosas
y aves casi metáforas
de unas flores parlantes,
le ofrecieron al rey.

INTERLUDIO DE CINTRA

Cintra cabe en un sueño...
Lágrimas vegetales
de un universo arbóreo
se derraman del sauce,
lloran sobre los cisnes
esbeltos del estanque.
Aurea lluvia mojada
que al sol quiere secarse,
persiste, temblorosa,
en el temblor del aire
que aún tiene fresco el hueco
del vuelo de unas ánades
que del silencio hicieron
sonoras soledades.
Todo el cristal llovido
suaviza las vocales
del canoro alfabeto
de un forestal lenguaje
que más tiene de trinos
que de canción. ¿Son aves,

arbustos, flores, plumas,
o míticas deidades,
anémonas, orquídeas,
o son garzas reales
las que la lluvia moja
y están al sol secándose?
Lluvia y sol. Frente a frente,
aparecen unánimes
la lluvia que, al trasluz,
se transverbera y arde
y ese sol aterido
de verdes humedades,
sobre las mismas ramas,
sobre los mismos árboles,
gota a gota, en la piedra,
rayo a rayo, en el aire,
peine azul que las crines
va a la lluvia peinándole.
Por todas partes llueve
y hay sol por todas partes;
por todas partes, plantas
de exóticos ramajes
cruzan sus anagramas
de aromas tropicales.
Se aclimata la luna
al vesperal paisaje;
se aclimata la estrella
de Venus en la tarde;
se aclimatan los barcos
al lejano oleaje;
se aclimatan las húmedas
madreselvas, alzándose
ceñidas a las ramas
del laurel, como Dafne,
en la alcoba de trinos
de unas frondas nupciales.
¿Las fuentes? Amorcillos
de Venus casi ángeles
y el agua resbalando,
saltando sobre mármoles,
por rampas de mayólicas
con lusitanas náyades.

Sobre un fondo de fábula
y esferas armilares,
el agua, el árbol vivo
del agua, deshojándose
en transparentes pétalos
de vidrio inmarchitable,
en la acuosa botánica
del cristal y los nácares.
¡Castillo de los moros
con sus lusos adarves
y un mirador abierto
a náuticos celajes!
Y en derredor, hayedos,
robledos y estoraques,
ceibos y chirimoyos,
pinsapos y copales,
rosadelfas y nísperos,
sóforas y nogales,
bergamotos y bojes,
torviscos y zumaques...
Monte abajo, el enebro,
el fresno, los tarajes,
ciclamores, helechos,
macizos de arrayanes,
tamarindos, naranjos,
rododendros y atarfes..
Edén civilizado
que juega a ser salvaje
donde la selva crece
con manuelino alarde.
Y entre la transparencia
de una luna constante,
con flora de dos mundos
su Edén clasificable,
alta, en su sierra, erguida,
se columbra en el aire,
Cintra, la flor del Génesis
en manos del Dios Padre.

Adriano del Valle.
Ibiza, 34.
MADRID.

DOS MARES Y CINCO POETAS

(LA NUEVA POESÍA DE HISPANOAMÉRICA, A TRAVÉS DE CINCO POETAS) (*)

POR

PABLO ANTONIO CUADRA

INTRODUCCIÓN

Rubén Darío—que es nuestro Bolívar literario—produjo una conmoción continental que abrió infinitas fuentes poéticas, y desde él hasta nuestros días el florecimiento literario de nuestra América es probablemente el más rico de la literatura universal. La cantidad de buenos poetas—de poetas de categoría—que en este siglo ha producido América no tiene paralelo en ninguna otra lengua. Debemos confesar, sin embargo, que la segunda etapa de este florecimiento, la etapa llamada de "vanguardia", no ha alcanzado la potencia creadora de la anterior etapa "modernista", aun cuando su corriente prosiga y sea quizá mayor el número de poetas que continúan aportando nuevas experiencias, ampliando la capacidad del idioma y descubriendo territorios poéticos inéditos. Por otra parte, es probable que ni siquiera pueda mañana trazarse una clara y completa separación entre el "Modernismo" y la "Poesía Nueva" o de vanguardia y que sólo, por falta de perspectiva, separemos ahora dos aspectos o momentos de una misma revolución creadora, cuyas dimensiones y delimitaciones no nos es posible precisar, porque estamos aún en ella. En todo caso, se trata de un fenómeno de fecundidad original que no tiene igual en la historia de la cultura americana, y esto sólo baste para juzgar la dificultad de presentar

---

(*) La revista de la Unión Panamericana Américas, *que se publica en español, inglés y portugués, en Wáshington, dedicó su número 10 (del volumen VI) a la* poesía continental. *La presentación de la poesía norteamericana contemporánea fué encomendada al conocido crítico de Estados Unidos Louis Untermeyer. La poesía brasilera estuvo a cargo del poeta y crítico carioca Manuel Bandeira, y la poesía hispanoamericana se le encargó a Pablo Antonio Cuadra. Se les pidió a los tres escoger los cinco poetas más significativos para, a través de ellos, presentar la poesía nueva de cada lengua y cultura de América. El trabajo crítico de Pablo Antonio Cuadra fué abreviado, con permiso del autor, para su publicación en* Américas. *Ahora publicamos, en* CUADERNOS, *el original completo.*

tan rico florecimiento a través de sólo cinco poetas. La empresa no sólo es difícil, sino peligrosa, porque la poesía, nacida en regiones tan puras, suscita, como el amor, pasiones violentas, que necesariamente deberé alborotar, ya que se me exige una selección tan reducida que dejará descontento al mayor número previsible de lectores. No voy, sin embargo, a pedir perdón, sino simplemente a exponer las dificultades y luego las razones que he tenido para elegir a esos cinco poetas. Si no todos mis lectores quedan convencidos, me resta la esperanza de que al menos aceptarán el gran valor literario, la originalidad y el aporte americano de los poetas seleccionados.

El primer obstáculo para esta selección es la abundancia. Nunca olvidaré mi sorpresa escolar cuando en mis primeros años de descubrimientos literarios encontré en un anaquel de biblioteca una antología de la poesía moderna hondureña. El libro vencía en tamaño al más obeso diccionario de nuestra lengua. ¡Y se trataba solamente de la producción de uno de nuestros más pequeños países! La poesía es, constitucionalmente, abundante en la América hispana. Randalla Jarrel, en un artículo sobre *The oscurity of the poet,* dice que en algunos países de América, desde el Presidente hasta el portero y el criado, hacen poemas, agregando, para mayor aclaración "y no de cualquier tipo, sino poesía surrealista".

Pero además de la abundancia existe una segunda dificultad. Al hacerse una selección de cinco nombres, inmediatamente notamos que cada uno de esos cinco poetas está rodeado (salvo en una o dos excepciones) de otros cinco de igual valor, o bien *complementarios,* porque una de las características de la nueva poesía americana ha sido la de expresarse por "grupos", de tal modo que los aportes y descubrimientos que enriquecen nuestra poesía son, por lo general, el fruto de la obra no de un solo poeta, sino de "familias de poetas, que conjuntamente integran y desarrollan una especie de personalidad lírica plural. De este tipo de familias poéticas las hay tan matizadas como la del grupo "Contemporáneos" de México. O de una comunidad más íntima como el grupo de la revista *Orígenes,* de Cuba. Y a veces tan estrechamente consanguíneas como los círculos de ciertas revistas de avanzada donde los nombres de los autores parecen simples seudónimos de un único poeta.

Una tercera dificultad es poder equilibrar la "representación" con la "calidad". Porque puede haber un poeta mejor que otro—tomado aisladamente como esteta—, pero no representar en el conjunto ningún aporte nuevo verdaderamente original, sino el perfec-

cionamiento y la sublimación de formas, recursos y elementos poéticos ya descubiertos por otros poetas. Ahora bien: para representar a la poesía hispanoamericana, cuyo mapa está compuesto de innumerables zonas o comarcas de invención y originalidad diferentes y variadísimas, la selección debe hacerse—según mi entender—buscando que cada uno de esos cinco poetas represente, en alguna manera, un aspecto de esa variedad; es decir, una zona poética original—por lo menos de las principales en que puede dividirse la literatura americana—para lograr, en tan breve selección, el más amplio muestrario de su fecunda diversidad.

Naturalmente la dificultad subsiste tanto cuando queremos delimitar esas "zonas poéticas", como cuando queremos escoger al poeta más representativo de cada una de ellas. Porque no se trata de encasillar a la poesía conforme a las "escuelas" o "ismos" que sirven generalmente a los críticos y profesores para sus rutinarios catálogos literarios. En América, estas nomenclaturas son tan ajenas a la realidad poética como las líneas de los paralelos y meridianos de los mapas al paisaje vivo del continente. No existe, por ejemplo, un movimiento especialmente surrealista. Parodiando a Rubén, más bien podemos preguntarnos: "¿Quién que es no es surrealista?" Porque las tendencias y los *ismos* se entrecruzan y se mezclan con otros muchos ingredientes, aun con los más oscuros residuos de tradiciones y primitivismos, de tal modo que, en vez de "escuelas", la poesía ha producido en América zonas o, si se quiere, verdaderos *países poéticos*, que a veces coinciden, y a veces no, con los países geográficos.

Una mirada a ojo de pájaro sobre el panorama de la literatura hispanoamericana nos permite distinguir, por ejemplo, una fundamental línea divisoria, de Norte a Sur, que separa dos largas zonas poéticas: la del Pacífico y la del Atlántico, con tendencias, influencias y aportes literarios distintos, apreciables aún dentro de la unidad y comunicación cultural del continente.

En la literatura de los países de la zona del *Atlántico* predominan las influencias europeas y africanas. En la literatura de los países del *Pacífico*—que es la zona de movimiento de las grandes civilizaciones indias—se aprecia una vocación más honda por lo original americano, y la poesía revela una creciente necesidad de diferenciación y autoctonía presionada por el mestizaje. La zona del Atlántico ha producido los más notables ejemplos de la expresión "criolla" y de la "mulata" y de la relación literaria entre el hombre y el *paisaje*, mientras que la zona del Pacífico ha logrado

fusiones más entrañables de una expresión "mestiza" y en una comunión sustancial con la *Naturaleza.* Hay, sin embargo, países como México, Guatemala o Nicaragua, por ejemplo, donde ambas zonas poéticas mezclan sus climas de expresión o agonizan en su equilibrio. Y no está de más agregar que Darío, el renovador de la poesía castellana, pudo ocupar el trono imperial de la lengua gracias, después de su genio, a ser un mestizo nacido en el ombligo del continente, donde con igual fuerza se reciben las corrientes europeas que traen los alisios, las africanas que arroja el Atlántico caribe y las indígenas que incesantemente reavivan los aires asiáticos del Mar Pacífico. Vemos, pues, que existen dos zonas literarias con características propias en la creación poética de América. Estas dos zonas fundamentales pueden subdividirse, a su vez, en otras comarcas que han aportado aspectos y modalidades especiales a nuestra poesía. Hablaremos de las más importantes al referirnos a cada poeta en particular, pues, como he dicho, trato de que cada uno de los poetas escogidos represente un aspecto original de nuestro variado mapa lírico americano. Por otra parte, he tratado de matizar aún más esa representación escogiendo, entre esos cinco poetas, a tres que representen el período inicial de los movimientos de vanguardia, y a dos poetas que representan la segunda generación. César Vallejo, Pablo Neruda y Ricardo Molinari pertenecen a la primera generación. Nacieron los tres alrededor de 1900, y sus obras iniciaron la "poesía nueva" en Hispanoamérica. Octavio Paz y Joaquín Pasos pertenecen a la generación posterior.

1.º CÉSAR VALLEJO

César Vallejo (1893-1937) no ha sido todavía lo suficientemente valorado por la crítica, ni goza de la excesiva popularidad de otros poetas menos *resistentes* (¡recordemos que la poesía, como la mujer, debe presentar resistencia si es que quiere valorar su belleza y sostener su misterio!), pero es sin duda el poeta más americano de nuestra poesía contemporánea. Vallejo, además, puede asumir la representación de toda esa zona poética que localizamos en el litoral Pacífico, donde el indio reclama, cada vez con más vigor íntimo, su participación en el mestizaje y en la síntesis de nuestra cultura. Desarrollando hasta sus últimas consecuencias el proceso de mestizaje cultural que inicia su paisano, el Inca Garcilaso, Vallejo se sumerge en su intimidad mestiza para extraer, del lugar mismo donde lo indio y lo español hacen contacto, un lenguaje

poético nuevo, cuyas palabras y su sintaxis expresen, de una manera más inmediata y auténtica (casi mágicamente), la emoción intransferible y aborigen del americano.

Aunque Vallejo deriva directamente del Rubén de los *Nocturnos,* pudiera establecerse una comparación entre su obra y la del maestro en cuanto al significado de sus aportes poéticos. Si Rubén Darío aparece en nuestra lírica como un gran *navegante* que va descubriendo y conquistando todas las influencias y afluencias poéticas que pueden remozar, robustecer y acrecentar nuestra literatura; si Rubén se alimenta de horizontes, Vallejo parece un *minero* que perfora dolorosamente las sombras secretas del misterio americano, descubriéndonos las vetas más recónditas de su expresión y que va dejando a pedazos su persona, malográndose en cuanto se bien logra, porque su poesía es arrancada únicamente de sí mismo, y su alimento es devorarse. Existe un poema de Vallejo a los mineros, en el cual, refiriéndose a "los creadores de la profundidad", parece cantar su personal y dolorosa empresa:

Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras,
fajaron su salud con estampidos
y, elaborando su función mental,
cerraron con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo.
....
Calzados de senderos infinitos
y los ojos de físico llorar,
creadores de la profundidad
saben, a cielo intermitente de escalera,
bajar mirando para arriba,
saben subir mirando para abajo...

"La poesía de Vallejo—ha dicho Bergamín—vuelve a la infancia espiritual del pensamiento, traspasando fronteras conceptuales"; y este sufrimiento expresivo por recobrar para el lenguaje poético su espontaneidad originaria, su carga eléctrica primordial, es lo que destroza y consume su obra en la misma medida que la construye:

Quiero escribir, pero me sale espuma;
quiero decir muchísimo y me atollo.
...Quiero escribir, pero me siento puma...

o bien, como canta en otro poema usando hasta las vísceras del idioma y sabiendo que se juega "el pellejo" en la empresa:

¡Loco de mí, loco de mí, cordero
de mí, sensato, caballísimo de mí!
¡Pupitre, sí, toda la vida; púlpito

también, toda la muerte!
Sermón de la barbarie: estos papeles
esdrújulo retiro: este pellejo...

"La poesía—dice un texto sánscrito de la época védica—es una palabra cuyo sabor es la esencia."

En esta empresa radicalmente "inventora" o creadora del poema y su lengua—que abre la etapa propiamente llamada "nueva" de nuestra poesía—, Vallejo se halla acompañado de valores poéticos tan apreciables como el chileno Vicente Huidobro o el mexicano Ramón López Velarde; pero yo he escogido al poeta peruano —a pesar de que muchas veces nos entrega su poesía todavía en bruto, llena de broza, y en ocasiones balbuciente como un vagido inicial—por su esencialidad americana y por su potencia original. Huidobro no llega nunca a sumergirse en sus raíces. Es como un maravilloso creador de invernadero, cuya famosa rosa

Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas!
Hacedla florecer en el poema...,

no denuncia su tierra. La dirección de su *creacionismo* es completamente contraria a la de Vallejo. Si éste perfora profundidades, Huidobro asciende en una pirotecnia donde lo americano sólo está en el aire. En cambio, López Velarde sí es un poeta cuyo idioma —tan personal—está profundamente enraizado hasta llevar al poema todo el sabor de su "suave patria". Pero junto a Vallejo y Huidobro, López Velarde se queda en el trámite de un *precursor*. Está demasiado cerca y dependiente de Lugones, aunque agrega a los procedimientos del gran poeta modernista argentino una mayor sorpresa e ironía en la construcción de la imagen y un valor temerario en el uso del adjetivo.

Vallejo, además, incesantemente, descubre la dolorosa ecuación del HOMBRE americano. Descendiendo de abuela quichua pura y de abuelo español, en todo su canto pueden seguirse las dos huellas ancestrales acercándose a cada tema para volver a dramatizar su fusión: es el mestizo que siente como indio y piensa como español, o viceversa, que en eso está la agonía. Bellísima y profundamente americana es, a este respecto, su desesperada preocupación por la permanencia de España en el equilibrio de su entrañable mundo mestizo:

Si cae—digo, es un decir—, si cae
España, de la tierra para abajo,
niños ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡Cómo va a castigar el año al mes!

¡Cómo van a quedarse en diez los dientes
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!...

Compárese esta trascendente *desesperación*—en todo su último y mejor libro: *España, aparta de mí este cáliz*—con la *esperanza* de Rubén (en sus *Cantos de Vida y Esperanza)*, ambas surgidas de la misma fuente humana.

Aun viviendo en París o cantando a España, la palabra de Vallejo trae siempre prendidas—como las raíces—oscuras adherencias telúricas y elementales. Vallejo es el gran poeta de la poesía impura, condición vital de la poesía americana. Basta ver cómo se hunde en el paisaje, ignorándolo como descripción, para vivirlo y expresarlo en comunión. Basta seguir su canto en el amor, amor tumultuoso y sin fronteras, como un contacto todavía ciego y cósmico, donde los reinos de la Naturaleza no han sido separados:

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,
de querer, de besar el cariño en sus dos rostros
y me viene de lejos un querer
demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza
al que me odia...
....
Quiero, para terminar
cuando estoy al borde célebre de la violencia
o lleno de pecho el corazón, querría
ayudar a reír al que sonríe,
ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca,
cuidar a los enfermos enfadándolos,
comprarle al vendedor,
ayudarle a matar al matador—cosa terrible—
y quisiera yo ser bueno conmigo
en todo.

Basta, finalmente, mirar con él la Muerte, su antirilkeana muerte comunitaria, su solidario morir lleno de una misteriosa e irradiante esperanza futura que es tan profundamente india... y cristiana.

Al fin de la batalla
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: "¡No mueras; te amo tanto!"
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.
Se le acercaron dos y repitiéronle:
"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: "Tanto amor, y no poder nada contra la muerte."
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.
....

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vió el cadáver, triste, emocionado;
incorporóse lentamente;
abrazó al primer hombre; echóse a andar.

Basta, sí, basta su palabra para que creamos en la revelación del hombre americano, porque Vallejo eso es

Indio después del hombre y antes de él.
Lo entiendo todo en dos flautas
y me doy a entender en una quena.

¡La primera verdadera alianza poética de la lengua española con los labios del indio!

2.º PABLO NERUDA

Chile es el nombre no sólo de un país geográfico, sino de un país poético. Las fronteras de su nombre encierran una zona de creación literaria y puede ser el nombre de un capítulo de la historia literaria americana, tanto como el nombre "Romanticismo" o "Modernismo", que delimitan movimientos de características definidas. Se trata de un fenómeno literario tal vez único en la América contemporánea. Su población lírica es grande. Baste saber que una antología hecha por Pablo de Rokha se titula, y reúne, *Cuarenta y un poetas jóvenes de Chile,* y por cierto está impresa en la editorial Multitud. Pero a su numerosidad hay que anteponer la riqueza original de su aporte a la poesía del continente. Nuestra elección de Pablo Neruda (nació en 1904) para representar a esta provincia (tan abundante, ella sola, en valores poéticos de primer orden, como toda Norteamérica) no la hice sin una lucha ardua, en primer lugar, con la poesía del mismo poeta escogido, tantas veces sometida por su propio autor al rebajante tormento de la "propaganda". En segundo lugar, el aporte chileno no lo resume completamente Neruda. Junto a él, alcanzando frecuentemente su altura y desarrollando dimensiones nuevas del canto, existen seis o siete notables poetas que comparten con el autor de *Residencia en la tierra* la representación de este rico país de poesía: Angel Cruchaga, Pablo de Rohka, Rosamel del Valle, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva o Eduardo Anguita, son nombres que necesariamente deben agregarse al de Neruda aun para medir y localizar al mismo Neruda. Pero se impone esta elección porque posee una obra más decisiva, más fecundamente creadora y, aunque con frecuencia se imita a sí mismo, y, peor aún, usa y desgasta sus propios

recursos para una literatura de compromiso y de voluntaria vulgaridad, es, sin duda alguna, el más dotado "nombrador" de la poesía nueva en castellano.

Y ya que uso el término diré que, en el aporte lírico de Chile, una de sus principales características es esa condición "adámica" y *nombradora* de su lengua poética. La geografía, la vegetación, los elementos..., todo el paraíso material del Nuevo Mundo, ha sido nombrado por la poesía chilena, conocido en su sustancia—que eso es nombrar—, reconstruído sílaba a sílaba en su forma y en su música inmanente.

Como una espada envuelta en meteoros
hundí la mano turbulenta y dulce
en lo más genital de lo terrestre...,

canta Neruda. Los poetas chilenos, con Neruda a la cabeza, han elaborado el catálogo poético de América. Chile es el pregonero de los nombres nuevos con que la poesía reúne a la creación. Recuérdese el *Establecimento de la Maravilla,* de Juvencio Valle, o las enumeraciones nerudianas de las *Alturas de Macchu Picchu:*

Aguila sideral, viña de bruma.
Bastión perdido, cimitarra ciega.
Cinturón estrellado, pan solemne, etc.,

enumeraciones que no se inscriben *desnudas* como las de Withman, sino descubiertas por los ojos primordiales del mestizo—ojos más táctiles que ópticos, según José María Valverde—, ojos que bucean, bajo una capa de sueño, el interior misterioso del objeto:

Dulce materia, oh rosa de alas secas,
en mi hundimiento tus pétalos subo
con pies pesados de roja fatiga,
y en tu catedral dura me arrodillo
golpeándome los labios con un ángel.
("Entrada a la madera.")

Esta condición de nombrador táctil es lo que hizo decir a José Coronel Urtecho que "Neruda no hace más que repetir dormido lo que Withman dijo despierto".

Yo lloro en medio de lo invadido, entre lo confuso,
entre el sabor creciente, poniendo el oído
en la pura circulación...

Pudiera creerse que este "adentrismo", este poder de Rayos X de la poesía nerudiana se manifiesta en la misma zona de Vallejo.

Pero Vallejo profundiza en lo humano, mientras Neruda desconoce al hombre, ignora su intimidad en la misma medida que es capaz de amar y conocer la Naturaleza. Aun en aquel apasionado interrogatorio a las ruinas incaicas de Macchu Picchu ("Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?), la respuesta que obtiene es retórica. Neruda es capaz de conmoverse por el drama del hombre, pero nunca de penetrarlo o recrearlo. Y esto es lo que da una tan distinta resonancia a los libros que sobre la guerra de España escribieron Neruda y Vallejo. En *España, aparta de mí este cáliz,* Vallejo es el hombre que padece y muere. Neruda, en su *España en el corazón,* es el espectador que compadece y canta.

Esta condición de la poesía de Neruda es lo que, para mí, hace completamente gratuito el nombre de "poema épico de América", que alguien le ha otorgado a su más reciente y grande libro, el *Canto General.* Con los "hombres"—con los héroes—del canto de Neruda no se puede alcanzar nunca la épica. Son como los héroes de las películas de vaqueros; el bueno, es bueno de una sola pieza. El malo, es un malo de sombra entera. No existe el matiz, la complejidad humana, la estructura viviente y homérica del héroe, sino la figura plana de *affiche.* Lo único épico de este libro es, a veces, el paisaje. Pero sí es una colección de bellísimos cantos líricos, tristemente mezclados con pésima literatura didáctica para uso polémico, por la suicida decisión de su autor de mixtificar al poeta de *Residencia en la tierra* con el político de residencia en Rusia.

El otro aporte original de Chile—y muy especialmente de Neruda—a la poesía hispanoamericana es la restitución y revalorización del Romanticismo. La poesía en lengua castellana, a excepción del caso de Bécquer, no conoció sino en su aspecto más superficial el verdadero movimiento romántico. Nuestra literatura padecía ese hueco, ese vacío rellenado por una lírica casi siempre falsa y ampulosamente sentimental, que sólo sirvió para ocultarnos los genuinos valores del Romanticismo (como los que nos ofrecía, por ejemplo, Alemania o nuestra propia tradición clásica) y no fué sino hasta la aparición de Neruda cuando nuestra poesía recuperó esos viejos territorios inexplorados o perdidos, tan propicios para la expresión de América. Utilizando los recursos y elementos más nuevos, Neruda restableció el clima para la verdadera creación romántica, canonizando de nuevo el corazón, sumergiéndose en la irracionalidad del mundo, devolviendo a la palabra sus poderes mágicos y proféticos y abriendo delicadamente las puertas del sueño y la nostalgia. "Yo tengo un concepto dramático y román-

tico de la vida—ha escrito Neruda—. No me corresponde lo que no llega profundamente a mi sensibilidad."

Entre sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,
dotado de corazón singular y sueños funestos...

canta en su *Arte Poética.*

Y estos dos aportes básicos y el haber creado también un idioma poético original, lleno de ricas posibilidades, es lo que impone la selección de Pablo Neruda—voz de Chile—entre los cinco poetas representativos de la poesía hispanoamericana.

3.º RICARDO MOLINARI

Al escoger a Ricardo Molinari creo destacar al poeta que más delicada y ampliamente reúne las características y aportes de la zona del Atlántico. Encuentro quintaesenciadas en él las peculiaridades y los rasgos más vivos de ese otro lado del canto americano bañado más directamente por la luz de Europa. Naturalmente, tengo que cometer injusticias notables. Así, por ejemplo, si deseara destacar solamente los aportes que esa zona ofrece en orden a un idioma poético *criollo* o respecto a una relación nueva del poeta con el *paisaje* o con el ambiente, debería escoger a Ricardo Güiraldes, argentino, o a Fernán Silva Valdés, uruguayo, y sobre todo al argentino Jorge Luis Borges, quien en cierta analogía con la poesía del yanqui Carl Sandburg, canta la urbe bonoarense con expresiones coloquiales y términos populares lugareños, logrando imágenes vivas del ambiente ciudadano, casi siempre impregnadas de una gran ternura rural propia del argentino. Molinari corresponde a este rasgo con mucha menor fuerza expresiva; usa, es verdad, con apego el vocabulario criollo para dar a sus poemas—como dice un crítico—"un matiz de autenticidad y de raigambre", pero no es su fuerte el color local. Si, por otra parte, tratara de destacar lo que yo llamo la "inmediatez" tradicional de esta zona, su facilidad *indiana* (en contraposición a las resistencias indígenas) para hacer circular dócilmente la herencia española en su poesía, debería preferir a Francisco Luis Bernárdez, el poeta argentino de la *Ciudad sin Laura.* Igual cosa sucedería con Leopoldo Marechal si tratara de destacar, desde otro punto de vista, esa transfusión de elementos castizos criollos, tan propia del Sur. En fin, si sólo fuera

a señalar las experiencias americanas con las tendencias de la poesía europea nueva, debería señalar los nombres de Roberto Ibáñez o de Julio Casal (uruguayos) o los de poetas de otras latitudes atlánticas, como los cubanos Eugenio Florit y Emilio Ballagas. Pero Ricardo Molinari (nació en 1908), en cierta manera, reúne o sugiere todos esos aspectos de la poesía del Atlántico, y, al mismo tiempo, los desarrolla en una actitud creadora más contrastada respecto a la zona del Pacífico, destacándose frente a Vallejo y Neruda, por ejemplo, como el símbolo de una expresión poética más solitaria en su tierra, más ligada a Europa, menos "primitiva" (y más "renacentista"), más pura, más mental.

Comencemos por el tradicionalismo *indiano* de Molinari. En sus libros *El pez y la manzana, Delta* o *Cancionero del Príncipe de Vergara,* Molinari ejemplifica la facilidad del *criollo* para conectarse, sin las resistencias *mestizas,* con la corriente tradicional. Llega fácil e inmediatamente a las riberas de Góngora o a las de Bécquer, y trasplanta sus laureles con admirable sentido del *tiempo* (de *nuestro* tiempo), pero sin sentido (sin sentidos) para el *espacio.*

...el laurel a su favor
vuelve. Si olvidos tuvo, hoy el tordo
sobre sus ramas canta. Volador
oscuro. Manso pico. (En la fragua
del día luce alegre. La callada
infancia del clavel lo mira.) Nada
lo distrae. Cantar, dichoso día.

Góngora ha llegado por su medio a las soledades del Sur. Llega a tiempo. Pero el espacio no le interesa. Nunca le interesó a Góngora la realidad circundante, sino su deformación estética, su alusión a la naturaleza leída: ¡bucolismo renacentista!

...la estrella
ve el mundo, río luciente
sin apetecerlo...,

canta Molinari. ¡Pero qué nueva y deleitosa tierra construye, "dulce mundo pasajero", verbal e imaginativo!

Otras veces Molinari suelta la mano de la tradición y vaga sólo —solitario—por su espacioso Sur. Entonces el poeta y el paisaje establecen su relación no con los rasgos y lazos fuertes que pueden ofrecernos Güiraldes, Borges o Marechal, sino siempre en condiciones tenues, como quien mira el paisaje con ojos recientes, con mirada de inmigrante a quien falta el apoyo en lo secularmente

atávico. Entre la Naturaleza todavía virgen—deseosa de ser nombrada—y el poeta que la mira con timidez y sorpresa se cruza una barrera de soledad: el poeta ha llegado a los planos más altos de la abstracción, de las asociaciones puras y del cultivo de la metáfora, sin que ese idioma poético haya establecido antes ningún nexo para el designio elemental de esa Naturaleza. Y hay algo ajeno. Algo inconquistado y elusivo, que es lo que mueve el canto de Molinari. Así su pampa (bellísima pampa de sueño que pudiera pintar el Chirico de antaño):

Llano lento que nadie entiende
donde a veces llora una cabeza de caballo
al aire desesperado...

Si el elemento en que se mueve Vallejo es la tierra oscura y germinal o el interior angustioso de la raza; si Neruda penetra la Naturaleza como una mano infatigable que todo lo toca, el elemento de Molinari es el *viento*—el viejo elemento ocular de los griegos donde nacieron las ideas—, donde la Naturaleza es objetiva, exterioriza y ordena como paisaje y las cosas se limpian y preparan para ser conceptos.

¡Ay, el viento! La airosa
claridad...

El viento es el lazo incesante y tenue de lo primordial con lo civilizado. El vínculo que le amarra a Occidente. El Atlántico mental:

Si alguien se pudiera detener a oír el viento arrojado del Sur
cuando llega ciego para ponerse a silbar con vehemencia
por sobre el cuello de los álamos,
a rodear la luz de solitaria arena,
a mover la enorme cola de tabaco del río,
a desviar mi rostro que sólo mira su boca en el desierto,
sabría cómo comienza el otoño en el Sur.

En un bello poema de la *Hostería de la Rosa y el Clavel*, Molinari enumera sus temas sureños:

El lamento de toda mi existencia, lo que a mí sólo me interesa:
el muro violento, la llanura, mi país,
una mujer perdida
en una plaza
llana de pescadores; el río, el Oeste,
mi mal humor y un sello de correos.

El "muro violento" es su soledad. Ya en otro poema ha dicho:

Yo arrastro una soledad igual
a los ancianos muertos. Y lo que espero
lo aguardo
en un penoso vacío;

mientras el "sello de correos" es la nostalgia, el "otro mundo" complementario de esta poesía atlántica, que tan bellamente desarrolla Molinari en sus poemas sobre el mar, los más hermosos que ha creado este continente hijo de nostálgicos navegantes:

El mar, el acechado mar
de los navegantes, sirena
entre muros de tierra, solo.
Destino menor en la hoja
de la fábula, que no lo quiso
en palmas y ondas moderadas.

Perdida noche en linde cano,
huerto transparente con ángeles
marineros que cuidan plantas
de hojas alternas. Verdes playas.
Delfines que quiebran el agua
en nuevos espacios de espuma...

Basten estos ejemplos para bosquejar el mundo poético de Molinari, su clara tradición, su pureza, sus formas transparentes, su metapoesía de estirpe becqueriana, sus contactos aéreos con las poesías francesa y germana contemporáneas, sus tenues nexos con el paisaje, su soledad, su voz del Sur, su insistente mar Atlántico; o sea, la representación de una vasta zona que ha realizado para América la hazaña poética del rapto de Europa.

4.º OCTAVIO PAZ

Ramón López Velarde (de quien ya hablé al referirme a Vallejo) fué quien abrió a México el período de la "poesía nueva", pero no para descubrir en su heráldica—como Enrique González Martínez—al Buho, sino al Aguila y la Serpiente; es decir, al Hombre y su Tierra, y para dotarlos de una nueva lengua poética donde la sintaxis adquiere, según la frase de Valéry, "rango de Musa".

Cualquiera creería, sin embargo, que tras esta iniciación velardeana, y dada la marcadísima personalidad cultural de México, la poesía nueva iba a aportar, como ha sucedido con su gran pintura

contemporánea, las más originales experiencias en orden a la expresión literaria y a la transformación poemática de sus riquísimos materiales típicos. Pero no es así. "*Los nuevos poetas mexicanos,* dice uno de ellos—Xavier Villaurrutia—*mantienen su poesía lejos del contacto de lo popular*", de tal modo que su principal característica es rehuir lo característico. Porque no se trata de una actitud o de una corriente producida—como en otras zonas de menos raigambre o de mayor predominio de lo europeo—por escasez de reservas autóctonas, sino, al contrario, se trata de una renuncia voluntaria a riquezas originales extraordinarias, cuyo valor rechazado sólo podemos apreciarlo por comparación, observando los hallazgos de la pintura o de la música modernas de México, que se han nutrido de esos contactos que la poesía se niega. Pero tal renuncia ha sido hecha por los poetas mexicanos para conquistar otras categorías poéticas, asimiladas de las literaturas extranjeras (especialmente de la francesa) y, lo que es más interesante, para obedecer a una tradición poética propia de México—que arranca desde el culteranismo—y que, evitando el uso de sus ricas vetas vernáculas, ha ido construyendo un "Mester" de poesía culta—antagónico del popular—, o mejor dicho un México literario, escindido del real, con características propias y constantes a través de todas sus etapas (neoclásica, romántica, modernista y actual). Sólo algunos poetas parecen buscar, de cuando en cuando, un nexo entre los dos Méxicos paralelos e incomunicados: tal López Velarde; tal, entre los nuevos, aunque débilmente, Carlos Pellicer. Pudiera preguntarse alguno, al observar el fenómeno, si el poder absorbente de México es tan grande que pone a sus poetas a la defensiva. El hecho es que, donde las condiciones más propicias parecen preparar una gran poesía vital—tan vital como la preclásica española o algo así, imagino yo—surge más bien una poesía de tono menor, íntima, bañada de melancolía; una poesía generalmente introvertida, con preferencia por los temas de vacío y ausencia y atraída sobre todo por la muerte. Pero la solución yo la encuentro en la contradicción. Lo uno y lo otro es México, país de antítesis, cultura todavía constituyente. Nada divide, sino suma, que el popular país de "las mañanitas" posea como flor de su canto culto una poesía crepuscular.

La nueva poesía mexicana podemos inscribirla, para sintetizar, en sus dos principales movimientos: el de "Contemporáneos" y luego el de la revista *El Hijo Pródigo,* que resulta su continuación. En el primero aparecen, entre otros, Jaime Torres Bodet, Carlos Pelli-

cer, Salvador Novo y Bernardo Ortiz de Montellano. En el segundo, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, José Gorostiza y Alí Chumacero. Pero entre todos estos poetas pares he escogido para esta selección a Octavio Paz—uno de sus valores más jóvenes—, porque además de registrar los rasgos comunes a todos sus compañeros y antecesores intenta, contra corriente, infundirle a su poesía algo del negado calor vital y porque intenta una integración de lo mexicano a su poesía, que puede compararse lejanamente con lo logrado en pintura por Rufino Tamayo, aunque sus contactos con México (como si fuera un visitante nocturno y clandestino a la "suave patria" de López Velarde) los realiza en una actitud soñolienta, surrealista y próxima, siempre, a la fuga.

Cae la noche sobre Teotihuacán.
En lo alto de la pirámide los muchachos fuman marihuana,
suenan guitarras roncas.
¿Qué yerba, qué agua de vida ha de darnos vida,
dónde desenterrar la palabra,
la proporción que rige al himno y al discurso,
al baile; a la ciudad y a la balanza?
El canto mexicano estalla en un carajo,
estrella de colores que se apaga,
piedra que nos cierra las puertas del contacto.
Sabe la tierra a tierra envejecida.

En esta estrofa del *Himno entre ruinas*, Octavio Paz plantea en interrogación todo el drama de la poesía mexicana. ¿"Dónde desenterrar la palabra, la proporción que rige al himno?" ¿Cómo extraer de las entrañas del pueblo y de la tierra mexicanas, una lengua poética que, sin perder su autenticidad, tenga resonancia universal? Detengámonos un momento en este canto y prosigamos la comparación comenzada con el pintor Tamayo. Tamayo es una respuesta a la interrogación de Paz: utilizando todos los nuevos recursos plásticos universales (la Escuela de París, Picasso, Klee, Miró, etc.), Tamayo logra apartar esa "piedra que cierra las puertas del contacto" y fundir en una síntesis pictórica lo *nuevo* con lo *permanente*, lo *original* con lo *originario*, lo *puro* y lo *popular*. Pero precisamente en este poder de Tamayo, y en este no poder que dramáticamente expresa Octavio Paz en su interrogación, encuentro yo la calidad representativa del joven poeta mexicano. Porque parece un sino propio de esta zona cultural el conquistar plenamente la expresión de sus esencias sólo a través de la plástica, mientras que la palabra—como en el mito de Quetzalcoatl—viniendo del mar, viniendo del Atlántico, sufre como una reacción ante el vértigo formidable de esta tierra, y oscila angustiosamente

entre expresar su ardiente misterio y quedar hundida en el folklore, o huir de él—por el mismo mar—para ser universal; pero con la melancolía del desterrado.

Octavio Paz, sin embargo, busca *desenterrar* su palabra, tocar con ella la tierra. Pero escoge el camino surrealista más espeso, y por cuanto recurre a ese *interiorismo* onírico y subrreal, su contacto—cuando busca a México—, lo hace con las capas más hondas y oscuras, con el sub-méxico de la arqueología. Sus más interesantes imágenes y paisajes parecen extraídos de misteriosas excavaciones:

Amé la gloria de boca lívida y ojos de diamante,
Amé el amor, amé sus labios y su calavera...

canta en *Soliloquio de medianoche* construyendo esa estatua azteca e imperecedera de la Gloria. Igualmente nos ofrece en su poema *Relámpago en reposo*—maravilloso nombre para una diosa tendida—bellos elementos poéticos extraídos de la arqueología:

Luego te tiendes
delgada estría de lava en la roca,
rayo dormido.
Mientras duermes te acaricio y te pulo,
hacha esbelta,
flecha con que incendio la noche...

Pero pocas poesías pueden preciarse de haber logrado una más hermosa fusión de la plástica indígena precolombina con el mundo onírico del surrealismo que *Visitas*, que copio íntegra:

A través de la noche urbana de piedra y sequía
entra el campo a mi cuarto.
Alarga brazos verdes con pulseras de pájaros,
con pulseras de hojas.
Lleva un río de la mano.
El cielo del campo también entra,
con su cesta de joyas acabadas de cortar.
Y el mar se sienta junto a mí,
extendiendo su cola blanquísima en el suelo.
Del silencio brota un árbol de música.
Del árbol cuelgan todas las palabras hermosas,
que brillan, maduran, caen.
En mi frente, cueva que habita un relámpago...
Pero todo se ha poblado de alas.
Dime, ¿es de veras el campo que viene de tan lejos
o eres tú, son los sueños que sueñas a mi lado?

En su sondeo de las profundidades mitológicas de México, la poesía de Octavio Paz llega hasta el límite de equivocar su Dios, confundiéndolo en su sueño con el terrible dios azteca de "infinitos labios secos", que tiene sed de sangre

el dios de sangre..., el dios que me devora.

Pero, como antes he dicho, Paz sólo es un visitante nocturno y clandestino de su México perdido. La noche y el sueño, en definitiva, le impiden conocerlo y dominarlo:

la noche con olas azules va borrando estas palabras
escritas con mano ligera en la palma del sueño.

Después de recorrer sus mitos muertos—los mitos de México que ya también duermen—el poeta se deja llevar de la mano de Paul Eluard y aun del marqués de Sade, Virgilios en catalepsia, hacia una soledad infernal, hacia otros mitos de desesperante opacidad, como si fuera el viaje de un fúnebre egipcio por las interminables tinieblas del país de los muertos. Su misma vitalidad se consume, pálida, inyectada de morfina:

Intenté salir a la noche
y al alba comulgar con los que sufren,
mas como el rayo al caminante solitario
sobrecogió a mi espíritu una lívida certidumbre:
había muerto el sol y una eterna noche amanecía,
más negra y más oscura que la otra,
y el mundo, los árboles, los hombres, todo, yo mismo,
sólo éramos los fantasmas de mi sueño,
un sueño eterno, ya sin día ni despertar posible,
un sueño al que ya no mojaría la callada espuma del alba,
un sueño para el que nunca sonarían las trompetas del Juicio Final.
Porque nada, ni siquiera la muerte, acabará con este sueño.

Pero, como dijo el raro portugués Pessoa: "fingir es conocerse", y apenas el sueño suspende su ficción, vuelve el poeta a establecerse en su drama, vuelve el "canto mexicano a estallar en un carajo", y la angustia del "expresivo" arremete, busca, pronuncia, como en su formidable pequeño poema *Las Palabras:*

Dales la vuelta,
cógelas del rabo (chillen, putas),
azótalas,
dales azúcar en la boca a las rejegas,
ínflalas, globos, pínchalas,
sórbeles sangre y tuétanos,
sécalas,
cápalas,
písalas, gallo galante,
tuérceles el gaznate, cocinero,
desplúmalas,
destrípalas, toro,
buey, arrástralas,
hazlas, poeta,
haz que se traguen todas sus palabras.

Porque éste es el misterioso aporte de Octavio Paz. Expresar en sí mismo la angustia de la *palabra* mexicana nueva: la palabra

que se separó de sí misma—que puso en lucha lo original contra lo originario—y cuya dolorosa escisión va derramando melancolía entre los dos tiempos, entre los dos mares, entre la realidad y el mito, oh Quetzalcoatl:

Oh estrella desollada,
pausa de sangre entre este tiempo y otro sin medida...

5.º JOAQUÍN PASOS

El aporte de la poesía centroamericana puede definirse como un intento de integración de las dos grandes corrientes poéticas americanas: la Atlántica y la Pacífica. Su inquietud por captar toda la vibración poética del mundo no se produce, como en México, en un antagonismo con lo vernáculo y lo popular, ni el uso del rigor o el afán de originalidad se hace a expensas de lo vital; antes, por el contrario, se justifican y compensan por una voluntad asimiladora—de honda sustancia americana—que persigue un nuevo universalismo y un nuevo humanismo que broten espontáneamente de sus raíces. Este tipo de poesía, que podemos llamar *neomediterránea,* se produce hasta que Rubén rompe el enquistamiento provinciano de Centroamérica. "Rubén Darío fué la salida al mar —dice el poeta Ernesto Cardenal—, fué el acontecimiento más grande" para nuestras patrias. "Desaguadero de todas nuestras reducidas navegaciones, dió él solo más rutas marinas para América que el Canal de Panamá." El provincialismo, como agua estancada, sintió en un comienzo el vértigo de aquellas mil rutas mundiales desangradoras. Pero la fuerza mediterránea de esas corrientes centrífugas produjo tan rápidamente el desequilibrio—pasando del localismo más cerrado a los exotismos más cursis—, que la "poesía nueva" ya surgió en Centroamérica manifestando, como una de sus principales tendencias, la reacción antirrubeniana de *vuelta a la tierra.* Vuelta que, sin embargo, no renunciaba al viaje. Retorno que pretendía restablecer un equilibrio y que, por tanto, se producía como un intento de síntesis desde el comienzo. En todos los principales poetas centroamericanos contemporáneos se advierte—en mayor o menor medida—esa actitud equilibrada y mediterránea de integración. Lo vemos en Miguel Angel Asturias, combinando sus más antiguas tradiciones mayas con las más novedosas invenciones y formas poéticas universales en un español tonificado y avasallante. Lo vemos en Salomón de la Selva afirmando siempre su americanidad y aun su raigambre clásica en

sus más aventuradas innovaciones. En el ecuménico Alfonso Cortés, en José Coronel Urtecho y aun en los más jóvenes valores, como Carlos Martínez Rivas, en quienes siempre subsiste la afirmación humanista e integradora por sobre cualquier tentación de originalidad artificiosa o de pirueterías *dernier cri.*

Es un hecho, sin embargo, que de toda Centroamérica ha sido Nicaragua la que con más clara conciencia y unanimidad ha expresado en sus poetas este nuevo mensaje mediterráneo del istmo. Y en Nicaragua el que más admirable y fielmente reúne y expresa sus características es Joaquín Pasos, nacido en 1915 y muerto recientemente, no sin dejar una obra poética donde queda marcado el proceso de esta corriente poética, que es como el pulso de todo el sueño de América, la inquietante resonancia de la poesía del continente golpeando en este lugar vibrante y céntrico que Neruda llama "la garganta pastoril de América". La poesía de Joaquín Pasos—a quien no parece que le sea ajena ninguna conquista ni ningún aporte de su tiempo—tiene la virtud primaria de la "atención": recoge de la poesía francesa, alemana, inglesa y norteamericana, sin perder nunca contacto con las experiencias de la poesía en castellano, todos aquellos elementos y recursos que pueden servirle para su propia expresión y para darle a ésta su exacta temporalidad. Mas aún, en muchos de sus poemas experimenta nuevas formas y estructuras poéticas que simultáneamente se ensayan en otras lenguas o países, porque su captación del tiempo y de sus exigencias expresivas no la efectúa solamente por atención a influencias o lecturas, sino por adivinación. Hay en su poesía esa calidad de *puerto,* que asimila lo nuevo y lo hace *oportuno,* que sale al mundo y *trae*—actualizando la *tradición,* enriqueciéndola—, en incesante variedad de temas y actitudes emocionales.

Sus primeros poemas son viajeros, con admirable conocimiento poético de lugares, paisajes, ambientes y aspectos líricos del mundo sin haber salido nunca de Nicaragua. Su oído mediterráneo necesita oír primero el gran ruido misterioso del mundo. "Las locomotoras que van hacia Asia." El humo pesado de los barcos, cruzando los litorales helados de Noruega. O pasar expectante por "el pueblo de Mauer, cerca de Heidelberg". O descansar y bailar junto a los ventanales del imaginario y lejano Tremol-Hotel... Son lugares para que el poema reciba la alegría y novedad del Universo. O mejor dicho, "poemas-lugares", recreaciones de un mundo cuyo pulso misterioso siente latir bajo sus dedos:

Allá en las aldeas lejanas escupidas detrás de las montañas azules
o en las grandes ciudades insospechadas, puestas a secar al sol,

donde otros hombres convivirían con nosotros y conoceríamos sus almas de otros moldes
y ciertos golpes minúsculos detrás de sus pupilas.
("Cook")

Cualquiera diría que quien así canta es un alma cosmopolita y centrífuga. Y así es, pero su imaginación viajera es un recoger de libertad y de amplitud para luego volver y sumergirse en la tierra sin peligro de regionalismos o provincialismos que lo encierren en su caverna. ¿Podrá pedirse una comunión más íntima, colorida y vital con su naturaleza, que la *Elegía de la pájara?* Leedla:

¡Oh loca y dulce pájara comedora de frutas,
devuélveme el vino verde de tu plumaje esquivo,
derrámalo en el aire emborrachado a gritos,
agítalo en mi alma con tu pico desnudo!
Que la diosa que surte los campos de aves nuevas
vierta sobre mi sangre este licor agreste,
que tu color circule a través de mi cuerpo,
nido de locos pájaros, ¡ay!, pájaros muertos.
Pero la dulce luna, la que escucha los cantos
silenciosos de las aves sin lengua,
vea en mi corazón como en un pozo límpido
el cadáver de tu alma flotando como un pétalo.
Con tu mirada ciega y honda como un clavo
estás fijando el vértice de este momento triste,
mientras suena en el aire rumor de plumas secas
y las alas quebradas se desgajan con sueño.
Sube, pájara, sube a la postrera rama,
la que despide al mundo, el puerto de los cielos;
lanza tu carne, dulce, perfumada de frutas.
Hacia ti estas dos manos, estas manos que esperan
el manojo de sangre de selva de tu cuerpo
para mostrarlo al mundo como una joya fúlgida,
como lo mejor, lo mejor de la cosecha.
Sobre este llanto mío que se apague tu vuelo,
que se ahogue en sollozos el clarín de tu grito,
y que tu cuerpo, tibio, descanse para siempre
en mi dolor, que tiene la forma de tu nido.

Esta seguridad con que Joaquín Pasos trae y lleva la novedad a la tradición alcanza su máxima perfección en su breve poemario que tituló *Misterio indio.* Asimilando los recursos más eficaces de la poesía universal escribe sus indios, los *hace* con todos los elementos de su misterio y se permite aún más: recrear el mundo nuestro desde la interioridad de sus silencios y soledades aborígenes, construyendo no sólo el paisaje interno de esos indios, sino viendo el paisaje externo con los ojos de ellos. Se hace indio sin perder su lengua, como pudo hacerse cosmopolita sin perder su indio.

Así surgen las admirables estructuras psicológicas de sus "indios ciegos, abriendo, con sus manos torpes, caminos en el aire

para sus ojos o de los "indios viejos", ante quienes "el aire detiene su marcha":

El viento pasa, contemplándolos,
los toca con cuidado
para no desbaratarles sus corazones de ceniza.

O la *India caída en el mercado*, con un "ataque malo" y la atención morbosa de los lustradores, pero

Al lavarle el estómago los médicos
lo encontraron vacío, lleno de hambre,
de hambre y de misterio.

O el *Indio echado*, que deja a sus hijos de herencia su "más cariñoso bostezo". O

Nuestro viento furioso grita a través de palmas gigantes,
sordos bramidos bajan del cielo incendiados con lenguas de leopardos

y en la gran tormenta del trópico:

Las indias jóvenes salen al patio, rompen sus camisas.
Ofrecen al viento sus senos desnudos, que él se encarga de afilar como volcanes.

Así se puebla este lugar de América de unas criaturas poéticas, de una humanidad misteriosa y antigua pero viviente, que, sin elementos arqueológicos, ni tipismo ni pintoresquismo, se integra al tiempo con un mensaje extraño, más que de esperanza, de simple espera creadora, lenta y silenciosa como la Naturaleza y sus siglos.

Pero es precisamente en esta fusión de los dos sentidos del "tiempo"—el tiempo "nuevo" y universal con el tiempo lento, germinal y cargado de misterio del mundo americano—como se manifiesta en su más dramática expresión el aporte mediterráneo de Centroamérica. Es la resonancia del tiempo moderno (sus invenciones, sus destrucciones, sus angustias, sus fes) en ese otro tiempo distinto, primitivo, lunar, de América, pero misteriosamente adherido por la cultura occidental al ritmo del mundo. En su poema *Describamos un árbol*, Joaquín lo anota:

Tu crecimiento es más rápido que el vuelo de un avión,
pero no se nota, porque nuestro tiempo es muy corto:
un niño se sentó una tarde en tu rama
y un venerable anciano apareció muerto en tu copa
cien años después,
porque tu sangre ascensora puja como un elefante aéreo,
tu fuerza vieja de pólvora vegetal estalla
como un cohete de feria que deja prendidos en el espacio
tus frutos rojos.

Que la estatua de la libertad crezca para creer en la democracia,
porque tus raíces entran en el propio corazón de mi país;
tus ramas son piernas de indias jóvenes;
tu sexo es de sol,
y en el secreto de la noche se alza tu bello edificio;
tu barba cobija besos encendidos y pájaros apagados
en la sombra, que se tienden a tu pie como un perro oscuro,
mientras lloran tus hojas quebrando el vidrio de la luna
y todo tu amoroso ser espera el nuevo día.

Cuando la primera guerra mundial, fué Salomón de la Selva —un nicaragüense—quien refirió el eco americano de esa conmoción en su libro de poemas *El Soldado Desconocido.* Cuando la segunda guerra mundial, fué Joaquín Pasos el que produjo el gran canto de otro eco: el desgarramiento del vibrante corazón de América por la brutal matanza del mundo. Acústica trágica de este nuevo mediterráneo que siente la unidad del mundo y sorprende los efectos y las misteriosas comunicaciones del dolor y la muerte. De un océano a otro, de un tiempo a otro, la sangre, o el grito, o la muerte, producen ondas que repercuten sobre otros seres y cosas, y lo que allá es guerra aquí pueden ser pájaros y flores secas, naturaleza muerta:

Los frutos no maduran en este aire dormido,
sino lentamente, de tal suerte que parecen marchitos
y hasta los insectos se equivocan en esta primavera sonámbula, sin sentido.
La Naturaleza tiene ausente a su marido.
No tienen ni fuerza suficiente para morir las semillas del cultivo
y su muerte se oye como el hilito de sangre que sale de la boca del hombre
[herido.

De este grande y largo poema, *Canto de guerra de las cosas,* ha dicho el crítico italiano Orestes Macrí: "En este *Canto de guerra,* de Pasos, es tal la fuerza de la naturaleza tropical, intuída desde el punto de vista de los muertos, y que se devora en una confusión de los sentidos y de la "vida-muerte", que la *Tierra baldía,* de Eliot, parece ante ella como una pálida variación libresca."

...Así Joaquín Pasos repitió, con una nueva lengua, la misión mediterránea de la poesía del Istmo, tal como Rubén lo profetizara al inaugurar sus rutas universales:

La tierra está preñada de dolor tan profundo
que el soñador, imperial meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo...

Pablo Antonio Cuadra.
Codirector de *La Prensa.*
MANAGUA (Nicaragua).

EL REY, EL PRINCIPE Y LA FLAUTA

POR

MARC LEGASSA

Había un rey, hace mucho, mucho tiempo. Ese rey vivía en una isla. Pasaba el tiempo en la ventana de su castillo. El castillo era de piedra rosa. Muy bonito, pero demasiado grande para él. Así pensaba cuando miraba al mar inmenso. Pasaban los pájaros delante de los altos muros del castillo cantando. Y el rey les quería mucho. Las olas del mar le saludaban con reverencias de espuma blanca. Las olas eran verdes, pero saludaban en blanco. El rey les respondía quitándose la corona y sonriendo con sus dientes blancos. La corona era de oro con perlas muy bonitas, blancas como las reverencias de las olas y los dientes del rey. Así era. No había reina. O, mejor dicho, sí; pero era reina madre solamente. No reina reinante, sino madre. Nada más. Era mala como una cabra. Fea como un langostino. Pequeña, roja, torcida, con corsé. Eso sí, siempre con corsé, como un langostino. No quería nada a su hijo. Le odiaba porque era rey, rey reinante y mandaba. Hacía todo lo posible para darle disgustos. Inventaba chismes, discutía con los criados, los ministros, las cocineras y los soldados. Protestaba de todo, y por cualquier razón armaba la de San Quintín. El rey suspiraba. Y rezaba a Santa María para que diese buenos consejos a la reina madre. Pero nada. Seguía tan mala, que el rey no podía casarse. No quería. ¡Qué vida hubiera sido la de su esposa con tal suegra...! Y el rey miraba, miraba... por la ventana, y saludaba sonriendo a las olas del mar. Pero dentro de sí tenía pena. Como rey hubiera sido feliz. Como hijo era desgraciado. Así, bien lo comprenderéis, era un hombre triste bajo su corona de oro. Su hermano, el príncipe, se llamaba Alvaro. Era músico y tocaba la flauta. Vivía arriba, en una sala pequeña sobre la gran terraza del castillo, gozando de una vista ideal. A lo lejos se adivinaban las tierras del continente, allí donde vivían tantos flautistas y tamborileros. Allí donde se dan premios en los concursos. Allí; ese allí, siempre más sugestivo que el aquí. El príncipe no era vago. No. Pero no hacía nada de lo que la gente llama trabajar. Por ejemplo, no ganaba dinero. No mataba. No gritaba órdenes. No pegaba. Tampoco

obedecía. Se reía. Dormía, y el resto del día tocaba la flauta en la terraza más alta del castillo. Un día, el rey vió al pie del castillo un barco. Los marineros estaban izando las velas. Corrían. Tiraban cuerdas para recoger el viento en los trapos blancos. El viento se reía. Jugaba con el pelo de los hombres. Transformándole en pequeñas llamas encima de las cabezas: el fuego de la aventura. Ese fuego y ese viento entraron en el corazón del rey por la ventana del castillo. El rey decidió marcharse. Subió a la terraza, y dijo a su hermano:

—Me voy de viaje, Alvaro, y te dejo la corona. No sé cuándo volveré. Deja la flauta y sé un buen regente para mis queridos isleños.

—Bueno, bueno—dijo Alvaro—, márchate tranquilo. Necesitas cambiar de aires. Yo guardaré la corona. Pero por eso no renuncio a la flauta. Reinaré y tocaré a la vez. Las dos cosas no son incompatibles.

El rey armó una carabela, le puso veintiséis velas. Por si se rompían, también llevó dos juegos completos de repuesto: cincuenta y dos velas bien plegadas en la cala. El príncipe Alvaro le acompañó al puerto. Le abrazó. El rey subió al barco, y levantó la mano en señal de despedida. Y se fué con el viento. Cuando la reina madre se enteró de la ida del rey, se puso como una hiena. Corrió a la terraza. Pero Alvaro miraba al mar y tocaba su flauta. El barco del rey corría sobre las olas. La reina madre se cansó y se fué a la cocina a comer patas de cerdo. Después de ocho días de viento, el barco del rey entró en el puerto. No había nadie en los muelles. El rey bajó a tierra y se fué a una gran casa de piedra gris. Se oía una música de violín y guitarra. Dulce, incesante. El rey avanzaba a través de inmensas salas desiertas. Y siempre una música celestial sonaba en sus oídos. Bajó a un patio y encontró tres chicas. Bailaban en silencio, sonriéndose. El rey se sentó en un banco y se quedó maravillado mirando y oyendo. Nadie sabía que era rey. Nadie le hacía caso. Era doblemente feliz. Sentado al sol en su rincón del patio, tres bailarinas delante de sus ojos y sonidos de guitarra y violín en los oídos. "Igual no hay rey en este país", pensó el rey. Y una gran alegría llenó su corazón. "Por eso bailan. Por eso no hay nadie en el puerto, por eso no piden nada." Ese día decidió el rey abdicar a su regreso. Un viejo pescador entró. Llevaba remos y red. Las chicas le vinieron a saludar y tomaron una cesta llena de pescados. La última preguntó:

—¿Hay que poner un plato para él?—y señaló al rey en su rincón.

—Claro que sí—contestó el pescador—. Tiene hambre y sed de algo. Acaso es un idiota. Pero no importa. Así que, si quieres, puedes comer con nosotros.

—Gracias—dijo el rey—. Tengo mi barco en el puerto.

—Se lo llevó el viento—contestó el pescador.

—No me importa—replicó el rey—. Entoncés comeré con vosotros.

En la isla, el príncipe Alvaro llamó a los ministros. Les dijo:

—Estáis despachados. Podéis iros. Sois la más completa banda de bribones que he visto. ¡Fuera!

Los ministros se marcharon. Después, Alvaro mandó llamar al portero:

—Puedes dejar el castillo. Es demasiado grande.

—¿Y la reina madre?—dijo el portero.

—Dale un cuarto en la portería, y de comer dos veces al día. Para el resto, ponte algodón en los oídos y no escuches a la reina madre. Es una pesada.

Todo se cumplió como lo había ordenado el príncipe. Al día siguiente, Alvaro mandó a la Policía en busca del jefe de la oposición. Este se contempló en el espejo. Era un momento histórico. La Policía real venía a encarcelar al jefe de la oposición. "Soy un idealista que va a sufrir por sus ideas." Hizo algunos gestos y se entusiasmó consigo mismo. Se fué con la Policía. En el jardín del castillo real, el príncipe Alvaro le dijo:

—Te nombro primer ministro. Toma. Aquí están las llaves del Tesoro, el bastón de mando, la espada de condestable y el antifaz de diplomático. ¡Adiós, señor primer ministro!

Y se marchó el príncipe con su flauta en la mano. La Policía se cuadró y saludó al nuevo jefe de Gobierno. Al día siguiente, el primer ministro, creyéndose aún jefe de la oposición, empezó a criticar los actos del Gobierno. Pronto se dió cuenta de que se criticaba a sí mismo. Se mordió la lengua. Mandó a la Policía encarcelar al jefe del antiguo Gobierno:

—Como ex primer ministro, eres jefe de la oposición. Conozco la mala fe con la cual se sigue al Gobierno en todos sus pasos. No quiero eso. ¡A la cárcel!

—¡Soy un mártir!—suspiró el ex primer ministro.

—¡Eso, no!—gritó, apurado, el jefe de Gobierno—. ¡Eso, no! No quiero que seas un mártir. Yo lo hubiera sido con gusto. ¡Eso,

sí! Pero tú, no. Ese papel me pertenece por derecho de antigüedad. Era el sueño de mi vida. Pero tú eras un primer ministro muy malo: no encarcelaste a nadie. Ahora que has perdido tu puesto quieres ocupar el de mártir. ¡Abusón! ¡No y no! Te nombro almirante. Vete al sastre y que te haga el uniforme.

La Policía llevó al primer ministro al sastre, y se cuadró antes de dejarle allí vistiéndose de almirante. En las islas había dos clases de ciudadanos: los ricos y los pobres. Los ricos eran los que tenían riquezas; los pobres, los que vivían en la pobreza. Había ricos que caían en la pobreza y pobres que llegaban a tener riquezas. Entonces cambiaban de nombre. Los antiguos ricos, nuevos pobres; los antiguos pobres, nuevos ricos. Los ricos no querían al nuevo jefe de Gobierno; les parecía un pobre que había llegado a ser rico sin haber ganado riquezas. Algo inmoral e injusto. Pero los ricos se daban cuenta de que no era culpa del jefe de Gobierno. Era el príncipe Alvaro el culpable.

—Quizá, además de flautista, sea poeta—dijo uno.

—Entonces hay que matarle. Y cuanto más pronto, mejor—dijo su mujer, que era la mujer más bonita y mejor vestida de toda la isla.

Era tan guapa, que su marido había asegurado su belleza. Así, cuando engordaba le daban una indemnización proporcional a la grasa adquirida. Y a cada arruga, mil pesetas. Cada pelo blanco, dos duros. Era una mina de mujer guapa. Como siempre, cuando se mete una mujer bonita en un asunto estúpido, éste tomó un aire gracioso, y, por tanto, interesante. Los hijos de ricos pusieron de moda el intento de matar al príncipe. Una sonrisa de la rica guapa era el premio de la aventura. Dos labios, entreabiertos por una herida mortal, les parecía un negocio. Pero el príncipe tenía suerte. Todos los intentos fracasaron. Todos. Una vez, a la salida de la catedral, cuando bajaba las gradas, el puñal resbaló sobre la flauta. Otra vez, una caída al suelo, provocada por un abuso de vino tinto, le salvó de una pedrada. Otra vez, la intervención oportuna de su amigo Pirueta. Otras veces, el temporal, la muchedumbre, la velocidad de su caballo o su estrella. Y la flauta. Cuando Alvaro tocaba, nadie se atrevía a matarle. Hubiera sido un crimen demasiado horrible. Entre interrumpir el curso de una vida e interrumpir un recital de flauta, había un abismo. Y jamás fué franqueado. Los padres de los asesinos informaron a la reina madre del proyecto. Le dijeron:

—Si muere el príncipe bajo el odio de nuestros hijos, pondremos a Su Majestad de reina reinante.

—Entonces, cortaré el cuello a vuestros hijos—dijo la reina madre, y con su cuchilló cortó un gran pedazo de salchichón—. Sus hijos son suyos; mi hijo es mío. Mátenmelo y mataré a quien lo mató—y ofreció a los padres el resto del salchichón.

Sin embargo, era mala esa reina madre. Lo demostró a lo largo de su vida. Su marido, por ejemplo, se murió de asco. Pero nadie es totalmente malo ni absolutamente bueno. Sólo mediocridad. Entonces falló a su Destino la reina madre. Porque era demasiado madre para ser reina. Y el Destino cambió sus caballos. Un buen día la carabela del rey apareció en el puerto. Los marineros contaron cómo se había quedado el rey en una isla, cómo el viento les había llevado y cómo regresaron con pena y sin rey. Entonces los ricos, padres e hijos, abandonaron su proyecto de matar al príncipe. ¿Quién hubiera llevado la corona si el rey nunca volvía? Necesitaban de un soberano arriba, como se necesita de un paraguas en los días de lluvia. Volvieron a sus riquezas. Sus hijos cambiaron de moda, y la rica guapa se enamoró del príncipe. Alvaro le regaló las cincuenta y dos velas de cambio de la carabela real para hacerse camisones. Y en la noche de la isla lejana, el rey escuchaba la música subir hasta el cielo. Lo llenaba de misterio, de paz y de poesía. Eran tres los músicos invisibles, casados con tres hermanas. Se les murieron las tres mujeres dando a luz a tres hijas. Y los tres viudos se consolaban haciendo música. Dos el violín y el otro la guitarra. En el patio bailaban las tres pequeñas huérfanas. El viejo pescador traía del mar la comida de sus nietas y de sus yernos. Había perdido a sus hijas. Pero no lloraba. Era bastante viejo para saber que es más importante comer que llorar. Y que aunque se pueda llorar de hambre, nunca se ha tenido hambre de llorar. Así decía al rey. Este inclinaba la cabeza para dar su aprobación. El viejo pescador proseguía con sus discursos. Se creía muy sabio porque tenía el pelo blanco y dolor en los riñones. Pero sus palabras no hacían más que matar al misterio, la paz y la poesía de la noche. Y aburrir al rey. En fin, se durmió el viejo pescador. Discretamente. Sin roncar. Entonces, el rey soñaba a su padre en el lecho de muerte, diciendo a Alvaro y a él: "Os dejo dos cosas. Que cada uno elija lo suyo. Mi corona o mi flauta. Uno reinará; el otro tocará la flauta. El tiempo dirá quién hizo la mejor elección. Nunca he tenido cetro. Ni falta que me hizo. Me bastaba la flauta. Si ponéis la flauta al lado de la corona, tenéis el número diez. No olvidar nunca que el uno sin el cero es siempre una unidad, y el cero solo, nada. ¡Nada!" Murió el padre: el rey eligió la

corona; Alvaro, la flauta. En el patio de la gran casa de piedra gris, el rey, poquito a poco, se cansó del viejo, del pescador y de sí mismo.

Quería disolverse en una melodía, y subir, subir hasta las estrellas de la noche, o hasta la luna por lo menos. No podía. Era rey, que no flautista. Iba al puerto en el silencio de medianoche, se sentaba en el muelle. Las olas echaban su mensaje sobre las piedras salpicadas. Siempre lo mismo. No se podía salir del Destino, escaparse por encima de los muros de la oscuridad. La noche encarcelaba al rey en la tierra. Las tinieblas le decían frases hostiles, impenetrables como la eternidad. Entonces volvía al patio, escuchaba la música, y el deseo de horizonte se hacía más vivo todavía en el corazón del rey. En la isla, Alvaro destituyó al jefe de Gobierno. Este, por falta de imaginación, quería hacer de todos los pobres unos ricos. Entonces intervino Alvaro flauta en mano:

—¡Bárbaro!—dijo al primer ministro—. Querías hacer ricos a todos los pobres. Pero el rico lo es comparativamente con el pobre. Sin pobres no hay ricos. ¡Tonto! Ser rico es una ilusión nacida de la histeria del oro. De donde viene su nombre histérico, que por pereza de pronunciación ha quedado en rico. ¡Qué animales sois los políticos! ¡Vete! Te despacho y suprimo el Gobierno.

El príncipe mandó a la Policía a confiscar las llaves del Tesoro, el bastón de mando, la espada de condestable y el antifaz de diplomático. Dió el antifaz de diplomático a la rica guapa, porque las arrugas empezaban a desfigurarle.

—El gobierno de esta isla es cosa demasiado seria para gentes mayores—explicó el príncipe a Pirueta—. Acaso a los niños se lo podría dejar. Son más sensatos, al menos en sus proyectos de reforma. Hacen de un bastón un caballo, en tanto que la gente mayor se entretiene en hacer de un marqués una persona interesante. Nunca los niños hubieran pensado en cambiar pobres en ricos. El juego es para ellos la vida ideal. Y ¿a qué juegan? Siempre a pobres. El hijo del mercader juega a carpintero o a limpiabotas y nunca a presidente de cofradía. ¡Qué idiota ese primer ministro, ex jefe de la oposición.

Y le nombró molinero real, porque era realmente poco original. La isla se quedó sin gobierno; la oposición, sin vida; la renta, sin cambio. Y murió la reina madre.

—Señores, la reina madre ha muerto. Esta noche, a las dos menos cinco en punto. ¡Y en bata!—proclamó el portero del castillo real en las calles.

Andaba con una campana. Vociferaba, vestido de luto. Y tocaba en las bocacalles. Le hicieron a la reina madre un entierro magnífico. Ocho caballos para tirar de la carroza. Seis obispos para acompañarla. Cuatro generales para seguirla. Y los tres bufones de la corte real, para llorar. El príncipe, vestido de negro, iba en otra carroza con su flauta en la mano. Detrás, los antiguos jefes del Gobierno. Jefes de la oposición, ministros y politiqueros. Todos lloraban.

—¡Ay de los buenos tiempos!—decían—. ¡Pobre reina madre! ¡Y pobre Monarquía! ¡Pobre isla! ¡Adónde vamos! ¡Adónde!

El príncipe, que les oía desde la carroza, se asomó a la ventana, y dijo en voz alta:

—Al cementerio, señores; al cementerio—hizo un breve discurso junto a la tumba de su madre—: Era mi madre y era reina. Si hubiera sido sólo reina sin ser madre, lo hubiera pasado bien. Si hubiera sido madre solamente sin ser reina, también. En esos dos casos, vosotros hubierais tenido una buena reina y yo una buena madre. Así es que nada de lloros y lágrimas. Está mucho mejor la reina madre ahora que no es nada. Así anda la vida. La muerte lo arregla todo. Gracias por la compañía. Está terminado el entierro.

En la otra isla, poco tiempo después de la muerte de la reina madre, el viejo pescador se llevó al rey delante de un pozo:

—Este es el pozo de la verdad.

El rey inclinó la cabeza y miró al fondo:

—Hay una mancha blanca encima del agua.

—Sí—dijo el pescador—. Es la verdad, que se ha ahogado en su pozo.

El rey tuvo un sobresalto:

—¿La verdad se ha ahogado? Entonces no hay más verdad.

El viejo pescador miraba al blanco cadáver de la verdad flotando en su pozo:

—¡No, no hay más verdad! Aunque, claro, no se puede afirmar rotundamente. Si no hay verdad, no se puede decir que la verdad es que no hay verdad. Pero, en fin, es algo así.

—¿Y desde cuándo está ahogada la verdad?

El viejo pescador se acercó al rey, y le dijo casi al oído:

—Yo creo que desde el principio.

—¿Y se ha enterado mucha gente de la muerte de la verdad?—preguntó el rey.

—¡No, no! Casi nadie. De vivo, nadie. Todos los que se han dado cuenta de que la verdad no existía se han tirado al mar. Vivir

sin verdad les parecía imposible. Yo, a la verdad (difunta), encuentro que es mucho más cómodo. Sabiendo que no hay verdad, la vida toma un aire mucho más poético, ¿verdad? Perdón, ¡posibilidad!

El rey se sentó en el reborde del pozo:

—Pero si no hay verdad, el hombre es completamente libre. Nadie puede mandar a nadie, ni imponer su criterio, sus ideas, su fe o su gusto. Entonces todo es posible.

—Eso es—concluyó el viejo pescador.

En la isla, Alvaro decidió marcharse en busca de su hermano. Hizo preparar un barco. A los isleños les dejó su flauta como soberano.

—La reina madre se ha muerto, el rey está de viaje y ahora me voy. Pero quedaos tranquilos. Aquí tenéis la flauta. Si hacéis alguna ley o reglamento, tocad la flauta durante su lectura. Si una nota desafina, romped el papel inmediatamente. No estáis en tono. Y la única cosa importante en la vida es estar en el tono. ¿Entendido? La flauta, isleños, la flauta es la más armoniosa regla de vida. Entonces, a tocar; y... ¡adiós!

Levantó la mano derecha y se fué con el viento. Ocho días después, el barco pequeño entró en el puerto. Alvaro entró en una gran casa de piedra gris. Se oía una música de violín y de guitarra. El príncipe cortó una caña e hizo seis agujeros por delante y uno por detrás. Pasó al patio, donde bailaban las tres chicas. Y tocó con su nueva flauta. Entonces, los violinistas y el guitarrista interrumpieron su concierto. Las tres bailarinas cesaron sus danzas. El rey se levantó y se precipitó hacia su hermano:

—¡Alvaro, Alvaro, no hay verdad! Se ha ahogado en su pozo. ¡No hay verdad! ¡Estamos libres!

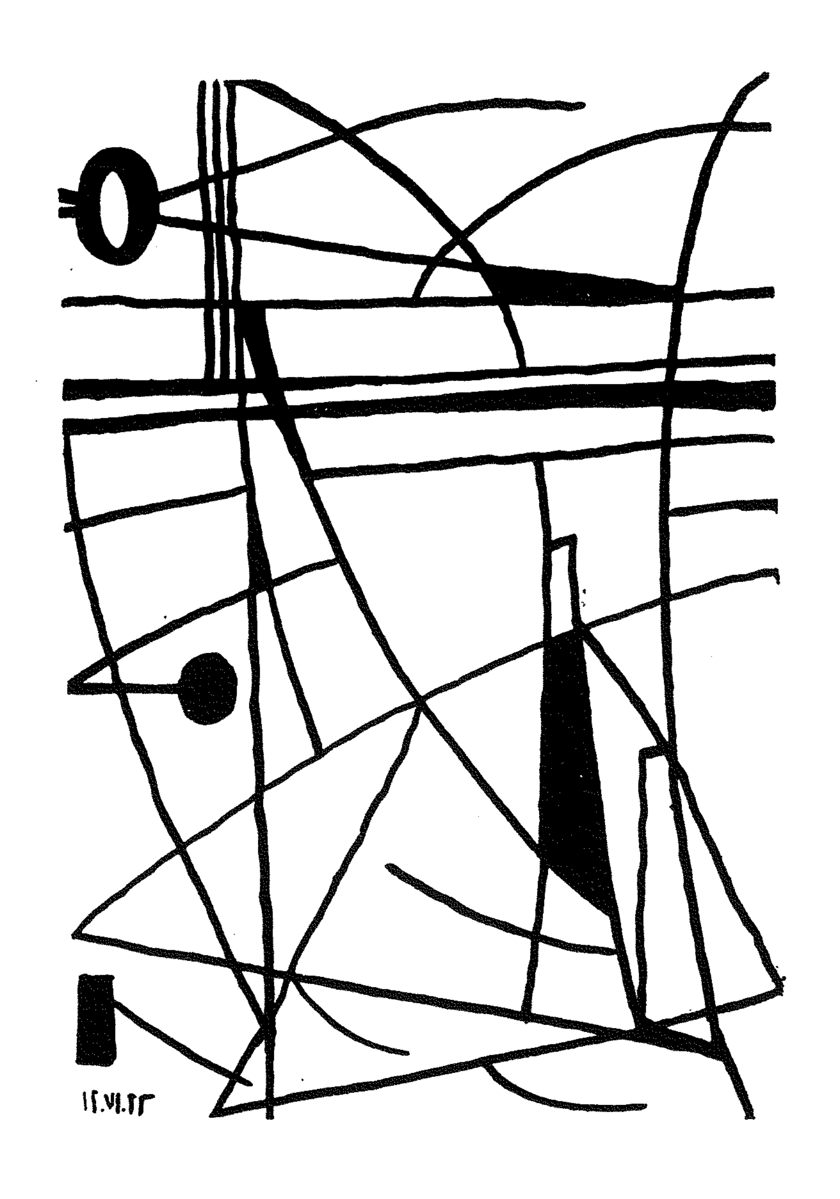
—Ya lo sabía—replicó el príncipe—. Y ahora ven conmigo. El mundo es inmenso, y esas islas, demasiado pequeñas para el descubrimiento de que no hay verdad.

El pescador, los tres viudos y las tres huérfanas acompañaron a los dos hermanos hasta el barco. Pero antes de soltar la cuerda del muelle dijeron a Alvaro:

—Déjanos tu flauta en pago de lo que ha comido tu hermano.

—Bueno, tomad—y el príncipe echó la flauta y soltó la cuerda.

Y se fueron los dos hermanos lejos, muy lejos, y nadie los volvió a ver.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: HACIA LAS GRANDES CONFERENCIAS

A partir del comienzo del mes de abril, la vida internacional no ha conocido punto de reposo. Así, dominando la iniciativa diplomática, la U. R. S. S. nos ha hecho asistir a unos auténticos fuegos artificiales políticos. Sugestiones, visitas, negociaciones y nuevos planes se suceden con ritmo alucinante.

Paso a paso, hemos visto convertirse en realidad el Tratado austríaco, tanto tiempo esperado. Malik, el representante ruso en las Naciones Unidas, nos brinda un Plan de desarme, cuyo verbalismo, admirablemente torneado, oculta la determinación soviética de sabotear cualquier control efectivo de las industrias atómicas. Kruschev y Bulganin se citan en Yugoslavia para confirmar no solamente el paralelismo de los comunistas de Belgrado con los de Moscú, sino también el crepúsculo del Pacto Balcánico, presagiado ya por la actitud de Tito frente al Premier turco, Adnan Menderes. La presencia de los soviets en la capital servia repercute en Italia, donde los comunistas, tras la elección de Gronchi como presidente de la República, se encuentran en trance de apropiarse los accesos al poder, con la ayuda de sus aliados los socialistas.

Todos estos hechos, así como los gestos tímidos de coexistencia pacífica que van desde los discursos de sobremesa a la mutua visita de las delegaciones económicas rusas y norteamericanas, preparan el terreno para la gran negociación que ha de iniciarse. Entrevistas de Jefes de Estado, discursos de ministros de Asuntos Exteriores, actividades de comisiones y organismos de las Naciones Unidas están llamados a llenar el calendario de este verano. Se aproximan las discusiones políticas sobre todos los aspectos de la guerra fría.

El alcance de estos acontecimientos es reconocido públicamente por la Unión Soviética y sus agentes. No hay duda de que la gran prensa rusa—la que leen los corresponsales extranjeros acreditados en Moscú—es bastante discreta. Pero en los diarios comunistas de otros países no existe la misma reserva. Sobre todo *l'Humanité,* órgano del partido comunista francés, expresa claramente su pensamiento. A la jornada siguiente del anuncio de la visita de Kruschev a Belgrado, el rotativo parisiense anunciaba jubilosamente al mundo que la política soviética se hallaba en trance de destruir el Bloque atlántico.

Frente a esta ofensiva diplomática, el Occidente no ha mostrado

una energía suficiente hasta la hora en que se escriben estas líneas. Con ello se ha creado la impresión de una deplorable ausencia de unidad. Es indudable que siempre es más difícil mantener en línea una coalición de naciones libres, que dar órdenes a un bloque monolítico. Y no es menos cierto que cuando se trata de cuestiones de vida o muerte, no es favorable mostrar una nerviosidad que ha de deprimir a los amigos y que no está justificada por los hechos.

Esta diferencia entre una campaña soviética conducida magistralmente y una defensa occidental sin estrategia bien resuelta se refleja, asimismo, en la persistente guerra de propaganda. Existe una indudable confusión entre los dirigentes occidentales. La prensa y la radio nada hacen por suprimirla. Antes al contrario, los órganos de la opinión pública aumentan todavía el embrollo. Como consecuencia de la falta de un pensamiento claro y rector y de la ignorancia de los hechos fundamentales de la situación política, la opinión occidental desbarra. Y este estado de cosas es más peligroso porque, mientras el bloque comunista se siente gobernado, las autoridades supremas de las naciones libres se transforman en el Instituto Gallup de su propia opinión pública, ocultándose tras de la reacción de las masas para escapar al deber que incumbe a quienes se hallan en el poder.

* * *

Toda elaboración de un plan político que haya de poner fin al caos en el que se debate el Occidente debe comenzar sobre todo por un estudio de las realidades fundamentales de la situación actual.

El primer hecho capital incontestable consiste en que una gran potencia mundial, Rusia, se aplica activamente hace cuarenta años a la conquista del mundo para establecer un régimen totalitario comunista dirigido por el Kremlin. Tal es la doctrina de todos los dirigentes soviéticos, trátese de Lenin, de Stalin, de Malenkov, de Kruschev... o de Mao-Tsé-Tung, Chu-En-Lai u Ho-Chi-Minh. El propio Bulganin ha expresado de forma clarísima este objetivo político al pronunciar, en 1945, ante la Academia Militar Soviética, las siguientes palabras: "La guerra y la política no son sino dos aspectos de una sola y misma estrategia."

Esta consigna del Soviet ha conducido esencialmente a las consecuencias directas del momento actual. En efecto, la actitud de la U. R. S. S. y de su aliado chino significa el establecimiento de una guerra permanente en el mundo. Si la gran mayoría no lleva a la

práctica este hecho es porque en nuestro pensamiento la noción de guerra se identifica con la de utilización de armas y de fuerzas militares. Esto es, algo muy limitado. Cierto que, en su sentido clásico, guerra significa una lucha de supremacías entre dos potencias o coaliciones que tratan de imponer sus programas por todos los medios disponibles conducentes a la derrota del grupo adversario. Pero la guerra puede hacerse perfectamente a través de medios diplomáticos, políticos o económicos.

En consecuencia, desde el instante en que una potencia se aplica a la revolución mundial, declara automáticamente la guerra a todos los Estados restantes. La política soviética subraya esta afirmación. Porque en sus relaciones internacionales, el Kremlin jamás se ha conducido a la larga como buen vecino, y si llegaba a un acuerdo, lo concluía con la intención de violarlo en el momento oportuno. Rusia ha dado pruebas de una tal falta de buena fe, léase de honestidad comunitaria, que su actitud es efectivamente incompatible con la misma noción de vida pacífica.

De cuanto precede hemos de aleccionarnos acerca de la situación presente. No tenemos derecho a confiar en las palabras de la U. R. S. S. Lenin mismo imponía a sus discípulos la obligación del engaño. Y si no obstante Moscú nos llega a la hora actual con seguridades pacíficas, sería locura peligrosa representar una vez más el papel de víctima propiciatoria. Este papel lo hemos representado excesivas veces, pagando altos precios en sangre y en lágrimas. Más de cien millones de europeos, reducidos a esclavitud, son el testimonio mudo de la poca confianza con que se han de acoger las promesas soviéticas.

El segundo hecho que determina la situación presente estriba en que las naciones pacíficas, frente a los planes de conquista universal, sólo pueden asegurar su supervivencia mediante un sistema de seguridad colectiva apoyada en una fuerza militar adecuada.

Esta verdad fundamental fué ignorada durante mucho tiempo por el Occidente, descubriéndola gradualmente a partir de 1947. Ante la agresión desencadenada en diversas regiones del mundo, los Estados Unidos, como primera potencia libre, se vieron obligados a adoptar medidas. Esta reacción, en principio, no significaba guerra sistemática, sino que se hacía un poco al azar. Iniciada por la "Truman Doctrine" frente a la acción soviética contra Grecia y Turquía, se desarrolló más tarde bajo la impresión del desastre chino.

El primero que expresó en términos sistemáticos la idea de seguridad colectiva fué el diplomático norteamericano George Ken-

nan. En sus artículos firmados *Mr. X.*—ya que entonces era todavía jefe de división del Departamento de Estado—, Kennan desarrolló su idea de una "policy of containment", o sea, una "política de contención". La tesis señaló un considerable progreso; sin embargo, estaba atacada de un mal común a aquella época. En lugar de pensar inicialmente en términos de seguridad militar, los dirigentes del Departamento de Estado consideraban como deber más urgente el establecimiento de la seguridad económica en virtud de una elevación del *standard* vital de las naciones libres.

Este concepto procedía de la noción de que podría combatirse la expansión del comunismo por medios económicos. El lema "Poverty breeds Communism"—"la pobreza alimenta al comunismo"—tenía entonces plena vigencia. Las naciones que especulaban con la ayuda norteamericana nada hicieron por desengañar a los hombres del Nuevo Mundo. En realidad, está comprobado que, en la gran mayoría de los casos, el declinamiento del sentimiento religioso abre el camino al totalitarismo mesiánico ateo. Por otra parte, la elevación del *standard* de vida no es sino la consecuencia de la seguridad política y del establecimiento de una paz duradera. Porque en el mundo actual, la política de la U. R. S. S. dificulta precisamente el progreso económico.

Pero las ideas del Departamento de Estado no se precisaron hasta que John Foster Dulles pasó a dirigir la política internacional norteamericana. Sin dejarse embarazar excesivamente por los problemas económicos, cuya solución desbordaría las fuerzas de los Estados Unidos, el dirigente norteamericano se concentró en el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva de base militar. Mucho se ha criticado a Dulles, y no diremos que sea perfecto. Su política tuvo momentos de brillantez y horas de debilidad y de insuficiencia. Pero no es menos cierto que, si hacemos un balance completo de los tres últimos años en que se ha mantenido en el poder, el resultado es ciertamente positivo.

En efecto, sin grandes proclamaciones, sin llamar indiscretamente la atención, Dulles ha logrado establecer un sistema mundial de seguridad colectiva. Sus escalones son el Pacto de Madrid, los Acuerdos de Londres y de París, el Tratado de Manila y, en fin, la Alianza turcoiraquiana. Este último acuerdo ha cerrado la cadena mundial de Pactos de Seguridad Colectiva que en lo sucesivo bordeará a la Unión Soviética y a la China Comunista con una línea ininterrumpida de naciones libres que se han prometido ayuda

efectiva en el caso de una agresión dirigida contra su independencia.

* * *

Ambos hechos—la voluntad de agresión de la U. R. S. S. y el establecimiento de un sistema mundial de seguridad colectiva por las naciones libres—dominan y explican la evolución presente.

Moscú y Peiping parecen haber comprendido que cualquier nueva expansión violenta conducirá a una guerra en la que la gran mayoría de las naciones del mundo se aliarían contra el agresor. Y si el Eje Comunista no creyera en la posibilidad de luchar contra Norteamérica sola, la perspectiva de participar en un conflicto simultáneo sobre toda la redondez de la tierra le aconseja prudencia. Porque, en el momento actual, el Bloque soviético tendría pocas esperanzas de ganar un conflicto armado.

Por este motivo, el Kremlin cambia de táctica una vez más y ensaya la rotura del frente unido de sus adversarios por medio de la acción política. Los rusos saben que este arma puede ser tan mortal como las bombas de destrucción masiva. Por lo demás, hasta la fecha los soviets han alcanzado más éxitos diplomáticos que sus adversarios.

Nos encontramos, pues, en vísperas de una auténtica campaña diplomática en cuyo curso se prevén innumerables Conferencias. Por consiguiente, es urgentísimo que el mundo libre prepare esa estrategia, que, unida a una buena táctica, nos permita ganar la próxima fase de la guerra fría. Porque ésta puede ser decisiva.

El defecto principal de la estrategia occidental fué su carencia de objetivos. El mundo libre sólo tenía un fin defensivo: protegerse de la agresión comunista. Ahora bien: tal actitud negativa no inspira a las masas. En el mejor de los casos, sólo es un paliativo. La seguridad colectiva no se basta a sí misma si toma exclusivamente el aspecto de una alianza militar contra un peligro inminente. Es preciso inyectarle el ideal de una paz constructiva en la que las coaliciones ya no serán necesarias. Desde este punto de vista, la "política de liberación" de Dulles tiene ventaja sobre la "política de contención" de Kennan. Porque está justificada sobre todo por la presente fase diplomática. En efecto, a la idea de neutralización expresada por los rusos habrá que oponer un concepto más amplio. Habiendo aceptado la neutralización de Austria, se impone la idea de aguardar la neutralización de los países llamados satélites. Una petición en este sentido, en favor del Este europeo, supondría un

paso decisivo, poderoso, que colocaría a la U. R. S. S. ante el dilema más grave: rehusar, pero admitiendo en consecuencia el *bluff* de su "política de la paz"; o aceptar, renunciando entonces a la revolución mundial por la fuerza en Europa. Porque una Europa unida, libre de ocupaciones extranjeras, podría defenderse por sus propios medios.

Además de establecer un objetivo concreto, la táctica diplomática de las naciones libres ha de ser objeto de una detenida revisión. El error más grave de los occidentales ha sido siempre su impaciencia, su falta de tiempo. Los rusos y los chinos no son apresurados, y ello les otorga, en principio, una ventaja decisiva sobre sus antagonistas, que discuten contra reloj. Hemos visto con demasiada frecuencia los inconvenientes de esta precipitación. No hace mucho todavía, la decisión de Mendès-France de terminar a toda costa la Conferencia de Ginebra el 20 de julio de 1954, llevó a una capitulación injustificada. Así hubo que ceder en puntos esenciales sólo por ganar algunas horas. Por tanto, es preciso que en el futuro el Occidente se arme de paciencia y esté dispuesto a prologar indefinidamente las negociaciones, según la práctica de los dirigentes comunistas.

Además, la iniciativa occidental es bastante defectuosa. En lugar de hacer como los rusos, de exigir desde el principio cosas imposibles, las naciones occidentales declaran inmediatamente su posición real. En el curso de las negociaciones, es preciso que ambos bandos se hagan concesiones. Pues bien: mientras los occidentales sacrifican lo esencial, los rusos ceden en terrenos que nunca defendieron seriamente.

Bien entendidas, la calma y la buena táctica están condicionadas por la actitud de los propios países libres. Si éstos no tienen mejor cosa que hacer que llevar a sus representantes de una a otra Conferencia de prensa, de tocar las cuestiones más indiscretas o de someterlos a un fuego graneado de críticas parlamentarias, malamente habrá una diplomacia idónea. Será necesario que la opinión pública se imponga verdaderamente de un mínimo de disciplina, sin el cual no podrá alcanzarse la victoria en la guerra fría.

En fin, al Occidente le serán necesarios negociadores que conozcan bien al adversario. Quienes consideran a los comunistas simplemente como reformadores radicales de la economía y de las relaciones sociales, nunca llegarán a percatarse de su naturaleza real. Nos son necesarios hombres que comprendan los aspectos morales del conflicto actual y que verifiquen el carácter sectario má-

terialista, que es la sustancia misma del comunismo. La ignorancia de estas realidades condujo a Roosevelt al desastre de Yalta.

* * *

Así, pues, en vísperas de las grandes Conferencias que jalonarán los meses venideros, sólo hemos de repetir el punto esencial del que ya hablamos anteriormente:

En las circunstancias actuales, el Occidente es mucho más fuerte que el Bloque comunista. Somos superiores en hombres, en técnica, en armas decisivas y en potencial económico. No hay razón para ser derrotistas o para sentir un complejo de inferioridad. Porque la decisión final sobre la suerte de nuestro mundo depende, aparte de la gracia de Dios, exclusivamente de nuestras intenciones y de nuestro trabajo. Ya que los pueblos libres son portadores de una grave responsabilidad en esta nueva fase de la evolución del mundo.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

UNA TRADUCCION DE RILKE

En España, Rilke es poeta más citado que leído. Según el catálogo de Walter Ritzer, publicado en Viena hace tres años, que contiene 1.740 títulos de estudios sobre el autor de *El corneta,* sólo nueve libros suyos—incluída su biografía de Auguste Rodin—han sido traducidos al español, siendo el más editado—tres veces—la versión de *Cartas a un joven poeta,* publicada por la Universidad de Buenos Aires en 1938. Del delicioso librito que él tituló *Die Weise von Liebe und Tod des Cornets Christoph Rilke,* sólo conocemos la traducción castellana de Angel J. Battistessa, también publicada en Buenos Aires. Es, sin embargo, esta obrita, según nos dice en el prólogo a la versión catalana su último traductor (1), la más popular de todas, habiendo alcanzado hace años en alemán más del millón de ejemplares.

Guillermo Nadal, uno de los diplomáticos españoles de mayor

(1) Rainer María Rilke: *La cançó de l'amor i de la mort del corneta Cristòfol Rilke.* Prólogo y traducción directa del alemán por Guillermo Nadal. Editorial Torre. Valencia, 1953.

cultura literaria y de más fina sensibilidad para captar las radiaciones impalpables de la poesía, acomete ahora la tarea de hacer cabalgar sobre los sonoros períodos de la prosa catalana al abanderado Cristóbal Rilke. El primor con que, sin urgencias ni imposiciones, sino por puro deleite, ha sido realizado el intento recuerda las mejores páginas de las traducciones alemanas de Maragall. Todos sabemos las dificultades que entraña la tarea de verter una composición aparentemente sencilla, impregnada de frescura y elementos inefables, ajenos a toda técnica poética, escrita en un arrebato de inspiración, "aquella noche de otoño en que, no pudiendo dormir, contemplaba desde la ventana cómo unas nubes finas y alargadas pasaban cual bandas negras, siempre nuevas y extrañas, por delante de la luna".

Las dificultades las aborda Nadal una a una, en singular encuentro, y este progreso paulatino y desmenuzado de su versión se plasma en un conjunto bien articulado, flúido y que conserva plenos el vigor y el ímpetu del original:

Tot és clar, mes no és el dia.
Tot és sonor, mes no són veus d'ocells.
Són les bigues que cremen. Són les finestres que criden. I criden, roges,
dins l'enemic qui està allà defora sobre la terra encesa,
criden: Foc!

donde toda la tensión, todo el dramatismo, toda la cadencia de los compases que describen la noche incendiada por el palacio en llamas conservan la fogosidad del Rilke de los veinticuatro años, el que en horas desveladas escribió:

Alles ist hell, aber es ist kein Tag.
Alles ist laut, aber es sind nicht Vogelstimmen.
Das sind die Balken, die leuchten. Das sind die Fenster,
die schrein. Und sie schrein rot, in die Feinde hinein, die
draussen stehn in flackernden Land, schrein: Brand.

Esmero, fidelidad e inspiración poética. Con estos ingredientes, el intento de Guillermo Nadal ha cuajado en una versión ejemplar, sobria y elegantemente presentada, que honra por igual a traductor y Editorial. La traducción va precedida de un breve pero denso prólogo, en el que, además de una semblanza del poeta de Praga, se comenta su contacto con España en 1913 y se señalan las constantes rilkeanas, presentes ya en esta obrita de juventud.

EMILIO LORENZO

LA OBRA DE JOSE MARIA DE LABRA

Corresponde a los artistas el levantar un mundo personal e intransferible, en el que los advirtamos plenamente representados. Quienes, entre los artistas, cumplan esta necesidad nos habrán dado lo máximo que podíamos exigir de su arte. Quienes no lo hagan no podrán pasar como creadores, sino que se adscribirán al cultivo de formas miméticas, sin una íntima expresión de la personalidad que las interpreta. Desde el primer momento, la obra de José María de Labra ha sido un camino hacia la visión personal de un mundo significativamente aprehendido en la concepción del pintor. Y en la última ocasión que hemos tenido de contemplar su obra hemos podido corroborar plenamente nuestra afirmación: José María de Labra ha expuesto su pintura en la Sala del Ateneo de Madrid, entidad que sigue preocupándose de las manifestaciones artísticas individuales y colectivas con un ritmo insólito y admirable.

Varias notas insoslayables nos salen al encuentro al emprender un análisis de las obras de Labra. En primer lugar, la espléndida composición que configura apretadamente los cuadros del pintor y les dota de una construcción sorprendente. Se adivina, en la obra actual de este pintor gallego, la huella de sus dibujos esquemáticos, pero profundamente trabajados, presentes siempre en las páginas de las mejores revistas de juventud, como un testimonio vivo de que Labra seguía trabajando sin desmayo y de que su arte se adentraba más y más en una zona de difícil sabiduría y perfección, dentro de la que creemos que ha alcanzado sus últimos y definitivos logros. Pero, a la vez que esta construcción paciente y elaborada, está presente en todas sus obras de hoy otra etapa de la vida del pintor. Nos referimos a su época abstracta, dentro de la cual Labra nos ofreció, y sigue ofreciéndonos en algunos ejemplos de su muestra actual, una pureza de concepción y una tendencia a la progresiva humanización del tema tratado, tocados a menudo de una luz mágica, a la que confiere su máxima sugestión un tratamiento como submarino de los temas escogidos, con verdes irreales y azules desvaídos hasta el sueño.

La encrucijada de estas dos preocupaciones expuestas puede servirnos de nota urgente para intentar una definición de la obra actual de uno de nuestros mejores pintores jóvenes, de uno de los que se ha propuesto un camino auténtico y difícil de progresiva superación.

Las doce composiciones abstractas, incorporadas a la muestra del Ateneo de Madrid, nos enseñan, en efecto, una vía de perfecto acceso a las obras del pintor, en las que una mayor grandeza en la concepción—casi serán tratadas como murales—nos enfrenta con el núcleo básico de sus actuales inquietudes. Pero antes de llegar a los cuadros grandes, todavía pasaremos por una escuela de humanización que se impone nuestro pintor a través de quince cabezas, en las que el artista se define concienzuda y personalísimamente. En alguna de ellas—*San Pedro*—quizá podamos advertir una semejanza al tratamiento rouaultiano en las cavidades de los ojos y, sobre todo, en el rojo espectral que lo preside; pero en ésta, como en todas, hay una manera de enfocar el tema que pregona claramente una visión personal, fuerte y vigorosa, dentro de la cual puede, en algún momento—*Cabeza de mujer*—, dejar traslucir una más íntima ternura o una severidad y grandeza escalofriantes—*Profeta*—. En los cuadros de mayores dimensiones parece que se acentúa el patetismo con que ha tratado habitualmente Labra sus distintos temas. Contribuye a ello la utilización de una gama de colores fríos, que tienden insensiblemente a entonarse en gris en casi todos los cuadros. La inicial profundidad que el pintor había alcanzado repetidamente en algunas de las obras con redes, que permitían una composición más precisa dentro de su primitivo modo abstracto, adquiere aquí caracteres impresionantes. Y el tratamiento obsesivo de esta gama le permite el hallazgo del color blanco de Cristo en la *Ultima cena*, una de las composiciones que guarda más parentesco con el universo submarino anterior. La misma luz, en el *Bautismo* y en la *Anunciación*, totalmente helada y envuelta en una niebla insondable.

Se acentúa, en cambio, una máxima humanidad en cuadros como la *Virgen con el Niño* y, sobre todo, en el *San Francisco de Asís*, en el que se advierte una sana admiración por Zurbarán y una sucesiva humanización de la línea, dentro de una esquematización amable, aliadas a una serenidad y una ternura pocas veces superadas en el ámbito de nuestra joven pintura.

Evidentemente, la pintura de Labra ha buscado con insistencia un cauce más amplio, y se ha deslizado conscientemente hacia una concepción mural, a la manera de muchos pintores mejicanos actuales. Sin creer que ésta sea la única salida de su pintura, como parece desprenderse de las palabras de Miguel Fisac, que prologan admirablemente el *Cuaderno de Arte del Ateneo de Madrid*, dedicado a Labra, vemos en esta preocupación una directriz auténtica,

que ha llevado a Labra a interesarse repetidamente por obras en las que se ha conjugado su concepción plástica con una concepción arquitectónica, que las podía rodear de un clima y un ambiente más propicios.

Nosotros, sin demasiadas facilidades para conocer lo que el joven pintor haya podido emprender en el terreno mural, esperaremos ilusionados las nuevas exposiciones que nos ofrezca de su arte, sabiendo que serán, como la presente, muestras completas de la obra de un hombre entregado a su vocación por entero; que así podríamos definir, si nos lo pidiesen, al magnífico pintor coruñés José María de Labra.

JAIME FERRÁN

RECTIFICACION

En nuestro número 64, correspondiente al pasado mes de abril, se publicó una nota titulada "La polémica del bien común", firmada con la iniciales C. H., correspondientes al título de la revista. Por un error de ajuste se perdió el párrafo de presentación de este importante trabajo, del que es autor nuestro colaborador don Leopoldo Eulogio Palacios. El texto reproducido es una síntesis de su conferencia pronunciada en el Círculo de Estudios de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

C. H.

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXII

NUMERO 64 (ABRIL, 1955)

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor español *Antonio Valdivieso.* Ilustra *Las letanías de Fátima,* del poeta José María Souvirón, el pintor *Carlos Pascual de Lara.*—En páginas de color, el trabajo *Ideas que reclaman la atención de los argentinos de hoy. Corrientes intelectuales e ideológicas en boga,* de Salvador M. Dana Montaño.

NUMERO 65 (MAYO, 1955)

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor salvadoreño *Carlos Augusto Cañas.*—En páginas de color, un estudio sobre la futura Unión Iberoamericana de Pagos.

INDICE

Páginas

Portada y dibujos del pintor español *José María de Labra.*—En páginas de color, la primera parte de la crónica de la IV Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, celebrada en El Escorial, sobre el tema de "La coexistencia con el mundo comunista", original de *Enrique Casamayor.*

EL TEMA DE LA COEXISTENCIA CON EL MUNDO COMUNISTA

CRÓNICA DE LA IV REUNIÓN INTERNACIONAL DEL CENTRO EUROPEO DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN, CELEBRADA EN EL ESCORIAL

POR

ENRIQUE CASAMAYOR

ESTADO DE LA CUESTION

Los acontecimientos internacionales de los últimos meses han dado al mundo de la política un nuevo y apasionante aspecto. La polarización de la batalla internacional en torno a las dos grandes y decisivas potencias, Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica, planteó durante los últimos años una incógnita cuya resolución quedó en interrogante.

Los altibajos de la situación política, con sus períodos de tensiones y acercamientos, llevaron a escribir cientos de comentarios, en los que la palabra "inminencia", aplicada a una posible conflagración Este-Oeste, alternaba con otras más contemporizadoras, más de guerra diplomática. Reuniones y asambleas terminaban invariablemente con un triunfo matemático de las delegaciones soviéticas, cuya mala voluntad de colaboración y la ingenuidad candorosa de las desorientadas huestes occidentales colocaban a los pescadores rusos en situación de ganar siempre en el río revuelto de la política internacional. Las dos potencias forjaron en su torno sendos bloques: Rusia, con las naciones satélites de Europa y Asia; los Estados Unidos, con los países del mundo Occidental. En medio de ellos, geográfica y políticamente, en una tierra de nadie a la que se atribuían los móviles más secretos, resurgía silenciosamente de sus ruinas tan recientes la Alemania repartida, heroica y sacrificada del canciller Adenauer. Mucho se está hablando del "milagro alemán", ese *Deutsches Wunder,* cuya expresión tanto disgusta al vicepresidente del *Bundestag,* doctor Richard Jaeger; porque el resurgimiento económico, político, educativo, social y cultural tienen su base y su razón de existencia no en un "milagro" más o menos terreno en cuya feliz realización haya intervenido la generosidad ciega y sin discriminación de Marshall, sino la labor diaria, constante, silenciosa, cordial de un pueblo. Un pueblo dividido, reducido a escombros, con su población diezmada, sus fábricas silenciadas por el saqueo y las bombas de Este y Oeste. Pero Alemania está ahí, ganándose, desde 1945, el derecho a borrar del mapa la frontera injusta del Oder-Neisse, su plena soberanía nacional y económica y su total independencia a la hora de escoger las rutas de su destino como pueblo y como nación.

Por su parte, España, aislada de las potencias occidentales, fué dando su ejemplo silencioso de trabajo y de línea política bien definida. La primera nación anticomunista había dado ya, con diez años de antelación, su lección magistral anticomunista. Y Yugoslavia jugaba su equívoca carta de nacionalismo comunista, independiente del dictado de Moscú. Y Austria aguardaba su hora de independencia neutralizada. Y Francia luchaba con sus inciertas crisis de zarabanda gubernamental, y el Sarre y las relaciones francoalemanas

seguían siendo grave problema para fundamentar una Europa unida. Estrasburgo dormía en la inoperancia más genuina, y don Salvador de Madariaga lanzaba sus mirliflóricos trinos desde su aséptico y científico Collège d'Europe de la Universidad de Brujas la muerta... El europeísmo intelectualista de Madariga apenas si contribuía a la creación de una Europa occidental con la eficacia política y social de una oda nostálgica de Rodenbach. Pero simultáneamente se iniciaban en Europa otros movimientos integradores, basados en esencias auténticamente cristianas y europeas. En Alemania y en Italia, en Francia y en el Benelux, en Suiza y en España, en Suecia y en Portugal, hombres con vigencia política trazaban los primeros planes para constituir una Europa fuerte, unida, idealista y práctica, con poderes espirituales y economía bien cimentada. Así surgió el Centro Europeo de Documentación e Información de Madrid y otros organismos semejantes en diversos países. El CEDI viene desarrollando, desde 1952, una creciente actividad en favor de la unidad europea. Esta acción está expresada en el punto inicial de su programa constitucional: "la defensa de la solidaridad política europea sobre la base de nuestro patrimonio cultural común y de los preceptos religiosos, morales y sociales de la Iglesia". Sin olvidar, desde luego, los aspectos económicos y técnicos de la comunidad europea, el CEDI destaca siempre los valores religiosos y humanos que han creado la cultura europea en los siglos pasados, y que son la mayor garantía de su mantenimiento en lo por venir. Frente a esta labor equilibrada, las diversas organizaciones que se dedican a la estructuración de Europa apenas si se arriesgan más allá de los meros intereses materiales; ninguna se atreve a proclamar públicamente la importancia vital del espíritu cristiano en nuestra coyuntura de lucha contra el comunismo y de renovación propia. Los remedios que se nos brindan son estériles, por estar lastrados con ideas liberales, nacionalistas o marxistas. Ningún movimiento que no se halle inspirado por un sincero espíritu cristiano podrá restablecer una sana atmósfera social, de concordia entre los ciudadanos en Europa y la solidaridad internacional.

A estos objetivos aspira el CEDI, de Madrid, y con él otros organismos europeos, como la Abenländische Akademie, de Munich, con órganos de expresión tan importantes como la revista *Neües Abendland.* Pero ¿cuál ha sido hasta la fecha la labor del CEDI, de cara a su IV Reunión Internacional de El Escorial, cuya crónica redactamos? Nos es preciso recurrir, como mejor testimonio, a unas declaraciones del marqués de Valdeiglesias, secretario general del Centro, a un periódico madrileño:

"El CEDI—vino a decir el marqués de Valdeiglesias—está constituído por Centros nacionales autónomos que funcionan con igual objetivo en Francia, Alemania, Italia, Austria, Bélgica y Holanda, siendo España el punto de enlace y de unión entre todos ellos. Concretando, la función del Centro puede resumirse en cuatro puntos:

1. La propagación y defensa de la solidaridad política europea sobre la base de nuestro patrimonio cultural común y de los preceptos religiosos, morales y sociales de la Iglesia.
2. La agrupación paulatina en una organización internacional de todas las fuerzas vivas y los grupos que persiguen objetivos idénticos o afines.
3. El establecimiento de contactos directos con personalidades políticas de otros países, con el fin de fomentar y de facilitar la colaboración amistosa entre los Gobiernos de los diferentes Estados.
4. El estudio y selección de los informes provenientes de sus propios colaboradores y de otros organismos, tanto los relativos al mundo libre como al mundo comunista, que puedan aclarar la verdadera situación y el estado de ánimo de estos últimos países y facilitar la elaboración de proyectos prácticos de una más estrecha convivencia europea.

LOS CONGRESOS DEL CENTRO

En colaboración con los Centros nacionales, se han organizado en España y en el extranjero varios Congresos Internacionales, con asistencia de numerosas personalidades del mundo intelectual y político de todos los países europeos, así como de representantes de los países de más allá del telón de acero.

La primera reunión se celebró en el Palacio de la Magdalena, de Santander, en 1952; la segunda, tuvo lugar en Madrid, del 21 al 30 de septiembre de 1953 y fué consagrada al examen del tema "Unión europea-Unión iberoamericana".

Por su parte, el Centro alemán, organizado dentro de la Abendländische Akademie, de Munich, celebró del 27 de julio al 2 de agosto de 1954 su Tercer Congreso Internacional, en Eichstätt (Baviera), sobre el tema "Estado, Pueblo y Organización supranacional".

Un mes después del Congreso de Eichstätt, del 30 de agosto al 5 de septiembre, celebrábase, de nuevo en el Palacio de la Magdalena, la III Reunión Internacional del Centro en España. El tema fundamental fué "La construcción federativa de una Europa cristiana". Terminó esta reunión con la aprobación de las siguientes conclusiones:

La Asamblea de la III Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, después de haber examinado bajo diferentes aspectos los angustiosos y urgentes problemas, tanto económicos como militares, que se presentan en la actual situación de Europa, confirma:

1. La absoluta necesidad de un entendimiento, tan completo como sea posible, entre Francia y Alemania.
2. La evidente insuficiencia de los proyectos de integración y de constitución europeas elaborados en Estrasburgo.
3. La creación urgente de un ejército europeo, cuya integración debe hacerse principalmente en los grados más elevados.
4. La importancia vital para el porvenir de nuestro continente de promover la realización inmediata de una Europa nueva sobre la base de los principios cristianos.

Afirma la necesidad de tener en cuenta, en todos los esfuerzos dirigidos hacia los objetivos arriba mencionados, el acuerdo indispensable entre los valores espirituales y los factores materiales. Decide, en consecuencia, proseguir todos sus esfuerzos con una voluntad creciente para la instauración de una Europa cristiana.

Otra reunión del Centro que ha de señalarse es la celebrada en el Castillo de Sterkenburg (Holanda), bajo los auspicios del Centro de los países del Benelux, del 4 al 7 de febrero de este año, cuyo objeto principal fué el estudio de un cuestionario relativo á la actual política económica europea. La mayoría de los ponentes representaban a organismos económicos o financieros oficiales de su país. España estuvo representada por el secretario general del Centro, marqués de Valdeiglesias, y por el conde de Montarco.

Al margen del mismo Congreso se examinó la posibilidad de crear, en el Castillo de Sterkenburg, una sección juvenil de los Centros, bajo la denominación Centro de Juventudes Europeas.

Señalamos, por fin, el IV Congreso de Eichstätt, celebrado del martes 12 al domingo 17 de abril, sobre el tema fundamental "Europa, reflejada en el espejo de sus naciones", en el cual el marqués de Valdeiglesias expuso las aportaciones históricas y actuales de España a Europa.

OPORTUNIDAD Y NECESIDAD DEL CENTRO

En lo expuesto, apenas hemos hablado de la eficacia de las actividades del Centro en el terreno europeo y desde el punto de vista nacional. Hay en Europa muchas gentes que no tienen confianza en la actuación de los dirigentes de Estrasburgo, ya que éstos son responsables, en gran parte, de la situación catastrófica actual, y ciegamente perseveran en una mera visión materialista de las necesidades de nuestro tiem-

po. Las gentes de buena fe vuelven, cada día más, sus miradas hacia España, y a través del Centro encuentran una organización que corresponde a sus ideales acerca del porvenir de Europa. Y es muy significativo que la prensa extranjera dé cada vez más importancia a estos Congresos, publicando extensos informes sobre los mismos. En colaboración con los Centros nacionales se ha logrado crear en Europa un frente común contra las corrientes materialistas que amenazan la existencia misma de la civilización cristiana.

EL TEMA DE LA COEXISTENCIA

Pero ¿qué es la coexistencia? Inspirémonos en un texto del *Boletín del Centro Europeo de Documentación e Información*. La coexistencia es un hecho: dos mundos separados por ideologías contrarias viven sin guerra armada el uno al lado del otro. Existen entre ellos relaciones diplomáticas e incluso comerciales, de manera que para algunos países occidentales la coexistencia se ha convertido ya en una especie de convivencia. Otros, sin embargo, como España, no reconocen otra coexistencia que la pasiva, impuesta por circunstancias cuyo cambio está fuera de su alcance.

Es evidente que la Unión Soviética aspira a estrechar sus relaciones con el Occidente, ya que una coexistencia meramente pasiva implica siempre una actitud defensiva contra sus planes de penetración ideológica, que son el primer paso hacia la conquista pacífica. Un limitado cuadro de relaciones, que suavizara las tensiones actuales, bastaría a los soviets para introducir, a través de sus embajadas, legaciones y delegaciones comerciales, peligrosos caballos de Troya en la fortaleza europea.

La conciencia de este peligro y también el pasado político de los dueños del Kremlin nos obligan, pues, a la más absoluta reserva respecto a cualquier ofrecimiento soviético que pueda convertir la coexistencia fría en un principio de convivencia.

Parece muy peligroso el razonamiento basado en la correspondencia de las relaciones internacionales, que afirma que, si bien la coexistencia puede favorecer a la economía soviética, también puede favorecer a la economía occidental; que si fortalece la política soviética, también puede favorecer la política occidental, y que si permite la infiltración de la ideología soviética, puede quizá contribuir a que se extiendan por el mundo comunista los supuestos básicos de la espiritualidad de Occidente.

Los partidarios de esta teoría olvidan que los soviets desprecian cualquier principio moral en las relaciones internacionales, mientras el Occidente está ligado por un código moral que le impide, por ejemplo, convertir una embajada en un centro de espionaje y de actividades dirigidas contra el Gobierno del Estado cerca del cual está acreditada.

Una verdadera coexistencia es sólo posible entre Estados que reconozcan los mismos principios morales básicos y el mismo derecho público internacional. En tanto que haya divergencias fundamentales en las normas morales de conducta y de respeto de lo pactado, el Gobierno que niegue toda obligación moral y positiva, cuando le convenga esta postura para sus planes, tendrá siempre las mejores posibilidades para engañar y vencer a la otra parte con la que ha establecido un arreglo de convivencia.

"Esto no quiere decir—termina el *Boletín*—que rechacemos de antemano todo diálogo sobre las posibilidades de encontrar un *modus vivendi* que pueda mitigar el peligro de una tercera guerra mundial y la opresión que sufren los países de más allá del telón de acero. Estamos dispuestos a muchas concesiones en beneficio de estos dos nobles objetivos; pero nos parece un suicidio dejar entrar al lobo en el corral bajo palabra de que no tratará de devorar a las ovejas."

EL MENSAJE NAVIDEÑO DE PIO XII

Pero nadie mejor que la suprema jerarquía eclesiástica para definir y encuadrar en su justa medida el fenómeno actual de la coexistencia del mundo li-

bre con el comunista. Damos, a continuación, su texto íntegro para aquellos que no conozcan tan trascendental documento pontificio. Utilizamos, para mayor precisión, la versión oficial de la Oficina de Prensa del Vaticano:

Ecce ego declinabo eam
quasi fluvium pacis.
(Is. 66, 12)

"He aquí yo que derramaré sobre ella como un río de paz." Esta misma promesa, anunciada en el vaticinio mesiánico de Isaías y cumplida con significación mística por el encarnado Verbo de Dios en la nueva Jerusalén, la Iglesia, deseamos Nos, amados hijos del orbe católico, que resuene una vez más para toda la familia humana como augurio de nuestro corazón en la presente víspera de Navidad.

¡Un río de paz sobre el mundo! Este es el deseo que más asiduamente hemos alimentado en nuestra alma, por el cual con más empeño hemos orado y trabajado desde el día en que plugo a la divina Bondad confiar a nuestra humilde persona el elevado y tremendo oficio de padre común de los pueblos, propio del Vicario de Aquel a quien pertenecen en herencia las naciones (Salmo, II, 8).

Pueblos en armas y furor de destrucción

Abrazando con una mirada de conjunto los años transcurridos de nuestro pontificado, en la parte del mandato que nos viene de la paternidad universal de que estamos revestido, nos parece que la divina Providencia ha querido asignarnos la misión especial de contribuir a conducir de nuevo, con acción paciente y casi extenuante, a la Humanidad por los senderos de la paz.

Al acercarse la fiesta de Navidad, mientras se encendía en Nos el ansia de acudir a la cuna del Príncipe de la Paz para ofrecerle, como don el más grato para El, la Humanidad pacificada y reunida toda ella como en una sola familia, nos fué, en cambio, reservada en los seis primeros años la amargura sin nombre de ver en torno a Nos tan sólo pueblos en armas, arrebatados por el insano furor de la destrucción mutua.

A la guerra fría ha seguido una paz fría

Esperábamos—y con Nos esperaban muchos—que, apagada, por fin, la excitación del odio y de la venganza, bien pronto despuntaría el alba de un período de concordia segura. En cambio, perduró aquel estado de malestar y de peligro, designado por la opinión pública con el nombre de "guerra fría", ya que en realidad poco o nada tenía de común con la paz verdadera y sí mucho con una tregua vacilante al menor choque. Nuestro retorno anual a la cuna del Redentor continuó consistiendo en una ofrenda triste de dolores y de ansias, con el deseo ardiente de sacar de ello a la paz, indicándoles el camino justo para ella. ¿Podremos siquiera ahora, en esta décimosexta Navidad de nuestro pontificado, realizar ese anhelo? Según aseguran muchos, a la guerra fría ha sustituído lentamente un período de distensión entre las partes en litigio, cual concesión mutua de un respiro más amplio, al que se ha dado en llamar, no sin cierta ironía, con el nombre de "paz fría". Aunque reconocemos gustosos que esa distensión representa algún progreso en la fatigosa maduración de la paz propiamente dicha, sin embargo, no es aún el don digno del misterio de Belén, donde apareció la benignidad y el amor de Dios Nuestro Salvador hacia los hombres (Tit. III, 4); contrasta demasiado vivamente con el espíritu de cordialidad, de sinceridad y de claridad que aletea en torno a la cuna del Redentor.

No merece el nombre de paz

¿Qué cosa significa, en efecto, en el mundo de la política, la paz fría, sino la mera coexistencia de pueblos diversos sostenida por el mutuo temor y el recíproco desengaño? Ahora bien: es claro que la mera coexistencia no merece el nombre de paz, cual la tradi-

ción cristiana, formada en la escuela de las altas inteligencias de San Agustín y Tomás de Aquino, aprendió a definir, tranquillitas ordinis. *La paz fría es tan sólo una calma provisional, cuya duración depende de la sensación mudable del temor y del cálculo oscilante de las fuerzas presentes, mientras que no tiene nada del orden justo que supone una serie de relaciones convergentes hacia un fin común, justo y recto. Excluyendo, además, todo vínculo de orden espiritual entre los pueblos que coexisten tan fragmentariamente, la paz fría está muy lejos de aquella paz predicada y querida por el divino Maestro, es decir, la paz fundada sobre la unión de los espíritus en la misma verdad y en la caridad, y que San Pablo definió* pax Dei, *la cual influye ante todo en las inteligencias y los corazones (cf. Phil. IV, 7), y se ejercita en colaboración armónica de obras en todos los campos de la vida, sin excluir el político, social y económico.*

Defectos de esta paz

Por eso Nos no osamos ofrecer al divino Infante esa paz fría. No es la paz simple y solemne que cantaron los ángeles a los pastores en la noche santa ni menos la pax Dei, *que sobrepuja a todo sentido y es fuente de gozo íntimo y lleno (cf. ib.). Como tampoco es aquella soñada y anhelada por la Humanidad actual, ya tan afligida. Con todo, deseamos examinar en particular los defectos de ella, para que de su falta y de su duración incierta surja imperioso en los rectores de los pueblos y en aquellos que pueden ejercer algún influjo en este campo el anhelo de cambiarla lo antes posible en la paz verdadera, que es en concreto el mismo Cristo. Ya que si la paz es orden y el orden es unidad, Cristo es el único que puede y quiere unir los espíritus humanos en la verdad y en el amor. En este sentido la Iglesia lo señala a las gentes con las palabras del profeta, como quien es la misma paz:* Et erit iste pax *(Mich. V, 5; cf. liturg off. d. N. J. C. Regis Passim).*

1. LA COEXISTENCIA EN EL TEMOR

Es impresión común, sacada de la simple observación de los hechos, que el principal fundamento en que se apoya el estado presente de calma relativa es el temor. Cada uno de los grupos en que se halla dividida la familia humana tolera que exista el otro porque él mismo no quiere perecer. Evitando de este modo el riesgo fatal, ambos grupos no conviven, sino coexisten. No es un estado de guerra, pero tampoco es paz; es una calma fría. A cada uno de los dos grupos acucia el temor del poder militar y económico del otro. En ambos se halla vivo el recelo por los efectos catastróficos de las armas novísimas. Con angustiosa atención sigue cada uno el desarrollo técnico de los armamentos del otro y su capacidad de producción económica, mientras confía a la propia propaganda el papel de sacar partido del temor ajeno, reforzando y exagerando su alcance. En el terreno concreto de la política parece que, arrebatados los hombres después de tantas desilusiones por un colapso extremo de escepticismo, no cuentan ya sobre otros principios racionales o morales.

El absurdo más evidente que emerge en una situación tan miserable es éste: la práctica política de nuestros días, aunque por un lado teme la guerra como la mayor de las catástrofes, por otro pone en ella toda su confianza, como si fuese el único expediente para subsistir y la única que pueda regular las relaciones internacionales. En cierto modo, se confía en aquello que se detesta sumamente.

Dónde está la verdadera paz

Sin embargo, semejante práctica política ha llevado a muchos, aun de entre los mismos gobernantes, a una revisión total del problema de la paz y de la guerra y a preguntarse sinceramente si la liberación de la guerra y la garantía de la paz no deben buscarse en regiones más elevadas y más humanas que la dominada exclusivamente por el terror.

De este modo, se han engrosado las

filas de los que se rebelan ante la idea de tenerse que contentar con la mera coexistencia, renunciando a relaciones más vitales con el otro grupo, y de verse obligados a vivir todos los días de su existencia en un ambiente de temor enervante. Por eso han vuelto a considerar el problema de la paz y de la guerra como un hecho de responsabilidad superior y cristiana ante Dios y ante la ley moral. Ciertamente, aun en este modo diverso de considerar el problema, entra el elemento temor como freno de la guerra y estímulo de la paz, pero se trata del temor saludable de Dios, garante y juez del orden moral, y, por tanto, como enseña el salmista (salmos CX, 10), del principio de la sabiduría.

Principios políticos inaceptables

Trasladado el problema a este plano más elevado y únicamente digno de la criatura racional, ha vuelto a aparecer claramente lo absurdo de la doctrina que ha imperado en las escuelas políticas en los últimos decenios; esto es, que la guerra es una de tantas formas admitidas por la acción política, el desembocadero necesario y casi natural de las disensiones insanables entre dos países, y que, por tanto, la guerra es un hecho ajeno a cualquier responsabilidad moral. Igualmente ha aparecido absurdo e inadmisible el principio, aceptado también durante largo tiempo, según el cual el gobernante que declarase una guerra incurriría tan sólo en un error político si ésta se perdiese, pero no podría en ningún caso ser acusado de culpa moral y de delito por no haber conservado la paz pudiéndolo hacer.

Precisamente esta concepción absurda e inmoral de la guerra hizo vanos en las semanas fatales de 1939 nuestros esfuerzos dirigidos a sostener en ambas partes la voluntad de continuar las negociaciones. Entonces, la guerra fué considerada como un dado que había que jugar con mayor o menor cautela y destreza, no como un hecho moral que obligaba a la conciencia y las responsabilidades superiores. Fueron necesarias las interminables hileras de tumbas y las inmensas ruinas para que se revelase la verdadera fisonomía de la guerra. No un juego de intereses más o menos afortunados, sino la tragedia, más espiritual que material, de millones de hombres; no el riesgo de algunos bienes, sino la pérdida de todos: un hecho de enorme gravedad.

Guerra a la guerra

¿Cómo es posible—se preguntaron entonces muchos con la sencillez y verdad del buen sentido—que mientras que cada uno experimenta en sí mismo el apremio de la responsabilidad moral de sus propios actos más ordinarios, el hecho horrible de la guerra, que también es fruto de la libre determinación de alguien, pueda sustraerse al dominio de la conciencia y que no exista un juez a quien puedan apelar libremente las víctimas inocentes? En aquel clima naciente de recobro del buen sentido encontró profundo asentimiento nuestro grito de "guerra a la guerra", con el que en 1944 declaramos la lucha contra el puro formalismo de la acción política y contra aquellas doctrinas sobre la guerra que no tienen en cuenta a Dios ni sus mandamientos. Ese buen sentido, lejos de disiparse, ha penetrado más profundamente y se ha propagado más en los años de la guerra fría, quizá porque una larga experiencia ha hecho resaltar más el absurdo de una vida controlada por el temor. De esta manera, la paz fría, aun con sus incoherencias y molestias, muestra dirigir sus pasos hacia un orden moral auténtico y hacia el reconocimiento de la elevada doctrina de la Iglesia sobre la guerra justa e injusta y sobre la licitud o ilicitud del recurso a las armas.

A esta meta llegará ciertamente, si de una y de otra parte con ánimo sincero (casi diríamos religioso) se vuelve a considerar la guerra como objeto del orden moral cuya violación constituye realmente una culpa que no queda sin castigo.

El temor de Dios

Llegará si en concreto los políticos, antes que pesar las ventajas y los riesgos de sus determinaciones, reconocen

su personal sujeción a las leyes morales eternas y tratan el problema de la guerra como cuestión de conciencia delante de Dios. En las condiciones actuales no existe otro medio de librar al mundo de esta angustiosa pesadilla sino el de recurrir al temor de Dios, temor que no envilece a quien le da cabida en sí mismo, sino que más bien preserva de la infamia del crimen enorme que es la guerra no impuesta. Y ¿a quién podría causar admiración el que la paz y la guerra se hallen tan estrechamente unidas con la verdad religiosa? Toda la realidad pertenece a Dios; precisamente en el disociar la realidad de su principio y de su fin está la raíz de todos los males.

De aquí se sigue también con evidencia que todo empeño o toda propaganda pacifista que provenga de quien niega la fe en Dios es siempre muy sospechosa e incapaz de atenuar o eliminar la angustiosa sensación de temor, si no es que de propósito vaya encaminada a lograr un efecto táctico de excitación o de confusión.

Sólo dos perspectivas tiene delante de sí la actual coexistencia en el temor: o sube a coexistencia en el temor de Dios, y, por tanto, a convivencia de paz verdadera, inspirada y vigilada por el orden moral por El impuesto, o irá quedando cada vez más restringida a una parálisis glacial de la vida internacional, cuyos graves peligros se pueden prever ya desde ahora, porque el poner freno a la natural expansión de la vida de los pueblos podría conducir a éstos, en último término, al desesperado desenlace que se quiere evitar: la guerra. Por lo demás, ningún pueblo podría soportar indefinidamente la carrera de armamentos sin que se resienta su desarrollo económico normal con efectos desastrosos. Serían también vanos los mismos acuerdos que tienden a imponer un límite a los armamentos. Si tales acuerdos llegaran a lograrse faltando el cimiento moral del temor de Dios, se convertirían en fuente de nueva y recíproca desconfianza.

No nos queda más que el camino luminoso y deseable que partiendo del temor de Dios nos conduce con su ayuda a la paz verdadera, esa paz que es sinceridad, calor y vida, digna, por tanto, de quien nos ha sido dado para que los hombres tengamos en El vida sobreabundante (cfr. Jo. X, 10).

2. LA COEXISTENCIA EN EL ERROR

La "guerra fría"—y lo mismo se diga de la "paz fría"—, si bien mantiene el mundo en una escisión nociva, no impide, sin embargo, que en los actuales momentos vibre en él un ritmo intenso de vida. En realidad, se trata de una vida que se desarrolla casi exclusivamente en el campo económico. Es innegable que la economía, sirviéndose del apremiante progreso de la técnica moderna, ha alcanzado tan sorprendentes resultados con su actividad febril, que hacen prever una transformación profunda en la vida de los pueblos, aun de aquellos que hasta ahora se creían un tanto atrasados. Sin duda alguna, no se le puede negar el tributo de admiración por lo que ha realizado y por lo que promete. Con todo, la economía, en virtud de su capacidad aparentemente ilimitada de producir bienes sin cuento, y gracias a la multiplicidad de sus relaciones, ejerce sobre muchos contemporáneos una fascinación superior a sus posibilidades y en campos que les son extraños. El yerro de tal confianza cifrada en la economía moderna es común también a las dos partes en que está desmembrado el mundo de hoy. Una de estas partes enseña que si el hombre ha demostrado tanto poder para crear el maravilloso conjunto técnico y económico de que hoy se jacta, tendrá también capacidad para organizar la liberación de la vida de todas las privaciones y males que la aquejan, operando en cierta manera una especie de autorredención. En la otra parte, en cambio, gana terreno la concepción de que la solución del problema de la paz se debe esperar de la economía y en particular de una forma específica suya que es el libre intercambio.

Otras veces hemos tenido ocasión de exponer lo infundado de tales doctrinas. Va para cien años que los seguidores del sistema del comercio libre se prometían maravillas de él, atribuyén-

dole un poder casi mágico. Uno de sus más ardientes prosélitos no dudaba en comparar el principio del libre intercambio, en cuanto a la amplitud de sus efectos en el mundo moral, con el principio de la gravedad que impera en el mundo físico, asignándole, como efectos propios, el acercamiento de los hombres, la desaparición de los antagonismos de raza, de fe y de lengua, y la unidad de todos los seres humanos en una paz inalterable (cfr. Richard Cobden, Speecheson questions of public policy, *London, MacMillan and Co., 1870, volumen I, págs. 362-63).*

Es ilusión confiar la paz al solo libre intercambio

El curso de los acontecimientos ha demostrado cuán engañosa sea la ilusión de confiar la paz al solo intercambio libre. No de otra manera acontecerá en el futuro si es que se quisiera persistir en esta fe ciega, que confiere a la economía una imaginaria fuerza mística. Actualmente, por lo demás, faltan los fundamentos de hecho que pudieran garantizar de alguna manera esas esperanzas de color de rosa que abrigan, aun hoy, los partidarios de dicha doctrina. Porque mientras en una de las partes que coexisten en la paz fría la tan exaltada libertad económica en realidad todavía no existe, en la otra se rechaza incluso como principio absurdo. Se da entre ambas un contraste diametral en el concepto de los fundamentos mismos de la vida, contraste que no puede ser superado por fuerzas meramente económicas. Más aún si median, como en realidad median, relaciones de causa y efecto entre el mundo moral y el económico, deben éstos jerarquizarse, de modo que el primero tenga el primado, pues corresponde al mundo moral compenetrar de su espíritu, con plena autoridad, aun la economía social. Una vez que se establezca esta jerarquía y se permita su actuación, la misma economía consolidará el mundo moral en cuanto le es dado, reforzando los fundamentos espirituales y las fuerzas de la paz.

Por otra parte, el factor económico podría oponer a ésta serios obstáculos, en particular por lo que hace a la paz fría entendida como equilibrio de grupos, si llegase a debilitar a una de las partes con sistemas erróneos. Esto sucedería, sobre todo, donde pueblos de un mismo grupo, sin discernimiento y sin tener en cuenta nada con los demás, se abandonase a un incesante aumento de producción y a levantar constantemente el propio tenor de vida. En este caso, no se podría evitar que surgieran resentimientos y rivalidades en los pueblos contiguos y, en consecuencia, la debilitación de todo el grupo.

El derecho natural y el amor mutuo

Mas prescindiendo de esta consideración particular, es necesario tener la persuasión de que las relaciones económicas entre las naciones, serán factores de paz en tanto en cuanto obedezcan a las normas de derecho natural, se inspiren en el amor, tengan miramiento por los demás pueblos y sean fuentes de ayuda. Téngase por cierto que en las relaciones humanas, aun en las puramente económicas, nada se produce por sí mismo, como sucede en la naturaleza, sujeta a leyes necesarias, pues, al fin y al cabo, todo depende del espíritu. Sólo el espíritu, imagen de Dios y ejecutor de sus designios, puede establecer el orden y la armonía sobre la tierra, y lo conseguirá en la medida en que se haga intérprete fiel o instrumento dócil del único Salvador, Jesucristo, que es la misma paz.

Y, sin embargo, también en otro campo, aún más delicado que el económico, las dos partes que coexisten en la paz fría participan de este mismo error: se trata de los principios que informan su respectiva unidad. Al paso que una de las partes cimenta su fuerte cohesión interna sobre una idea falsa, más aún, lesiva de los derechos primarios divinos y humanos, pero, con todo, eficaz; la otra, olvidando que posee una idea verdadera, comprobada con buen éxito en el tiempo pasado, parece en cambio dirigirse hacia principios políticos evidentemente disociadores de la unidad.

En el último decenio después de la

guerra ha estimulado los ánimos un gran anhelo de renovación espiritual: el unificar fuertemente a Europa, partiendo de las condiciones naturales de vida de sus pueblos, a fin de poner término a las tradicionales rivalidades de unos con otros y de asegurar la defensa común de su independencia y pacífico desarrollo. Esta noble idea no ofrecía motivos de queja y de desconfianza al mundo extraeuropeo en la medida en que éste miraba con buenos ojos a Europa. Además, había la persuasión de que Europa encontraría en sí misma la idea que diera vida a su unidad. Pero los sucesos posteriores y los recientes tratados, que se espera abran paso en la paz fría, no tienen ya como base el ideal de una unificación europea más amplia. De hecho, muchos creen que la alta política tiende de nuevo al tipo de Estado nacionalístico, cerrado en sí mismo, centralizador de las fuerzas, preocupado por la elección de las alianzas y, en consecuencia, no menos pernicioso que el que predominó durante el siglo pasado.

Olvidos que no debieron tenerse

Se ha olvidado demasiado pronto el enorme cúmulo de sacrificios de vidas y bienes que ha costado este tipo de Estado y los agobiantes pesos económicos y espirituales que ha impuesto. La sustancia del error consiste en confundir la vida nacional, en sentido propio, con la política nacionalista: la primera, derecho y honor de un pueblo, puede y debe promoverse; la segunda, como germen que es de infinitos males, nunca se rechazará suficientemente. La vida nacional es por sí misma el conjunto operante de todos aquellos valores de la civilización que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya unidad espiritual constituyen como el vínculo. Al mismo tiempo, esa vida enriquece la cultura de toda la Humanidad, dándole como su contribución propia. En su esencia, pues, la vida nacional es algo no político, en tal manera que, como lo demuestran la Historia y la experiencia, puede desarrollarse junto a otras dentro del mismo Estado; comò también puede extenderse más allá de los confines políticos de éste. La vida nacional no llegó a ser principio de disolución de la comunidad de los pueblos sino cuando comenzó a ser aprovechada como medio de fines políticos; esto es, cuando el Estado dominador y centralista hizo de la nacionalidad la base de su fuerza de expansión. Nació entonces el Estado nacionalista, germen de rivalidades e incentivo de discordias.

Es claro que si la Comunidad Europea entrase por esos derroteros, su cohesión resultaría muy frágil en comparación con la del grupo que tiene enfrente. Su debilidad se revelaría, ciertamente, el día de una futura paz destinada a regular con perspicacia y justicia las cuestiones que están aún pendientes. Ni se diga que en las nuevas circunstancias el dinamismo del Estado nacionalista no representa ya un peligro para los demás pueblos, faltándole en la mayoría de los casos la fuerza eficaz, tanto económica como militar, puesto que también el dinamismo de una potencia nacionalista imaginaria, expresado más con sentimientos que con hechos, disgusta igualmente a los ánimos, alimenta la desconfianza y el recelo en las alianzas, impide la comprensión recíproca y, por consiguiente, la leal colaboración y la mutua ayuda, ni más ni menos que si poseyera poder efectivo.

El vínculo común y la idea grande y eficaz

Y en esas condiciones, ¿qué sería del vínculo común que debería estrechar los diversos Estados entre sí? ¿Cuál sería la idea grande y eficaz que los hiciera firmes en la defensa y activos en un programa común de civilización? Algunos la ven en el rechazar concordemente el género de vida contrario a la libertad, que es propio del otro grupo. Sin duda, la aversión a la esclavitud es importante, pero de valor negativo, sin fuerza para estimular los ánimos a la acción con la misma eficacia que una idea positiva y absoluta. Esta, en cambio, pudiera ser el amor a la libertad

que Dios quiere y que está en armonía con las exigencias del bien general, o también el ideal del Derecho natural como base de la organización del Estado y de los Estados. Sólo estas o semejantes ideas espirituales, adquiridas ya hace muchos siglos por la tradición de la Europa cristiana, pueden sostener y aun superar, en la medida que fueren vividas, la confrontación con la idea falsa, pero concreta y válida, que mantiene aparentemente y no sin violencia la cohesión del otro grupo; es decir, la idea de un paraíso terrestre, que sería un hecho apenas se estableciera una determinada forma de organización social. Por cuanto ilusoria sea esta idea, consigue crear, al menos exteriormente, una unidad compacta y dura, y la acepten las masas ignorantes, es capaz de excitar a sus miembros a la acción y llevarlos al sacrificio. La misma idea, dentro de la organización política que la expresa, da a sus dirigentes un fuerte poder de seducción, y a los adeptos, la audacia de penetrar como vanguardia entre las filas mismas del otro grupo. Europa, en cambio, espera todavía el despertar de su propia conciencia. Entre tanto, en lo que ella representa como sabiduría y organización de vida social e influjo de cultura, parece que pierde terreno en no pocas partes de la tierra. En verdad, ese repliegue se refiere a los fautores de la política nacionalista, los cuales se ven obligados a retroceder ante adversarios que han hecho propios sus mismos métodos. Especialmente en algunos pueblos considerados hasta ahora como coloniales, el proceso de maduración orgánica hacia la autonomía política, que Europa hubiera debido guiar con prudencia y solicitud, se ha mudado rápidamente en explosiones nacionalistas, ávidas de potencia. Conviene confesar que también estos incendios imprevistos, que son dañosos al prestigio e intereses de Europa, son, al menos en parte, el fruto de un mal ejemplo suyo.

Los valores espirituales europeos

¿Se trata sólo de un momentáneo extravío de Europa? De todos modos, lo que debe quedar y, sin duda, quedará es la Europa genuina, o sea el conjunto de todos los valores espirituales y civiles que el Occidente ha acumulado, aprovechando las riquezas de cada una de las naciones para repartirlas al mundo entero. Europa, conforme a las disposiciones de la Divina Providencia, podrá ser aún vivero y dispensadora de aquellos valores si sabe volver a darse cuenta de su propio carácter espiritual y abjurar la divinización de la potencia.

Como en el pasado las fuentes de su fuerza y de su cultura fueron eminentemente cristianas, así se deberá imponer una vuelta a Dios y a los ideales cristianos si se quiere volver a hallar la base de su unidad y de su verdadera grandeza. Y si estas fuentes parecen en parte ya secas, si amenaza romperse aquel vínculo y resquebrajarse el fundamento de su unidad, las responsabilidades históricas o presentes caen sobre ambas partes, que se encuentran ahora frente a frente, con un angustioso y recíproco temor.

Estos motivos deberían bastar a los hombres de buena voluntad del uno y del otro campo para desear, rogar y obrar a fin de que la Humanidad quede libre de la embriaguez de potencia y de hegemonía y para que el espíritu de Dios sea el soberano rector del mundo, donde un día el Omnipotente mismo no escogió otro medio para salvar a los que amaba que el hacerse niño en una pobre cuna. Parvulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum eius *(Is., IX, 6; cf. intr. III missae nativ.).*

3. LA COEXISTENCIA EN LA VERDAD

Aunque es triste notar cómo la presente fractura de la familia humana se produjo al principio entre hombres que conocían y adoraban al mismo Salvador Jesucristo, sin embargo, nos parece fundada la confianza de que en el nombre del mismo Cristo se pueda echar aún un puente de paz entre las dos orillas opuestas y restablecer el vínculo común dolorosamente roto.

Se espera, en efecto, que la coexis-

tencia actual acerque a la Humanidad a la paz. Pero para justificar esta esperanza debe ser en algún modo una coexistencia en la verdad. Y no se puede construir en la verdad un puente entre estos dos mundos separados si no es apoyándose en los hombres que viven en el uno y en el otro, y no sobre sus regímenes o sistemas sociales. Porque, mientras una de las dos partes, consciente o no, hace aún grandes esfuerzos por preservar el derecho natural, en cambio, el sistema en vigor en la otra parte se ha apartado completamente de esta base. Tanto un sobrenaturalismo unilateral que no quiera en modo alguno tener en cuenta tal disposición de ánimo con el pretexto de que vivimos en el mundo de la redención y, por tanto, sustraídos al orden de la Naturaleza, como el pretender que se reconozca como verdad histórica el carácter colectivista de aquel sistema, como si también él corresponda al querer divino, son errores que un católico no puede en modo alguno aceptar. La recta vía es otra. En ambos casos son millones los que han conservado, en grado más o menos activo, la huella de Cristo; ellos, no menos que los fieles y fervorosos creyentes, deberían ser los llamados a colaborar para establecer una nueva base de unidad de la familia humana. Es verdad que en una de las partes la voz de los hombres que están resueltamente por la verdad, por el amor, por el espíritu, se halla sofocada por la presión de los poderes públicos, y que en la otra hay demasiada timidez en proclamar alto los buenos deseos; pero es deber de la política de unificación el animar a los unos y hacerse eco de los otros; especialmente en aquella parte donde no es delito el combatir el error, los hombres de Estado deberían poseer una mayor confianza en sí mismos y mostrar a los otros un valor más firme en deshacer las maniobras de las fuerzas ocultas que todavía tienden a instaurar hegemonías de poder, una sabiduría más activa en conservar y acrecentar las filas de los hombres de buena voluntad, en primer lugar, de los que creen en Dios, que en gran número siguen en todas partes la causa de la paz verdadera. Sería ciertamente una equivocada política de unificación—si no la habíamos de llamar más bien una traición—el sacrificar a intereses nacionalistas a minorías étnicas que se hallan privadas de la fuerza para defender sus bienes supremos, su fe y su cultura cristiana. Los que así obrasen no serían dignos de confianza, y no obrarían honestamente si después, cuando lo exige el propio interés, invocasen los valores de la religión y el respeto al derecho. Son muchos los que se ofrecen a preparar la base de la unidad humana. Pero debiendo ser esta base o puente de naturaleza espiritual, no están ciertamente cualificados para esta obra los escépticos y los cínicos, que, formados en la escuela de un materialismo más o menos larvado, reducen a reacciones físicas aun las más augustas verdades y los valores espirituales más altos, o los consideran como meras ideologías. No son aptos para este fin aquellos que no admiten verdades absolutas ni aceptan obligaciones morales en el terreno de la vida social. Estos últimos, que ya en el pasado, con su abuso de la libertad y con una crítica destructora e irracional, prepararon, a menudo inconscientemente, un clima favorable a la dictadura y a la opresión, se presentan de nuevo para impedir la obra de pacificación social y política emprendida bajo la inspiración cristiana. No es raro que aquí y allá levanten la voz contra los que, conscientemente, como cristianos, se interesan con pleno derecho de los problemas políticos y, en general, de la vida pública. A veces, denigran también la seguridad y la fuerza que el cristiano saca de la posesión de la verdad absoluta y, por el contrario, difunden la persuasión que torna; a honra del hombre moderno y es mérito de su educación, el no tener ideas o tendencias determinadas ni estar ligado a ningún mundo espiritual.

Se olvida, entre tanto, que precisamente de estos principios se originaron las confusiones y los desórdenes actuales, y no se quiere recordar que precisamente las fuerzas cristianas, a las que ellos combaten ahora, fueron las que lograron recuperar en muchos países la libertad por ellos disipada. Cierto que no puede esperarse que hombres de esa

laya construyan el puente de la verdad o la base común espiritual. En cambio, es de temer que, llevados del oportunismo, no encuentren inconveniente en simpatizar con el falso sistema de la otra orilla y adaptarse a permanecer en él, aun arrastrados, si llegase a triunfar momentáneamente.

Urge el restablecimiento universal de la paz

Por eso, mientras esperamos, confiados en la divina clemencia, que el puente espiritual y cristiano, ya existente de alguna manera entre ambas orillas, se haga más amplio y adquiera una consistencia más eficaz, Nos queríamos exhortar en primer lugar a los cristianos de las naciones que aún gozan del divino don de la paz a que hagan todo lo posible por acelerar la hora de su restablecimiento universal. Persuádanse, ante todo, que la posesión de la verdad, si quedase limitada a ellos solos, como objeto de su contemplación para sacar de ella consolación espiritual, no serviría a la causa de la paz: la verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida.

También la verdad, particularmente la cristiana, es un talento que Dios pone en las manos de sus siervos para que con su industria fructifique en obras del bien común. A todos los poseedores de la verdad Nos querríamos preguntar, antes que lo haga el Eterno Juez, si han puesto a lucro el talento, de modo que merezcan oír la invitación del Señor a entrar en el gozo de su Padre. ¿Cuántos, aun tal vez sacerdotes y seglares católicos, tendrían que sentir el remordimiento de haber enterrado en su propio corazón este y otros bienes espirituales o por indolencia o por insensibilidad ante las miserias humanas? De una manera particular se harían culpables si permitiesen que el pueblo quede casi sin pastores, mientras el enemigo de Dios, valiéndose de su poderosa organización, hace riza en las almas que carecen de formación suficientemente sólida en la verdad. Asimismo, serían responsables esos sacerdotes y seglares si el pueblo no experimentase y no recibiese del amor cristiano la ayuda activa que manda la voluntad divina. Ni cumplirían con su deber los sacerdotes y seglares que cerrasen voluntariamente los ojos y la boca ante las injusticias sociales que están presenciando, dando así ocasión a ataques injustos contra la capacidad social del cristianismo y contra la eficacia de la doctrina social de la Iglesia, que, gracias a Dios, ha dado de ello tantas y tan manifiestas pruebas, aun en estos últimos decenios. Donde esto tuviese lugar recaería también sobre ellos la responsabilidad de que grupos de jóvenes y aun de pastores de almas, se dejasen arrastrar en algún caso a radicalismos y progresismos erróneos.

Los bienes privados, sujetos al bien común.

Consecuencias más graves causaría al orden social, y también al político, la conducta de los cristianos—ya sean de condición elevada o humilde, ya gocen de mayor o menor bienestar—que no se resolviesen a reconocer y observar sus obligaciones sociales en el manejo de los negocios económicos. Todo el que no esté dispuesto a ajustar debidamente al bien común el uso de los bienes privados, ya sea libremente, conforme a la voz de su conciencia; ya también mediante formas organizadas de carácter público, contribuye, en cuanto de él depende, a impedir la indispensable preponderancia del impulso y de la responsabilidad personal en la vida social.

En los sistemas democráticos se puede caer fácilmente en tal error cuando el interés individual está bajo la protección de aquellas organizaciones colectivas individuales más bien que el fomento del bien común. De este modo, la economía viene a ser fácilmente presa de fuerzas anónimas que la dominan políticamente.

Queridos hijos: Agradecemos a la divina bondad que nos haya concedido una vez más el señalarnos con solicitud de padre el camino del bien; que la tierra, inundada por el torrente de la verdadera paz, cante gloria a Dios en lo

más alto de los cielos, transeamus usque Bethlehem *(Luc. II, 15). Volvamos a la cuna de la sinceridad, de la verdad y del amor, donde el Hijo unigénito de Dios, hecho hombre, se da a los hombres para que la Humanidad reconozca en El su lazo de unión y su paz.* Hodie nobis de caelo pax vera descendit (Off. in Nativ. Dom., resp. ad II Lect.). *Para que la tierra se haga digna de recibirla, invocamos sobre todos la abundancia de sus divinas bendiciones.*

LA REUNION DE EL ESCORIAL

El amplio y complejo tema de la coexistencia ha sido, pues, el objeto de la IV Reunión Internacional del C. E. D. I., celebrada en El Escorial del 31 de mayo al 4 de junio de 1955, con asistencia de miembros de todos los Centros nacionales y con la colaboración de importantes personalidades del mundo de la política, de la economía, de la cultura, de la milicia y de las ciencias jurídicas de la Europa libre. Bajo la presidencia del archiduque Otto de Austria-Hungría, comenzaron en El Escorial las tareas de la Reunión, siguiendo la línea trazada por un temario que comprendía los principales problemas que plantea la coexistencia con el mundo comunista, estudiados desde diversos ángulos: el político, el religioso, el cultural, el económico... Junto a este tema vertebral se anunciaba otra importante actividad, ya tradicional en todos los congresos organizados por el C. E. D. I.: las breves exposiciones sobre la situación política y económica de los principales países europeos miembros del Centro, realizados por un delegado principal de cada país, con un coloquio posterior en el que se trataban cuestiones de gran trascendencia con una claridad y franqueza de gran mérito, si se considera la delicadeza de la materia que se manipulaba. Estas actividades generales, más la convivencia y el conocimiento mutuo trabados al margen y hasta como consecuencia de las sesiones oficiales, han deparado a centenar y medio de asistentes una coyuntura rica en frutos y experiencias recíprocas.

El tema de la coexistencia, que fué propuesto por el marqués de Valdeiglesias y adoptado como materia de trabajo para la Reunión de El Escorial en el último Congreso de Eichstätt, no sólo no ha perdido en importancia y actualidad desde entonces, sino que ha saltado hasta situarse en el primer plano de los comentarios políticos de los últimos meses, constituyéndose en el tema central de la política internacional europea, de cara a los grandes acontecimientos que se avecinan. Quedan cercanamente atrás otros importantes: la Conferencia de Bandung, el Tratado de Austria, la visita del Gobierno soviético a Belgrado, las conversaciones rusojaponesas y la invitación a Moscú del canciller Adenauer. La coexistencia, con su laberíntico y peligroso contenido, es quizá el arma más incisiva y poderosa que hoy en día puede ser manejada por las potencias litigantes de la guerra fría. En el Lejano Oriente y en los países europeos más o menos cercanos al telón de acero, la U. R. S. S. utiliza la coexistencia como el arma decisiva que pueda darle en el futuro la supremacía de los destinos de la política internacional, que ahora se le va de las manos en el doble campo de la economía y de la ideología. Era importante, pues, que personalidades destacadas de nuestra Europa se reunieran para tratar de la coexistencia, siguiendo el nítido ejemplo perfilado por el Papa en su Mensaje de Navidad.

En El Escorial se han sujeto a confrontación los distintos criterios compatibles con la doctrina cristiana, ante la necesidad de preservar al mundo occidental de cualquier compromiso que pudiera poner en peligro los valores espirituales y religiosos de nuestra civilización. El tema de las ponencias ha sido detenidamente escogido y estudiado por las destacadas personalidades que actuaron de ponentes. Estos fueron Dubois d'Enghien (Bruselas), Albert Münst (Zurich), Giuseppe Vedovato (Florencia), P. Gustav Gundlach (Roma), Edmond Michelet (París) y Willy Lorenz (Viena). Entre los numerosos congresistas que, en nombre de sus res-

pectivas Delegaciones, presentaron sus informes nacionales, figuran Richard Jaeger (vicepresidente del Bundestag de Bonn), Vam Dam van Isselt (secretario del Benelux), Vedovato (que, además de presentar su ponencia sobre "Lo que aguarda el mundo libre de la coexistencia con el comunismo", hizo una exposición del panorama político-social de Italia), Marcelo Caetano (presidente de la Cámara Corporativa portuguesa), Leo Schürmann, (juez supremo suizo), Wilhelm Reichart (diputado austríaco), Eugenio Montes (director del Instituto Español de Lengua y Literatura, de Roma), William Teeling (miembro de la Cámara de los Comunes), François de la Noë (Francia) y M. Papadakis (Grecia). Entre otros asistentes de prestigio internacional que figuraron en las jornadas escurialenses, cabe destacar al doctor Eugen Gerstenmaier, presidente del Bundestag alemán y una de las personalidades políticas más en auge en la Alemania actual; el general Revers, ex comisario francés en Indochina y destacado estratega; el ex ministro portugués Daniel Vieira; el profesor André Toledano; los senadores Bouquerel, Habib Deloncle y Nothamb; los directores de grandes diarios y revistas europeos Tomicic Dalma (Munich), Canaval (Salzburgo), Roegele (Colonia), Bacher (Viena), Doat (Lieja), Fabrégues (París), Fredborg (Estocolmo), Papadakis (Atenas), Stoffel (Zurich) y Wenger (Colonia). A éstos cabe agregar las figuras de tres grandes editores europeos: Ferdinand Schoeningh (el mayor editor católico de Alemania), Willy Lorenz, jefe de las Editions Harold, de Viena, y James Schwarzenbach, director de la Thomas Verlag, de Zurich. Este último ha sido el encargado de estructurar el programa de ponencias de la Reunión escurialense. A todos estos nombres podría agregarse la lista de otros muchos más que intervinieron eficazmente en debates y coloquios, sin olvidar a algunos representantes de países situados más allá del telón de acero. Entre los españoles no puede olvidarse la figura del director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Sánchez Bella, catalizador y canalizador de las actividades del Centro y de las sesiones de El Escorial. Y como rector e inspirador del tema de las jornadas, el secretario general, marqués de Valdeiglesias, quien, a la vera del archiduque Otto, supo dirigir sabiamente las actividades de la Reunión.

PRIMERA JORNADA

La jornada inicial de las Reuniones escurialenses presentó claramente los riesgos del abundante y complejo contenido del tema. En primer término habló el marqués de Valdeiglesias, quien, tras unas breves palabras de bienvenida a todos los congresistas, dijo: "Formamos una auténtica asamblea europea, una asamblea de cristianos conscientes, reunidos no sólo para un intercambio de opiniones, sino para decidir la dirección que vamos a seguir en la presente coyuntura histórica. Estamos junto al sepulcro del emperador Carlos V, que tuvo análogas responsabilidades políticas y espirituales a las que gravitan sobre nuestro tiempo, y que fué árbitro de Europa cuando surgió un problema de coexistencia tan grave como el nuestro. Su clara política de concesiones en el interior, para asegurar la cohesión y la concordia y defenderse frente a la amenaza exterior, hemos de tenerla en cuenta como una gran lección, que ha sido confirmada por la política alemana de la última posguerra."

A continuación tomó la palabra el padre Llamas, prior del real monasterio de El Escorial, en cuya Iglesia Antigua—perfectamente instalada para el Congreso, con un magnífico equipo de traducción simultánea—se celebraron las sesiones. "Pensamos—dijo a los asistentes—que este Congreso es una de las consoladoras manifestaciones de la Ciudad de Dios en la tierra ... Quiera Dios bendecir sus trabajos, haciéndolos fructíferos, y realizando en todos vosotros aquel anhelo divino de que los hijos de la luz fuesen más inteligentes que los de las tinieblas, esto es, los hijos del materialismo."

A continuación comenzaron propiamente los trabajos de las jornadas. Abrió fuego el abogado belga Georges Dubois d'Enghien, con un estudio de la

situación general del mundo ante el problema de la coexistencia. Su conferencia fué un claro informe acerca de la tendencia evolutiva de la coexistencia, señalando los diversos períodos históricos en que se ha planteado la necesidad de la misma en países e ideologías distintas y entre bloques contrarios. Destacó lo que siempre tiene de esperanza utópica la palabra *coexistencia*, y refiriéndose a la actual campaña de la estrategia comunista, dijo que la coexistencia que proponen los soviets tiene un objetivo concreto: "aguardar, desde una posición favorable, el momento de desencadenar la revolución mundial".

Le siguió una conferencia del doctor Albert Münst, de Zurich, sobre el sugestivo tema de "¿Qué esperan de la coexistencia los dirigentes soviéticos?" "Dos armas importantes posee la Unión Soviética—comenzó diciendo—: la bomba atómica o la de hidrógeno y la política de coexistencia. Esta última es para el Este algo diametralmente opuesto de lo que es para el Oeste. En realidad, los dirigentes soviéticos no han apadrinado una verdadera coexistencia, y el propio Molotov ha reconocido que, a la larga, dicha coexistencia es imposible." Como prueba de tal imposibilidad, el doctor Münst adujo textos de declaraciones auténticas de los principales dirigentes soviéticos: Lenin, Stalin, Malenkov y Molotov.

La política soviética es un frío cálculo para llegar a la revolución mundial, y los occidentales tendrán conflictos por causa de la coexistencia, mientras el Este será, cada vez más, un bloque homogéneo. ¿No nos basta con la lista de los países que ya coexisten tras el "telón de acero"? ¿No comprendemos que se trata de un sistema para no complicar la digestión de la serpiente, que ha comido demasiado en los últimos tiempos? Muchos intelectuales occidentales han caído en el señuelo comunista, sin percibir el enorme mal causado.

Imagínense a un ladrón de vacaciones. Por una temporada ha dejado de robar y matar, por razones que él conoce muy bien. Su vecino, al verle tan cambiado, va poco a poco recuperando la confianza en él, y un buen día—un mal día—hasta le deja las llaves de su casa. Ese es el momento que el delincuente elige para volver por sus fueros profesionales, saquear la casa del vecino confiado e incluso, si se tercia, enviarle dignamente al otro mundo. Pues bien: en esto deberían pensar quienes se preguntan si los rusos son sinceros en sus deseos y protestas de paz y de coexistencia.

En esta misma jornada, el académico Eugenio Montes pronunció una conferencia sobre el Monasterio de El Escorial, dedicada a los asistentes a la Reunión Internacional. Señaló primeramente que la fundación del Monasterio coincide con Trento y con la primera fundación teresiana. Hasta en el último grano de granito, dijo, refiriéndose al edificio, la forma anima a la materia, pero la fuerza sirve a la forma. No hay una sola piedra que no tenga un propósito total, el de dar a la forma su pureza más absoluta. Voluntad pura, pero también razón pura, razón de un Estado puro al servicio de una religión purificada. Porque aquí ni la voluntad ni la razón son fines en sí, sino medios en el servicio de unidad de Europa y de Dios. El Escorial significa que en los momentos de peligro es cuando la fe debe ser más pura y más incorrupta. El Escorial es el monumento menos castizo de España y el que convoca a una más ancha universalidad; del mismo modo que Felipe II se sobrepuso a sus gustos con sentido misional.

A continuación se realizó una visita al Monasterio.

La jornada se cerró con tres informes sobre la situación política, social y económica actuales de Suiza, Austria y el Benelux. En la primera, el doctor Schürmann declaró que la situación helvética se encuentra actualmente en un punto de equilibrio en cuanto a política interior; respecto de la exterior, poca cosa cabe decir, ya que la nación se mantiene en la neutralidad, si bien se trata de una "neutralidad armada". Son de señalar las ideas cristianas de colaboración entre patronos y obreros suizos.

(Concluirá en el número próximo.)